

AMERICA



68

A M E R I C A

AMERICA

PUBLICACION TRIMESTRAL DEL
GRUPO AMERICA

DIRIGEN

ANTONIO MONTALVO

IGNACIO LASSO

JORGE ESCUDERO

AÑO XIV

Nº 68

Quito, Ecuador, S. A.

CONTENIDO

JULIO E. MORENO

Humanidad y Espiritualidad

Bosquejo de una Antropología Sociológica

IGNACIO LASSO

Cinco Pintores del Ecuador

AUGUSTO SACOTO ARIAS

Hamlet y Don Quijote

O la Dialéctica de la Locura

VICTOR H. ESCALA

Figuras Literarias de Bolivia

CRONICA : → VARIOS

Publicaciones para la Biblioteca América. Labor americanista. Nuevo directorio del Grupo América. La muerte de Remigio Crespo Toral. Homenaje al Sr. Dr. Alfredo Baquerizo Moreno. Nueva publicación del Grupo América. Edición de obras nacionales. Gestión para normalizar la aparición de "América". Atenta bienvenida. Recepción a los nuevos socios del Grupo América. Atento Saludo.

GRUPO AMERICA
Flores N° 2
Casilla 75
Quito, Ecuador

NOTA EDITORIAL

Después de un largo interregno de silencio, cuyos motivos radican en la convulsionada vida política de nuestro país, que tan hondas y perjudiciales repercusiones tiene en el desarrollo de nuestra cultura, vuelve a aparecer AMERICA, venciendo los serios obstáculos, que aquí, como en todas partes, se presentan siempre para la abnegada propaganda de la cultura nacional.

Una vez más hemos de pedir disculpas a la amistad continental por el retardo en la aparición de nuestra Revista, pues que, como decimos, vaivenes de la política, completamente ajenos a nuestra voluntad de trabajo, a los propósitos que nos han animado siempre de mantener AMERICA, como la viva llama de conexión intelectual, nos han impedido, pese a nuestro entusiasmo y esfuerzos, normalizar la aparición de la revista que a través de toda vicisitud, durante catorce años, viene manteniendo el fuego sagrado de las relaciones intelectuales del Continente y, esforzándose cada vez más, en ser la expresión del movimiento y desarrollo artístico y literario del Ecuador.

Pasada esta hora zozobante en que vivimos particularmente en nuestro país, estamos seguros de que AMERICA volverá a visitar periódicamente y siempre en misión de cordialidad y comprensión intelectual, a sus innumeradas amistades del continente, que, comprendiendo su significación, han sabido apreciarla y requerirla en todo momento. El deber que por nuestra parte tenemos que cumplirlo está en pie. Nuestro programa de acción, enriquecido cada día con el acervo de nuevos propósitos que hagan efectivos y realizables el mayor acercamiento, comprensión e intercambio cul-

tural entre las naciones de habla castellana, irá también adquiriendo practicidad en la medida de nuestros esfuerzos, hasta lograr lo que siempre ha constituido nuestro ideal primordial: el entendimiento máximo de lo que las naciones del habla, y las afines por la lengua y la situación geográfica, están obligadas a realizar en favor de la estructuración de la cultura continental, cimeria y baluarte de la vida de los pueblos de América.



El Presente volumen reúne las interesantes conferencias que algunos miembros del Grupo América, en cumplimiento de sus normas estatutarias y de su programa de acción cultural, sustentaron en el Salón Máximo de la Universidad Central del Ecuador, y correspondientes a su segundo ciclo de divulgación: ellas son: "Humanidad y Espiritualidad—Bosquejo de una Antropología Sociológica", profundo estudio filosófico de don Julio E. Moreno, uno de los pensadores de más recia estructuración mental con que se honra el Grupo América y las letras contemporáneas del Ecuador; "Cinco Pintores del Ecuador", excelente estudio crítico del joven poeta y escritor señor Ignacio Lasso, en el que con moderna visión y pensamiento, enjuicia el valor artístico de destacados pintores ecuatorianos; "Hamlet y Don Quijote o la Dialéctica de la Locura", original interpretación psicológica de los personajes y obras de los grandes clásicos, debida a la pluma del doctor Augusto Sacoto Arias, uno de los jóvenes poetas de la nueva generación ecuatoriana; y, "Figuras Libolivianas de la Actualidad", interesante trabajo de don Terarias de Bolivia", interesante trabajo de don Víctor Hugo Escala, hoy con la representación del Grupo en la Capital de Panamá, y Ministro a la vez de nuestro país en la ciudad istmeña.

HUMANIDAD Y ESPIRITUALIDAD

BOSQUEJO DE UNA ANTROPOLOGIA SOCIOLOGICA

SIN SOCIOLOGIA NO HAY POLITICA POSIBLE. SIN PSICOLOGIA NADIE LOGRARA REDUCIR LA CONFUSION EN EL TRATO CONSIGO MISMO Y CON LOS DEMAS. SIN ANTROPOLOGIA SE PERDERIA LA CONCIENCIA DE LOS OSCUROS FUNDAMENTOS DE AQUELLO EN QUE HEMOS SIDO DADOS.—
Karl Jaspers.

A muchos de los amables estudiosos aquí presentes les habrá ocurrido, llegados a cierta etapa de la existencia, sentir lo que podría llamarse la necesidad mental máxima, esto es, la de poner orden en nuestras ideas relativas a los perennes temas fundamentales: el mundo y la vida, el *homo sapiens* y su significación en el cosmos.

Necesidad mental he dicho, y conviene que empecemos por rectificar que se trata propiamente de un impulso vital de rango superior. Pronto vamos a ver que lo específicamente humano aparece y se define en el punto —un punto comprensivo de milenios— en que el *hominino* que nos describen los antropólogos objetiva su ser mismo y, consciente de sus primarias energías vitales, se acomoda progresivamente al medio circundante (1).

En ocasión de esta conferencia, se me permitirá la nota previa indicando que su contenido ofrece algo como la expresión de aquel arranque existencial coordinador a que comenzaba refiriéndome. Es el caso de otro estudioso que, en su hora otoñal, a vuelta de copiosas lecturas y lentas rumias mentales, llega al trance de necesitar vitalmente un centro de in-

tegración de los dos grandes dominios: la vida de la razón y la razón de la vida.

En lo que va a escucharse hay, por lo mismo, la vivida, la espontánea cooperación al propiciamiento de una atmósfera intelectual y moral que debiéramos desear que fuese respirable en lo posible para todos. ¿Cómo así? preguntarán algunos. Yo respondo: porque los problemas de la existencia se resuelven, a la postre, en problemas de comprensión. Por lo cual todo esfuerzo discursivo sintético, que procure superar las concepciones criticistas e idealistas, al conducirnos a un plano de perspectivismo relativista de las cosas, permitirá entrever el sentido del mundo humano en lo esencial. Estos profundos atisbos tienen en la esfera de los valores del hombre más virtud estimulativa y de dirección que todos los moralismos doctrinales, que todos los sistemas cerrados de la filosofía de cátedra y de las ciencias positivas.

En culturas retrasadas, como la nuestra, que soportan en mayor escala el peso muerto de influencias atávicas y dogmatismos irreductibles, dificultándose un punto de vista amplio para la ética y la filosofía de la sociedad, se impone aún más la conveniencia de manipular con juicios esenciales sobre la base de realidad multiforme a que han llegado el saber y el vivir humanos. No sólo que el movimiento de ideas filosófico-científicas entre nosotros es insignificante, sino que hasta en los sectores intelectuales mismos se vive a menudo de desechos de ideas, de restos de doctrinas hace tiempo abandonadas o ya superadas.

¿No nos ha acontecido, por ejemplo, notar que personas al parecer de entera cultura mental recibían con cierto estupor la alusión a lo psíquico en los vegetales y aún en los animales? Para esas personas, probablemente, continuaban en vigencia el psicologismo escolástico o el dualismo cartesiano, que responden al tradicional concepto metafísico o substancialista del alma. Según esto, tenía que causarles congruente desazón el aserto de que la psicología pertenece al campo de las ciencias naturales y no al de las disciplinas filosóficas.

Asimismo, no es raro el tipo de cultivados mentales nuestros para quienes hay sólo la preponderancia de la psicología animal "superior" que siglos ha sintetizó Plauto en la frase: "El hombre, lobo para el hombre". La concepción humanista de éste, que el progreso del saber y de la vida social ha afirmado, en fuerza misma de los nexos morales y los contrastes históricos, viene práctica y preconscientemente a desconocer-

se. El que sienta la convivencia civilizada primordialmente como una sorda lucha de lobos carnívoros habrá de hacer fiska de las ideas de un orden y una finalidad en dicha convivencia. La concepción de la vida (2) queda en este caso condicionada y falseada por aquella parcial concepción del hombre, que a su vez es influida por una visión demasiado pesimista del mecanismo de la comunidad humana.

El alcance sociológico de esas o parecidas concepciones en un pueblo salta a la vista, por consiguiente. Podrá ese pueblo hallarse en un estadio de cultura nada propicio al interés por los problemas filosóficos. Pero, si ha de orientarse en sentido de humanización, necesita no falsificar o mutilar el concepto de la especie humana haciéndolo gravitar hacia el plano de un estado de naturaleza o hacia el de una vacua y no auténtica espiritualidad.

Insensiblemente, abocamos aquí al tema cardinal de la presente conferencia; tema que —lo diré de pasada, contra una errónea anfibia ambigüedad— no por revestir significación universal deja de tener el valor de lo inmediato nuestro y de lo que es propio. Si nos interesa el conocimiento de la estructura geofísica del país y de nuestro proceso histórico, mayor debe ser el interés que tengamos por explorar nuestras zonas psíquicas y el mundo espiritual nuestro.

CONCEPTO DE "LO HUMANO"

Anticipé ya la observación de que lo específicamente humano advino y hubo de coincidir con el momento— midiéndolo por períodos geológicos— en que el hombre primitivo hacía objeto de consideración su ser mismo, lo cual le llevaba a un sentido de relación progresiva con su contorno. La formación de la conciencia del yo y la proyección de esa conciencia al mundo exterior, cuyos diversos fenómenos se interpretan como ocultas fuerzas personales, a imagen y semejanza del hombre, constituyen conceptualmente las positivas propiedades por las que aquel inicia su hominización y la vida histórico-cultural.

Conforme a esto, tenemos que cada grupo humano encuentra en su propio medio los antecedentes que condicionan lo peculiar de sus rasgos antropomorfos y de sus concepciones y formas de vida. En este sentido, precisa la aclaración de que, al decir hombre primitivo y cultura primitiva, no se

alude a ninguna unidad de evolución del hombre; aún más, debe entenderse que aquellas formas culturales de los pueblos salvajes representan evoluciones múltiples y heterogéneas entre sí. Lo que sí ocurrió constantemente es que movimientos migratorios y fusionistas permitieron la gestación de culturas mixtas, produciendo naturalmente algo nuevo y muchas veces superior.

Pero, como la naturaleza es una en sus infinitas manifestaciones sensibles, que sirven para crear cierto estado religioso de ánimo en el ser consciente, y como esta conciencia le llevaba al hombre primitivo a procurar capacitarse en la lucha por la existencia, sucede que, no obstante diferencias de varia índole, los pueblos más antiguos ofrecen ya grandes analogías de conjunto en lo teórico —creencias mágicas y concepciones cósmicas—, así como en el ejercicio de lo que se llamaría ulteriormente la razón práctica.

Ello justifica lo que dice el eminente geólogo y paleontólogo Hugo Obermaier, catedrático de la Universidad de Madrid: "Puede reconocerse ya hoy, en el Mundo Antiguo, una zona cultural primigenia, enraizada en la era glacial: empieza en la India, extiéndose por Mesopotamia y Siria, sigue por el Africa del Norte y llega a Europa occidental (España, Italia, Francia e Inglaterra). Trátase de una civilización caracterizada por el hacha de mano— la época de la piedra—, cuyos grupos se hallan en estrecha interdependencia, y que, a pesar de su extraordinaria extensión, en todos aquellos puntos verdaderamente esenciales consta de los mismos elementos y se desarrolla según una dirección y orden idénticos. Representa el círculo cultural cuaternario más antiguo y más satisfactoriamente conocido, a través del cual se va abriendo paso la ciencia actualmente". (3)

Con referencia a ese círculo cultural cuaternario es, pues, que se habla de los orígenes de la humanidad. Expresión, como se ve, un tanto impropia, si queremos limitarla inicialmente al concepto de "lo humano", o sea, al proceso por el que nuestro antepasado comenzaba a merecer la calidad de sujeto e iba a diferenciarse esencialmente de la especie animal. Hoy parece ya incuestionable que, si se necesitaron miles de siglos para esa primigenia diferenciación, un género de coexistencia de cultura ínfima como la observada aún hoy en los pueblos salvajes no pudo alcanzarse sino en la prolongación de otro—no tan inmenso—período evolutivo.

Cualesquiera que sean los modos descriptivos o interpretativos sobre el hombre prehistórico— y hay una ingente

literatura al respecto—, cabe blandir, pues, el filo de este concepto tajante, decisivo en biología psicológica: lo humano es la conciencia de sí propio, que en el ser vivo llamado hombre le lleva a trabajar con noción del logro de los fines de su activismo; por tanto, que le conduce al desarrollo de sus instintos sociales y a la consiguiente conquista de una posición singular en el mundo. En el principio fue la acción, podemos ahora repetir con plenitud de significado. Activismo es ya aquí germen de voluntad y libertad, pero a la vez de organización. No ya el estacionario vivir animal en grupos, sino el quehacer— cerebración, mano inteligente— y el entenderse— lenguaje, capacidad nominativa— en vía hacia la verdadera comunidad humana es lo que rubrica aquella posición alcanzada por el hombre en la naturaleza. "Lo humano" se ampliaría luego en la vasta interconexión de tensiones, luchas e ideales de "la humanidad".

Nos hallamos, lógicamente, en presencia de otra realidad biopsicológica. El centro determinante del animal consistía en su medio ambiente; el del ser humano va a consistir en su propia individuación crecientemente afirmativa, creadora y renovadora de formas de vida. Producto de la naturaleza, tendrá por ello mismo una conciencia cósmica (que no es sólo el sentimiento cósmico ni la imagen del universo). Esta conciencia cósmica, de que en algún modo ni aún un bosquímano carece, al implicar la tensión constante del anhelo comprensivo, hará que se opere la maravilla de constituirse el mundo cultural hasta aquí realizado. Y este mundo, por cierto, no es tampoco una realización definitiva, pues le están reservados quizá otros milenios para más elevadas formas de existencia (como proceso social e histórico. En sentido biológico estricto, encuéntrase que el hombre ha alcanzado su fijación orgánica y que en cuanto especie tendrá su término mucho antes de la extinción de las otras formas vitales terrestres que ha de preceder al trastorno de la constitución de nuestro planeta en el sistema solar) (4).

Resulta entonces escasamente inteligible la tesis planteada en antropología filosófica por los modernos metafísicos: que lo que hace hombre al hombre corresponde a un nuevo principio del todo extraño a lo psíquico y a cuanto podemos llamar vida. Más todavía, consideran ese principio como opuesto a toda vida en general. Lo denominan *espíritu*, una palabra que comprende el concepto de razón y también una determinada especie de intuiciones y de actos emocionales y volitivos. El representante de esta clase de antropólogos-fi-

lósofos es acaso Max Scheler, cuya muerte, acaecida hace un decenio, dejó a Europa sin la mente mejor que poseía, según exhaustivo elogio de crítico tan precavido como Ortega y Gasset. Su conferencia (1928) acerca de **El puesto del hombre en el cosmos**, pronunciada en la Escuela de Sabiduría, que fundó el conde Keyserling, revela hasta qué extremo los credos metafísicos pueden falsear el juicio de las mentes más esclarecidas.

Para el notable pensador germano, la planta ofrece el grado ínfimo de lo psíquico. Consiste en un estado íntimo, que califica de "impulso afectivo extático", en el que no se advierten todavía ni conciencia, ni sensación, ni representación. En cuanto centro de tal impulso, la planta no puede ya confundirse con los campos de fuerzas cuyos conjuntos llamamos **cuerpos inorgánicos**. Como organismo, es un ser animado que, nutriéndose de su medio, obedece o responde a un movimiento integral de desarrollo. En el impulso afectivo se contiene también la capacidad de reproducción, una capacidad de carácter pasivo (agentes para la fecundación son el viento, las aves y los insectos). Finalmente, la planta presenta cierta fisiognómica de sus procesos internos: se pone marchita o lozana, vigorosa o raquítica.

Con respecto al animal, el impulso afectivo ya no es extático. Se convierte en "instinto" o, mejor dicho, en conducta instintiva, la cual requiere o posee las siguientes notas: una relación de sentido, un cierto ritmo, estar siempre al servicio de la especie (o de otra con la que la especie propia se encuentre en relación vital) y ser en sus rasgos fundamentales innata y hereditaria. Lo de innata no implica un automatismo de las formas instintivas de conducta. Todo se resume diciendo que el repertorio de las cualidades sensibles que posee un organismo animal nunca es mayor que el repertorio de sus movimientos espontáneos. Las resistencias, atrayentes o repelentes, que el medio circundante opone a estos movimientos, le llevan al animal a una **reflexio** de la sensación, y entonces surge un estado de intimidad "consciente", por primitivo que sea. Ninguna sensación es mera secuela del estímulo, sino siempre función de una atención impulsiva. Por esto la base de toda memoria radica en el reflejo que Pawlow denomina "reflejo condicionado". Junto al principio de la memoria actúan los fenómenos de la repetición y la imitación, que son modos de notificación entre los compañeros de especie y se transmiten a las generaciones venideras. Pero pueden presentarse al animal situaciones nuevas no sólo para la especie,

sino sobre todo para el individuo, y en circunstancias tales sorprendemos, además, la forma de un razonamiento embrionario en el fin impulsivo. Las experiencias llevadas a cabo por Wolfgang Kohler con chimpancés han demostrado claramente este hecho: que las acciones de los animales superiores no pueden explicarse todas por instintos y procesos asociativos, ya que en algunos casos hay auténticas acciones inteligentes. Es un error— dice Scheler— negar al animal la acción electiva y creer que siempre le mueve el impulso más fuerte en cada caso, como si fuera un mecanismo de impulsos. Lo que el animal no tiene es la facultad de preferir entre los valores mismos; por ejemplo, lo útil y lo agradable.

Y he ahí que, con todo ello, cuando trata de la diferencia esencial entre el animal y el hombre, no acierta el filósofo a encontrarla en otro ámbito que en el de ese quid nuevo que ha llamado **espíritu**. Y el espíritu implica una relación de estructura ontológica: un mundo espiritual cuyo centro activo, que no hay que entender por centro anímico, denominamos la persona en el hombre. Ese mundo es el de las ideas normativas y los valores morales existentes en nexo inviolable con el acto voluntario, con el conducirse autónomo (5). Queda establecida con esto la existencia de una primaria identificación genérica— la persona colectiva compleja de la humanidad— entre las conciencias personales, en distinto grado y varia medida, según los individuos, los pueblos, las razas. . . La progenie humana se deslinda y logra su exaltación en esta estructura de actos que es la correalización de lo personal y del mundo espiritual. Scheler llega, en su radicalismo espiritualista, y alejándose de las densas páginas que había escrito sobre el trabajo y el conocimiento, a la engañosa simplificación de este enunciado: "Entre un chimpancé listo y Edison, considerando a éste sólo como técnico, no existe más que una diferencia de **grado**, aunque ésta sea muy grande."

Como vemos, la deslindación esencial que se buscaba viene a obtenerse mediante un doble concepto abstracto: el del espíritu y el de la formación de la persona por "actos valiosos" puros, aunque estimulados por los impulsos vitales. El tema antropológico deviene casi exclusivo tema metafísico. No sabemos desde cuándo hay espíritu; en otras palabras, no vislumbramos cómo ha podido formarse el ser espiritual llamado hombre emergiendo del fondo de la naturaleza. El orbe de los valores no morales y que era igualmente privativo del hombre se ha desplazado y se torna inexplicable. La antítesis no ha conducido a la síntesis. Mien-

tras situamos el problema sobre la base cierta de los procesos bio-psíquicos, venidos desde la raíz ignota de la vida, cabe atisbar la serie unitaria de complicaciones de la acción creadora en el tiempo. Con la tesis que enuncia lo antitético de la vida y el espíritu, aunque reconociendo su relación mutua, tanto que "la vida es lo único que puede realizar el espíritu", la consecuencia es que se vuelven inconcebibles las peculiaridades de lo humano.

Entrevisto el sistema de conexiones totalitario del advenimiento de la estirpe humana, está bien, por lo tanto, que se considere la objetivación de sí mismo como el centro de actos espirituales; centro desde el cual puede el hombre referir sus impulsos a un "mundo" ordenado substancial o valorativamente. Pero ninguna sutileza logrará convencernos de que la forma y la medida en que el pensamiento se desarrolla en el hombre no están ligadas a los factores originarios, a la manera de ir sintiendo ese mundo moral los grupos humanos. Y esto no es simple relación mutua entre la vida y el espíritu. Es afán vital por superar aquellos sentimientos valorativos. Sin su procedencia de la misma pura naturaleza, la especie humana no se ofrecería como una unidad total viva.

Lo antedicho equivale al reparo de que la filosofía del conocer no ha de traducirse en desconocimiento de la ciencia del ser (6). Explicar por parciales atributos del yo la posición del hombre, menospreciando su experiencia milenaria en pos de la autoformación por la reflexividad, equivale a mutilar o desconocer su realidad auténtica, a rebajar más bien el ponderado concepto de la dignidad de la persona humana. El dinamismo de la razón, no frente a la vida, sino manifestándose en más vida, ¿habíamos de convertirlo en idealismo desrazonable?

Esta actitud cautelosa ante el tumulto de las teorías que pretenden la interpretación de lo humano no se tome, pues, como otra teoría, como psicologismo naturalista o vitalismo pragmático. Es la actitud invenciblemente realista que repugna explicar el rango del hombre desconectándolo de la serie de formas infinitamente evolucionadas de la vida. Porque el hombre ha creído poder definir su propia naturaleza, sobre la base de la doctrina de que el ser de las cosas debe tener un fundamento absoluto, no hemos de desalojar la realidad en ventaja de esa dialéctica interpretativa. Por el espíritu de sistema se ha ido al alarde de un irrefrenado discurrir sobre el sistema del espíritu. No es extraño, así, que el vocablo

filósofo personifique para muchos al que divaga en el aislamiento dogmático, ajeno al hervor de lo viviente en nosotros.

Convengamos, pues, en que sólo una filosofía extravital o antirrealista puede hablar con suficiencia de los puros actos del espíritu y sus leyes. El inveterado y formidable equívoco depende de que se clasifican como no vitales los actos y las relaciones entre éstos en que predominan el intelecto y la voluntad guiados por la norma moral. Se habla de valores superiores a la vida, y no se considera que la jerarquía de todos los valores obedece justamente al empeño metodológico de comprender la intimidad humana. Trátase en él y con él de una suerte de anatomía esquematizada de tal intimidad. El complejo de problemas psicológicos que élla entraña ha llevado por esto a la disciplina filosófica llamada Teoría del conocimiento, en que a la vez sus cultores no se entienden porque les estorba un máximum de metafísica. Algo análogo acaece con el dominio teórico de la Lógica, que estructura los pensamientos —no el pensar, función psíquica— como creaciones intemporales y cuyas leyes coloca fuera del acontecer vital. Y otro tanto ocurre con la Fenomenología, que, modernamente, pretende ser la ciencia filosófica fundamental, mas en relación íntima con las dos anteriores. En todos los casos, se alude a elementos que traspasan la esfera de lo psíquico y que son calificados de objetos ideales. Por este método se ha creado junto al mundo de las vivencias el de las esencias, junto al mundo de la realidad el de la idealidad.

Lo erróneo ha estado en hacer de la contraposición de esos dos mundos un dogma de concepción e interpretación de la naturaleza humana. La percepción de lo constitutivo del hombre y la percepción de lo normativo para éste en la vida de relación se creyó que son cosas plenamente separables, aunque conexionadas. Asignamos, de esta suerte, al sujeto pensante y actuante no sólo una conciencia universal, sino un mundo suprasensible y un espíritu eterno. De aquí brota un hervidero de contradicciones, cuya elucidación ocupa maniáticamente a los filósofos y convierte la historia de la filosofía en la prueba más grandiosa de lo inasequible de un sistema filosófico de certeza absoluta. En ocasiones, un mismo sistema delata la contradicción flagrante, y con razón ha podido mostrar el profesor Teodoro Celms que el idealismo fenomenológico de Husserl representa unidos el criticismo de Kant, hostil a la metafísica, y la metafísica espiritualista de Leibnitz, inteligencia a su vez abarcadora de lo más disconforme.

Avanzando en el propósito central de esta charla, opon-
gamos al enunciado scheleriano el siguiente: sólo desde el
hombre primitivo hasta el hombre contemporáneo cabe ha-
blar de que no hay más que diferencias de **grado**, aunque és-
tas sean muy grandes. Entre el uno y el otro extremo, de lo
que se trata, en definitiva, es de la multiplicidad de formas
del convivir humano. Con el surgimiento del yo, los rasgos
psicológicos fundamentales de una cultura —concepción del
mundo y nexos orgánicos de convivencia, que se traducen en
trabajo y en creaciones llamadas espirituales— tienen ya un
centro fijo. De este centro no participan en manera alguna
las especies animales, incapaces, por ende, de toda cultura.
Vida humana y etapas culturales se implicarán recíproca y
necesariamente. Al hombre llamado del paleolítico inferior
le sucederá el del paleolítico superior y a éste el del neolítico
y de las edades prehistóricas de los metales (divisiones, to-
das, caracterizadas, como sabemos, por los materiales que se
utilizan para la fabricación de armas y de utensilios). Al no-
madismo de los pueblos cazadores y colectores seguirá el se-
dentarismo de grupos ligados con la labranza de tierras, y
estos rudimentos de economía determinarán el sistema del
matriarcado, el cual a su vez ha de repercutir en las maneras
de pensar y sentir colectivas. Junto o en oposición a los pue-
blos matriarcales se desarrollarán las culturas en cuyas for-
mas sociales y concepciones del mundo predomina el carác-
ter patriarcal, y en todas, al propio tiempo que se acentúa
en muchos aspectos la individualidad, irá afirmándose la
coacción de la comunidad sobre el individuo.

Toda la incalculable literatura acerca de los múltiples
estadios de evolución del hombre —entendiéndola como exis-
tencia social humana— se concentra en ese doble e indivisi-
ble aspecto de lo existente: conciencia de individualidad
dentro del sentido de comunidad, traduciéndose el todo en
voluntad de cultura. La etnología ha llegado en esto a com-
probaciones inconcusas y fecundas. Fecundas, porque la va-
loración psicológica de tantas diferencias hubo de servir en
grado extraordinario para una entrevisión total de los com-
plejos vivos de las culturas superiores. Entonces se ha com-
prendido que también concepciones cósmicas e intuiciones
éticas de dichas culturas arrancaban de fuentes oriundas de
remotos subsuelos culturales. Y se ha comprobado, además,
el hecho de que aun hoy un caudal de estados anímicos y de
funciones conceptuales participa o procede de aquellas fuen-

tes, que los modernos psicólogos denominan patrimonio psíquico hereditario.

LO ESPIRITUAL

Como no podía menos de ser, ante la evidencia de lo persistente de las potencias impulsivas en el nexo de la asociación humana, Scheler reconoce, sí, que el espíritu no tiene por naturaleza ni originariamente energía propia. El espíritu —dice— y la voluntad del hombre no pueden significar nunca más que una dirección y una conducción. Combatir y negar de frente un impulso que se conozca en sí como malo, en vez de dominarlo de modo indirecto, por la realización de actos reputados buenos, es un imposible y resulta siempre contradictorio. En consecuencia, las formas superiores de la existencia no se realizan sino mediante las fuerzas de los estratos inferiores, dirigiéndolas y sublimándolas. La espiritualización del hombre va de **abajo arriba** y no de **arriba abajo**. La estructura de las ideas y de los valores revelará una originaria endebles sin los centros de fuerzas de la estructura viviente.

Traducido lo anterior al concepto realista de la existencia humana, significa, pues, que el gran fundamento común de ésta es un complejo psicológico. La vida cotidiana, la lucha económica y el proceso ideológico implican un juego complicado de estados individuales y colectivos siempre cambiantes. Para que este juego no tenga como única base el impulso o el egoísmo entre los individuos y entre los grupos, propio de nuestros silvestres antepasados, la convivencia social ha ido estableciendo de suyo principios reguladores, formas coactivas diferentes para el orden de vida en comunidad. El sentido de las normas y de las leyes que prescriben cierto ritmo temporal a las conductas —ética personal y régimen jurídico— viene, en suma, a constituir el núcleo de lo espiritual en los pueblos. Su observancia vivida se llama cultura moral superior. Este ideal de un posible y creciente vigorizamiento de la razón vital es lo que sirve para exaltar el concepto de persona, incluso de la que comprende ontológicamente el todo: la humanidad.

No un movimiento antitético, hablando en rigor, ni menos los dos extremos de una cadena, sino el modo unitario ascendente o decadente de la vida social humana, representan, pues, lo natural y lo espiritual. Con el contraste de las

culturas nacionales, susceptibles simultánea o sucesivamente de crecimientos y decadencias, en grados infinitamente diversos, se compadece, por lo tanto, la fundamental noción de unidad que hace posible la cultura humana. Sobre las articulaciones y determinaciones concretas de los grupos de pueblos se cierne así un espíritu universalista, que recibe toda su dignidad del ideal inmarcesible condensado en la expresión: **convivencia justa**. La evolución específica del hombre se dirige en sentido no ya biológico, sino sociológico. Desde las culturas inferiores aparecen los nexos individualistas y, por tanto, las concepciones morales, y con el sentido ético de la tradición y la costumbre se va ampliando el círculo de problemas en las culturas superiores. Complicación de nexos es complicación de psicologías; consiguientemente, también de los principios éticos y los modos de comportamiento. De suerte que la convivencia misma es generadora del espíritu y el concepto de humanidad incluye vital y temporalmente el de espiritualidad.

A la luz de tales consideraciones, nos ponemos en aptitud de esta comprensión: a medida que se ha complicado y continúa complicándose la vida, se ha vuelto más problemático el poder del espíritu. Las represiones anímicas impuestas por el avance de la cultura han ido en aumento. La psicopatología está en auge. Nunca tal vez las psicosis por tirantez de relaciones afectaron en tan amplio radio a los grupos humanos. Los "débiles de espíritu", es decir, los que obedecen antes a sus impulsos indómitos que a los íntimos dictados éticos forman legión. Individual y colectivamente, dijérase que todo el mundo entiende hallarse fuera de algún ordenamiento moral. Confabulación de apetitos y antagonismo de intereses, bajo la alegación de motivos aparentemente sociales o morales, constituyen el fondo de la realidad histórica contemporánea. Individuos y corporaciones, pueblos y Estados encarnan la contradicción viviente entre los actos y las ideas normativas. Lo que no obsta para que dondequiera se proclame el santo deber de comportarse conforme a los imperativos del honor o la fe o el derecho. Se vive así de una espiritualidad teórica, en pleno ambiente común farisaico.

Momento de gran transición? Aunque el término es equívoco, dado que en muchos aspectos el vivir mismo entraña cambio continuo, incesante, no cabe duda de que asistimos a una etapa de radical revisión de los conceptos directivos que han informado por largo tiempo aquel vivir. Se habla y se discute, febrilmente, sobre la vieja y la nueva moral sexual,

sobre el arcaico y el renovado orden de la sociedad, sobre la idea antigua y la idea moderna del Estado. Por tanto, lo que entendemos por nuestra estructura espiritual padece actualmente un deformador dislocamiento. El yo individual y el cuerpo social no encuentran firmeza en sus actitudes, ni menos homogeneidad disciplinada. Lo homogéneo—palabra enchida de sentido— está en la dislocada y anarquizada psique colectiva, cuyas leyes son ineluctables. El dominio de sí mismo—señorío de la voluntad— no existe, y entonces todo se reduce a inestabilidad de nuestra vida interior y al más violentado patetismo en la lucha.

En circunstancias tales vacila la existencia, siendo ilusorio hablar de la soberanía y la responsabilidad del espíritu (7). Si el mundo de las normas mismo está en conmoción, hay que enfrentarse a los hechos según emergen y no contentarnos con teorizar sobre la filosofía de la persona humana. Ya sabemos que el mundo espiritual no es algo sustantivo sino en tanto el ser humano realiza en actos moralmente valiosos la represión y sublimación de sus impulsos. Mientras esas normas se restauren y afiancen, parece lo sensato que la ciencia del hombre se ocupe en ahondar el estudio de su topografía psicofísica. Alsberg, primero, y Carrel, después, quizá exagerando un poco, pues ellos mismos son finos analistas, encuentran que todavía el hombre es un desconocido. La propia complicación anímica del hombre moderno y sus manifestaciones patológicas, junto con el integral progreso científico, han hecho, sin embargo, que lo que va corrido del siglo XX se caracterizara por una vigorosa renovación de los métodos de esa ciencia del hombre. Ha sido la época de los problemas de la doctrina de las secreciones internas, que ha revolucionado la Biología, y del psicoanálisis en relación con el inconsciente en la vida cotidiana, que —aparte complicadas interpretaciones no satisfactorias— ha revolucionado la psicodinámica.

La alusión a aquellos dos campos de disciplina científica nos permite seguir avanzando en el tema de esta conferencia. Cabe sentar como básico lo siguiente: algo decisivo en la caracterología del hombre es su constitución glandular y, en cuanto a las fuerzas mayores determinantes de sus actos, éllas irrumpen de las oscuras regiones del subconsciente, no de las esferas iluminadas de la conciencia. La química orgánica y la biología psicológica se compenetran y se corresponden. Procesos físico-químicos de lo que llamamos el cuerpo y estados de conciencia o subconsciencia cuyo com-

plejo llamamos el alma, unos y otros en relación indiscernible: he ahí la complejidad del yo. Las manifestaciones humanas de éste se resuelven, pues, siempre en lo psicológico. Es decir, se puede hablar de la determinación de un medio interior común a todo el ser viviente. Con ello establecemos la unidad subjetiva o sentimiento de la continuidad del individuo en el curso de una vida.

En este punto preséntase el sencillo y, a la par, enorme problema de la muerte. Si todo lo psíquico transcurre temporalmente en los seres vivos, y la corriente de la conciencia es siempre propiedad privada de un yo, resulta que el concepto de las relaciones temporales forma el fondo continuo de nuestras vivencias. Sin la referencia al tiempo— ayer, hoy, mañana; antes, ahora, después— no podríamos mentar nada del proceso real de nuestra vida. Análogamente, hablamos de la vida de las generaciones: por el proceso genealógico y por el nexo vital sucesivo de las existencias humanas, se explican la psique colectiva y la conciencia histórica. Científica y humanamente, lo existencial es lo temporal.

Pues bien, la traducción subjetiva de aquel movimiento estructural vivo es que la muerte entra como un todo de sentido dentro del ritmo vital de la persona humana. Aunque parezca paradójico, vale decir que es propio de nuestra especie tener en mayor o menor grado la vivencia de la muerte. Me explicaré. En toda conciencia de la propia vida, ésta se nos presenta como un suceso y un proceso dimensionales. Lo que hemos vivido, lo que vivimos y lo que esperamos vivir. Las dimensiones extremas (pues el presente es un dato casi inaprensible) cambian en proporción al tiempo que transcurre de nuestra vida. Contar con mucho futuro equivale a sentirnos niños. Dejar tras de sí algún pasado y apreciar comparativamente que hay más extensión en lo por venir significa sentirse joven. Una posición en cierta manera equidimensional entre lo vivido y lo que juzgamos que nos resta de vida traduce la edad de la madurez, etapa que con genial intuición resume la frase: "ser ya hombre". Cuando el trozo de futuro queda empequeñecido en grado tal que entrevemos el término de nuestra existencia, es que se ha tocado en la senectud. En la extensión total de la vida sentimos, pues, una experiencia continua, aguijoneante, de que vamos desviviendo para tocar en el límite natural que ha de sobrevenirnos. Esta experiencia constituye psicológicamente la vivencia de la muerte y su gradación ha servido para distinguir entre la edad biológica y la edad cronológica. Como se comprende-

rá, quedan aparte las cuestiones secundarias de que sabemos que la existencia es precedera y de que se teme o se desea la muerte por tales o cuales motivos (8).

Veamos ahora los aspectos sociológicos de aquella emoción viviente de la muerte, tan propia del hombre (no la posee el animal, para quien no existe el tiempo y por lo que sólo nosotros nos calificamos de "los mortales").

La primera gran singularidad en este plano es que las diferencias dimensionales o deslindaciones de edad se traducen en distintas psicologías, factor poderoso y decisivo en la vida de la cultura. Lo que anteriormente designamos como la complejión del yo varía según las edades. Aquellos dos factores íntimamente conexiónados e inseparables, lo corporal y lo psíquico, son la condición necesaria para captar las relaciones entre causas y efectos del modo de ser de cada individuo. Características corporales y complicaciones anímicas convergen, en última instancia, a un mismo centro, y como a su vez la vida individual es compenetración con otras vidas, tenemos que el tercer factor determinante de aquel modo de ser individual es el contorno social anímico.

De aquí la instintiva diferenciación de éste en grupos por edades. Concepto de suyo relativo, dada la incoercible continuidad de los procesos biológicos, se justifica, sin embargo, por ciertos fundamentales rasgos comunes que la corporeidad y la psique presentan dentro de los llamados ciclos humanos. Y en el estado psico-físico emotivo de lo temporal reside justamente un resorte virtual poderoso para el comportamiento en comunidad. El niño, para "cuando sea grande", y el adolescente, "para cuando sea ya hombre", planean una como forma propia actuante que emerge de su intimidad en relación con el medio social en que han venido a la vida. Y el que se siente ya persona cabal hace de la percepción de esta etapa de madurez el signo de conducirse de este o el otro modo en el resto de su existencia. Un pensador ha dicho por este aspecto que la vida del hombre se caracteriza como la existencia huyéndose a sí misma. En rigor, el sentimiento de lo finito de ésta en cada individuo constituye más bien un elemento de su autoafirmación personal. Los impulsos vitales contrarrestan, de esta suerte, el pesimismo derrotista que parecería propio de la certeza intuitiva del morir.

La primera condición para el ordenamiento de la estructura social de un pueblo es, por consiguiente, conocer en lo posible la psicología de las edades, porque en cada una de éstas reside la constante fuerza de atracción (afinidad vi-

tal más que social) que hace buscarse y unirse a los coetáneos para la obra común de socialización. Ese conocimiento incumbe, ante todo, a los que tienen la gestión conductora en cada ambiente de las determinaciones individuales: los padres con sus hijos, los maestros con sus alumnos, los médicos con sus enfermos, los gobernantes con las clases gobernadas. Y porque el niño y el adolescente y, en algún menor grado, el joven necesitan mayormente de conducción —capacidad receptiva—, explícase que dondequiera haya preferente celo por los estudios de psicología infantil y, luego, de psicología de la edad juvenil. La pedagogía moderna no descansa en otra base. Consiguientemente, tiene especial preocupación por el índice biológico orgánico. Indigencia fisiológica o anomalías funcionales se traducen fatalmente en anormalidades del carácter (9).

Viene en seguida otra manera de profunda diferenciación psicológica: la de los sexos. Si el eje de la concepción de la vida se halla en la vivencia de lo temporal, la vida misma está penetrada de sentido sexual. Respondiendo a caracteres biológicos diferenciales, la conducta del varón y la conducta de la mujer se contraponen en varios aspectos; al mismo tiempo, lo masculino y lo femenino representan la mayor fuerza unitiva y el más alto ritmo de expresión dentro del vivir humano. Trae consigo la esencia de este dualismo de nuestra vida un motivo, entre otros, para que se hable de "la tragedia de la cultura", en su aspecto decisivo: el modo ascensional de la pareja humana. Porque sucede que lo normativo en las relaciones de ésta empieza por la violentación de un impulso biológico en el hombre: el impulso poligámico. La ordenación de la familia, base de la sociedad civilizada (10), encuentra, pues, su natural perturbador o entorpecedor en el hombre. Entretanto, hacemos de la castidad de la mujer, si es soltera, o de su fidelidad, si es casada, el fundamento de su valoración moral-social. Lo frecuente es que la táctica del asedio masculino realice conquistas, procediendo de aquí dolorosos conflictos íntimos y el origen de problemas sociales que afectan en lo hondo a la causa de la cultura.

Con esto subrayamos de nuevo el concepto que guía las reflexiones de orden psicológico-moral aducidas en esta conferencia: es imposible y es contraproducente luchar de modo directo contra las potencias impulsivas. Lo único que podemos y debemos hacer es dominarlas de modo indirecto, por la realización de actos que signifiquen evasión y no represión del impulso. ¿Qué acaece en materia de educación y mora-

lización sexuales, sobre todo en pueblos de religiosismo puramente formalista? Que el empeño de convertir en materia vitanda lo sexual conduce a un resultado opuesto al propósito moralizante. Lo misterioso, lo prohibido repercute en forma de incentivo en un gran número de casos. El instinto hecho conciencia, pero en sentido de pecaminoso, de algo deprimente para la estimación de sí mismo, revierte sobre la intimidad de la persona y envenena su ser.

A la comprobación de este complejo fisio-psíquico se reduce buena parte de las disquisiciones contemporáneas sobre patología sexual. Y este efecto desequilibrador, esta tendencia casi deshumanizante, inherentes al moralismo falsamente espiritual, han llevado a no pocos pensadores al tipo de doctrina que ve en el espíritu algo hostil y letal para la vida. Teodoro Lessing declara entre sus convicciones la de que "el mundo del espíritu y sus normas no es sino el indispensable sustitutivo de una vida enferma de humanidad". Y para Luis Klages el espíritu aparece como el principio que cada vez más profundamente destruye la vida y el alma en el curso de la historia humana.

La forma paradójica de filosofías de esta índole no es, como se comprende, sino la reacción áspera contra el espiritualismo erróneo, más que insincero, cuya actividad se limita a ponderar lo perverso o lo bajo de la naturaleza humana y enfrentarla un ideal inasequible como punto de partida de los actos. Pueden los metafísicos seguir empeñados en creer superable la oposición entre el espíritu y la naturaleza; pero la ciencia de la vida, que es la filosofía de la experiencia, está ahí, imperturbable e irrefutable, para mostrarnos que, mientras se mantenga aquel concepto de oposición, lo normativo se reducirá a desgarrar de sus conexiones naturales la compleción espiritual del hombre.

No entiendo por compleción espiritual del hombre, consecuentemente, sino su capacidad o posibilidad de vivir formas superiores de conciencia en el complejo de relaciones y de valores que es la vida de la cultura. Retrocediendo al tema de la diferenciación y la relación sexuales, podemos ver un ejemplo claro de la idea enunciada. Si el varón es polígamo por naturaleza, tenderá instintivamente a conquistar hembras en el mayor número. Mientras le domine el instinto originario, apenas si tendrá sentido para otros estímulos que los corporales ni para otras emociones que las de la sensualidad. Es posible que esta concupiscencia de variación le lleve a la saciedad; luego, al embotamiento psicológico y la

depresión vital, (11), cuando no a complicarse en situaciones desesperadas e inconfesables. He ahí un modo de comportarse infrahumano. Pero hay lo que se llama la superioridad del instinto. Junto al impulso sexual genérico, un hombre experimentará el vario goce de las emociones psicológicas del trato amoroso. En este trato con el bello sexo verá no sólo la hembra, sino principalmente la mujer, esto es, un ser dotado de intimidad y personalidad; verá que el turbio deseo de cambio no da derecho para estropear un alma ni ensombrecer una vida; verá que nada eleva tanto el tono de la existencia como el saber gobernar nuestra economía orgánica y con ello lo mejor de nuestras facultades.

El individuo que viva esta experiencia de dirección de los impulsos y de estimulación de los sentimientos habrá, pues, de hecho superado los estados de conciencia inferiores, aquellos que se reducen a la avidez y la embriaguez de la sensualidad sin espiritualidad. No se trata de aquel género de relaciones que solemos llamar amor platónico, ni tampoco de que lo sexual degenera en pasión romántica. Se trata de que el sentido erótico inmanente a la vida propicie un enriquecimiento interior de la propia vida, el ennoblecimiento de la convivencia social. Porque resulta tristemente depresivo para la dignidad de la especie el disociar lo sexual de la noción de relación humana, o sea, de que el acto en que culmina la intimidad de dos seres tiene una conexión estructural con la vivencia básica de la persona. Darse corporalmente no es entregarse personalente. Hay que insistir siempre en que la persona es el centro activo que impulsa al individuo —hombre o mujer— a superar sus impulsos biológicos por actos valiosos compensadores.

BIENES Y VALORES

Esto de actos valiosos nos sitúa ya en el punto en que podremos ver convergiendo hacia una significación unitaria lo que hay de múltiple en la naturaleza y la cultura humanas. La manera mejor de comprenderlas es darnos cuenta de que toda la estructura interna de la vida se reduce al complejo de bienes y valores. La profusa literatura existente sobre esta materia concluye con ciertas grandes clasificaciones estimativas: valores vitales, valores espirituales (lo intelectual, lo moral, lo estético), valores materiales o económicos y valores religiosos.

Tocante a los valores vitales, podemos decir que todos se resumen en la condición o situación llamada **salud**. Estar sano, tener vitalidad constituye el bien primario del hombre. Lo que perturba de algún modo esa situación se denomina con exactitud **malestar**. Todo el que siente que en cualquier región de su organismo hay ruptura del ritmo vital, la cual de ordinario se traduce en dolor, reconoce hallarse enfermo. Nada más inexacto, según esto, que la aserción de algunos de que toda mudanza de cada estado presente es patológica. Sobre el concepto de ritmo vital descansa la fluencia de vida de las edades, y nadie pretenderá negar que lo mismo que el niño y el joven pueden el hombre maduro y el anciano gozar de buena salud, no obstante las profundas diferencias orgánicas y funcionales operadas en el tiempo. Y correlativamente con estas diferencias actúan también las psíquicas, pudiendo en cada edad ser normales sus manifestaciones. Lo patológico existe cuando un joven, por ejemplo, representa el tipo de psicología de un viejo, o viceversa. Partiendo de esta consideración, hay una moral de las edades. Inútil será agregar que, por todo lo expuesto, el cuidado de la raza—defensa biológica— se ha erigido también en norma de razón y en factor de cultura.

Los valores espirituales, supuesta la condición biológica de no sentirse enfermo, cosa muy distinta del ideal de un organismo sano, dan materia para que las funciones psíquicas alcancen caracteres cada vez más elevados o complicados en la convivencia humana. En el estado actual de acumulación y difusión del saber, y cuando la democracia reafirma entre sus postulados el de la educación del mayor número, el problema de la docencia en su aspecto básico—la escuela— y el del fomento de la especialización de las capacidades— con natural y progresiva división del trabajo— representan un vasto sector en los dominios culturales. El conjunto de las instituciones que busca disciplinar al hombre, regular y enriquecer su existencia colectiva, viene a constituir el motor cuya potencialidad se llama organización de la cultura.

Asunto vital para un país será, pues, el de ir ampliando y reformando las condiciones ambientes preestablecidas, en términos que la vida individual y el régimen social alcancen grados cada vez superiores. Sin este sentido de las circunstancias sociológico—históricas (12), tendremos apenas un intrascendente progreso institucional medio, en lo enseñante, y un disputar feroz y estéril de los ismos, en la actitud ideo-

lógica. La incapacidad de comportarse bien y de entenderse es el síntoma auténtico no de que los seres humanos tengan diversa índole y piensen de manera distinta, sino de que la educación no ha logrado en ellos su esencial objetivo: el hacerlos razonables. Y ser razonables o, dicho en otros términos, ser comprensivos, en cualquier plano de intereses, equivale a poseer el instrumento moral imprescindible para impulsar la cultura y favorecer una democracia ascendente.

Importa, en consecuencia, anotar que el cultivo mental y la capacitación especializada no son bienes absolutos. El simple "saber cosas" o el dominar una técnica pueden valorarse como cualidades y como medios para los propios o comunes fines utilitarios. Pero no conseguiremos representarnos la calidad espiritual de un individuo o de un grupo sino colocándolos en la escala valorativa del conjunto social, determinada por las peculiaridades y los propósitos inherentes a cada estadio de convivencia. En el engranaje de los intereses y las conductas que llamamos estructura social hay, pues, siempre un eje para garantizar el equilibrio inestable de la existencia colectiva: es el sentido moral. Sobre las fuerzas impulsivas, individuales o profesionales o nacionales, que desarrollan la civilización, se cierne siempre un principio dinámico superior, mediante el cual concebimos la posibilidad de una vida común ascendente. La lucha de todos contra todos, de que nos hablara Hobbes, menoscabando el contenido de voluntad de cultura de la misma, no excluye, y antes supone, la orientación hacia un orden jurídico y moral de la totalidad. Justamente, la misma táctica con que los egoísmos y ambiciones de toda laya hace un arma de lo moral o lo legal para defender o contrarrestar posiciones implica el mantenimiento de aquel concepto de un orden integralmente garantizador.

Y es que el valor de los valores humanos radica en el hombre mismo, cuya vida está condicionada por su propia disciplina. La fenomenología de esta disciplina se traduce, por tanto, en el proceso de la conciencia cultural: proceso que variará según la raza, el pueblo, la época de que se trate. Ideas, costumbres, instituciones, régimen jurídico corresponderán al grado de la capacidad valorativa dominante. Entonces se explica la infinidad de formas en los dominios cognoscitivos, morales, artísticos, religiosos, etcétera, que caracteriza la vida llamada espiritual. Y la visión de este hecho nos suministra el dato de lo fácil que es confundir espiritualidad—dominio de las zonas inferiores de la existencia—

con ejercicio del intelecto o expresión de estados anímicos que en veces acusan precisamente el sacrificio de valores superiores en la conducta humana. Así se explica también que en todo tiempo, y más en períodos de madura civilización, se haya hablado de anarquía intelectual, de doctrinas disolventes, de moralidades perversas, de arte morboso, de religiones sanguinarias y feroces. Frente al tropel de tensiones y de acciones que es toda comunidad humana, la espiritualidad significará algo idealmente orgánico normando la vida, o no será nada.

Y que el progreso de la espiritualidad ha estado bien lejos de corresponder al gigantesco avance de la técnica científica y sus complicadas proyecciones económicas lo demuestra la dramática realidad histórica del presente. El materialismo estuvo antes en los poderes determinantes del régimen existencial moderno que en las mentes que invocaran los hechos para plantear la doctrina del determinismo económico. Y, puesto que la crítica de ese régimen llegaba a lo íntimo de la conciencia vital de la mayoría de los humanos, debía venir el desencadenamiento de fuerzas expresivas de un estado de cultura inferior, pero por ello mismo deladoras de posibilidades de una más humana vinculación en el futuro. La preponderancia de la parte subjetiva—moral del resentimiento— en la actitud y la expresión es lo inevitable en quienes poco o nada han aprendido sobre la complicada estructura de la sociedad. Pero la significación de tan fulminantes reacciones psicológicas, compartidas patéticamente en común, reside en que les va dando a las masas creciente participación en aspectos que antes no habían entrado en su esfera; o sea, en que van adquiriendo sentido para los caracteres y los nexos íntimos de aquella estructura y ensanchando así el círculo de la vida psíquica propia. La conmoción tiene, pues, en fondo, un alcance y una dinámica espirituales. Se concibe que, si muchos hablan de la rebelión de las masas, porque se fijan sólo en sus gestos de exclusividad combativa, en que la negación de los valores llamados burgueses entra por mucho, haya otros para quienes el sentido humanista de la contienda social merece la consideración preferente (13).

En efecto, lo que se atisba a través de la maraña de criterios y actitudes en boga es que el sentimiento del derecho a una nueva forma de existencia se presenta en las clases proletarias bajo un impulso significativamente unitario. Y

cuando un fenómeno tal acontece, es que también una nueva conciencia moral se dispone a vivir la comunidad humana. No en vano se ha repetido tanto que la cuestión social es una cuestión moral. Si fuera el lugar oportuno, quedaría aquí en claro, conforme a lo dicho, cuán incomprensivo es considerar la economía como algo externo e instrumental en la sociedad, como la simple y espontánea o intervenida asociación utilitaria de los individuos. No; la economía no es una simple estructura orgánica de medios— pre - fines, los denominan algunos— para los altos fines sociales. En vez de decir que está al servicio de la vida, parece lo exacto afirmar que corresponde al fondo de la vida misma. Si sus resultados se resuelven en producción y circulación, y alrededor de esta doble función social gira el maremagnum de aspectos de la vida—, capital y trabajo, suelo y máquinas, ciencia y técnica, progreso y miseria, profesiones e instituciones, intereses de clases e intereses de Estados—, resulta forzoso convenir en que únicamente una valoración normativa de tan dispersos y entrecruzados elementos puede acercarnos a la comprensión y dirección del conjunto cultural.

Dentro de este orden de ideas, de marcado carácter psicológico e histórico, si queremos intentar un modo de síntesis de los esquemas fundamentales constitutivos de aquel conjunto, cabe enunciar que Economía y Sociedad y Estado representan indivisamente ahora el primer plano para la conciencia cultural en marcha. Se ha complicado, pues, la conexión de sentido de los intereses y las conductas humanas. Son fenómenos de crisis en la cultura, en que se hace imposible arribar a una relativa fijación de sus contenidos. De ahí lo escabroso e inseguro del terreno en que han de actuar el economista, el sociólogo, el hombre de Estado. La política económica, la política social o pedagógica y la política estatal e internacional han llegado a ser algo de que ninguna persona consciente puede creerse excluida; algo que la encadena a su propio destino y la obliga por lo menos a un redoblamiento de la emoción vital. En la realidad misma, por esto, se busca un cauce de entendimiento colectivo, antes que en el despliegue de las doctrinas y los planes de acción.

Si las doctrinas político—sociales aturden al hombre y lo sumen en la mera pluralidad de su existencia, con las doctrinas religiosas ocurre algo más grave. Observa Romain Rolland que, en el mundo cristiano, el escollo para la comprensión mutua entre los hombres suele ser la palabra Dios; es decir, aquello que precisamente tenía la misión de unirlos.

Todo porque no se ha comprendido su significación, porque se la ha despojado de su espíritu. En vez de entenderla —concluye— como la realización interior creciente de lo que concibe de más alto la naturaleza humana, hemos confinado la religión en un cuerpo de sacerdotes, en las sectas, en los templos, en los libros, en los dogmas, en las ceremonias, en las supersticiones... La disciplina espiritual se ha confundido con devoción sentimental, la voluntad de perfección con uniformidad de sumisión. Cualquiera disonancia externa conduce entonces a la intolerancia interna, la cual comporta ausencia de espiritualidad (14).

Lo que pasa es que una disposición interior de tal calidad no arraiga fácilmente en el limo convulso de la psique humana. Siempre fueron raros los temperamentos específicamente religiosos, aquellos que como seres sociales viven su fe en la profunda Realidad normativa. Porque el núcleo de esta Realidad para todo creyente está en que abarca o comprende el **Bien Sumo**; esto es, la suprema y eterna realización de la Persona. La idea de Dios se da en forma de sentimiento metafísico de un centro último de valoraciones, suscitado como ideal a la existencia humana. En este caso, no se trata de un antropomorfismo, sino de la vivencia de un concepto de plenitud que es la personalidad. La verdadera conciencia religiosa es, pues, fundamentalmente, de significación moral viviente. El hombre de temple religioso pondrá un acento de dignificadora elevación personal en los contenidos de la vida entera.

Pero las más de las gentes hacen, ciertamente, de la religión un cultivo místico-romántico en el que todo referirse a los seres divinos se agota por lo común en la imploración de amparo para las necesidades y conflictos del vivir cotidiano. Los valores religiosos se confinan a un orden de emociones individuales, no de intuiciones de significación ética. Entonces la religión degenera en antropomorfismo, en proliferación de actitudes sectarias y devotas. De aquí la distinción que se hace entre religión y religiones. La una es intuición de un valor supremo, comprensivo de todos los valores espirituales; las otras son concreción de esa certeza intuitiva en doctrinas, cultos y organizaciones jerárquicas. La religión es un complejo de vivencias individual, en que la aproximación a lo divino y la interna necesidad de perfección moral dentro de los estados mudables de la vida implican algo correlativo; las religiones son pensamientos sobre la divinidad, símbolos intelectualistas. Por eso de muchos creyentes cabe

decir que son irreligiosos, porque toda su religiosidad se limita a creer doctrinas religiosas, a seguir rutinariamente las formas del culto. Por eso igualmente se infiere que no tiene sentido la cuestión de la verdad de la religión. Esta puede ser de mayor o menor autenticidad, de mayor o menor profundidad.

En el plano de las normaciones sociológicas, volvemos, pues, a ver que los valores humanos, en su infinita multiplicidad, no son independientes entre sí, aunque responden esencialmente a medidas de intensidad y grados de jerarquía. Si la producción de la cultura tiene una raíz antropológica, el ideal de esa cultura consiste en el poder de ir informando de sentido moral la vida toda. **Quien puede, debe:** es el gran postulado comprensivo de la verdadera estructura humanista de la existencia. Naturaleza y espíritu, diferencia en las capacidades humanas y ordenación de justicia de su ejercicio vienen a compenetrarse en formaciones culturales progresivas. Valores individuales, valores nacionales y valores universales resumen así el problema cultural en conjunto.

HACIA EL MAÑANA MILENARIO

Y aquí está la esencia de la actualidad de este problema en el mundo. La oposición de intereses dentro de cada esfera de aquellos valores y el conflicto y al propio tiempo la conexión entre todas ellas, pues hay un sentido de cultura universalista, condición del moderno concepto de humanidad, han llevado la vida a una tensión de fuerzas tal, que aun los capaces de mirar lejos encuentran que representa el momento más difícil para las naciones y el más complicado espiritualmente para la familia humana.

A mi entender, contribuye a esta impresión de desconcierto y a esta especie de pánico universal el que olvidamos que, para llegar al presente estado de convivencia, ha necesitado el hombre una enormidad de millares de años. Subconscientemente, discurremos como si estuviese próximo el remate o coronamiento de la evolución humana. Aplicamos al proceso de vida de los pueblos y de la humanidad el criterio de medida temporal de nuestras caducas existencias individuales. No advertimos que el vivir de nuestra época ocupa un punto microscópico en cierta manera intermedio entre milenios transcurridos y otros por transcurrir.

¿Qué sentido tiene esto? Un sentido plenamente educa-

dor. No se pretende la adopción de un temperamento dilatorio en la lucha por la cultura. Se quiere que nos demos cuenta de que la vida histórica está condicionada por las limitaciones de su propia complicación de desenvolvimiento y de que resulta contraproducente pretender forzarla con un sentido de temporalidad particularista. El concepto de la política se agita dentro de esta atropellada exigencia de actualismo, creyendo en órdenes de vida absolutos, y por eso, frente a la estática de la tradición, cunden los arrebatos demolidores y los regímenes de violencia. Pero ello acusa lo parcial precario, y la honda realidad es la odisea de las generaciones en experiencias siempre renovadas hacia el ideal moral de cultura (15).

Si comprendemos que el orden de vida natural de la especie humana se opera milenariamente, el concepto de evolución y duración de ésta en el mundo hará entonces que nuestra batalladora impaciencia se modere y nuestro pesimismo se muestre un tanto atenuado y esperanzado. En la valoración de la cultura ya no nos sentiremos cercanos a la catástrofe ni tampoco nos ilusionaremos con la aproximación a un estado ideal. Ni teología de la historia, ni endiosamiento del Estado abatiendo la personalidad y arrebañando a los hombres en una sistemática dirección. De esta suerte, la voluntad de dominio, que ha sido el acicate de la lucha eterna entre los individuos y entre los pueblos, se sublimará en dominio de la voluntad, para que cultura y vida culminen algún día en humana espiritualidad casi plena!

NOTAS

EL ORIGEN DE LA RAZON Y DEL LENGUAJE

1) Si se considera que la duración de sólo la era glacial o cuaternaria está calculada por los más notables geólogos en 600.000 años, como mínimo, podremos formarnos una idea acerca de la enormidad de tiempo en que se suceden las etapas de formación y evolución de los "primeros hombres". Ante proceso de tal magnitud, compréndese que el mismo extraordinario adelanto de las investigaciones geológicas y paleontológicas haya llevado a la moderna convicción de lo absurdo de pretender estudiar el origen de la razón y del lenguaje. Función originaria que se ha producido a lo largo (tiempos primitivos del homínide retrotraídos hasta la era terciaria) de cientos de milenios, escapa al método estimativo de nuestras categorías conceptuales y temporales. Claro está que, dentro de las enormes hipótesis gratuitas, no se desconoce el caudal de verosimilitud en las interpretaciones sobre lo que pudo haber ocurrido al respecto. Nuestros remotos antecesores no pueden, así, dejar de ser los "hombres sin historia", como exactamente se los ha denominado. Cuando el examen científico llega al reconocimiento de los más antiguos individuos y grupos humanos, es porque da con testimonios de conformaciones de vida primarias ya racionales. Esa cierta estructura proto-histórica de la cultura, que conocemos, descansa sobre el complejo previo de la intelección y la comunicación inicialmente progresivas.

Empero, se habla de que, entre las especies, la humana es la más tardía. Explícate esto por los cálculos cronológicos de las eras geológicas que precedieron a la diluvial. Aquellas fueron de duraciones imponderablemente mayores en sentido retrospectivo hasta la formación de la costra sólida del globo terráqueo. Se calculaba antes la edad del planeta en un término medio de ochenta y cuatro millones de años. Recientes métodos de cómputo elevan ya ese término medio a dos mil quinientos millones de años! La antelación de las especies vegetal y animal con respecto al hombre resulta, por consiguiente, algo fantástico para nuestras representaciones temporales.

EL SENTIDO DE LA VIDA (HOMBRE-COSMOS)

2) Biología y hmanismo veremos que rezuman eternamente la substancia del sentido de la vida. Por una parte, la historia de la especie humana deriva de la historia del planeta Tierra, la cual deriva, a su vez, de la historia de la estrella que llamamos Sol, dentro de un sistema que (Eddington) contiene unos tres mil millones de estrellas y es quizás mera unidad perteneciente a una estructura más vasta. Por otra parte, la especie humana viene representando, desde

tiempos remotísimos, un caso viviente de afán de comprensión y autodomínio frente a las condiciones o exigencias cósmicas, y el ser hombre entraña de suyo en aquel universo la realidad de un microcosmos.

Por tanto, si astronómicamente suele hablarse de la insignificancia de nuestro planeta y de su habitante racional en el tiempo y en el espacio, basta la consideración de que la vida, cuya máxima exaltación es el *homo sapiens*, haya evolucionado durante billones de generaciones, constituyendo el fenómeno de mayor complejidad conocido en el universo, para que encontremos que la existencia humana tiene su valor y su significación. Aunque el hombre no pueda hasta ahora poner a plena luz el enigmático mundo de la conciencia, como no ha podido descifrar ese otro enigma del advenimiento del fenómeno vital (llamado impropriamente la formación de la materia viva, pues no existe tal materia), contradiría su misma constitución concienzal si no mantuviese honda y perennemente encadenado su interés al vivir humano. Que a esto se denomine filosofía del ser o metafísica de la vida, en buena hora.

EL HOMBRE FOSIL EN EL NUEVO MUNDO

3) La cuestión acerca del hombre diluvial en el Nuevo Mundo es, pues, planteada por Obermaier en términos de una perfecta dubitación. Encuentra que los esqueletos atribuidos a tan remota antigüedad corresponden más bien, con muchas probabilidades, a estratos del comienzo de la actualidad geológica, y tampoco halla convincentes los testimonios indirectos —instrumentos de hueso y de piedra, trozos de barro cocido, escorias— aportados hasta ahora por geólogos y paleontólogos americanos. Sin embargo, algunos de éstos (F. Ameghino, principalmente) hasta se han avanzado a alegar la existencia de una población terciaria en tierras precolombinas.

Es probable —dice el especialista alemán— que el hombre primitivo haya entrado en América del Norte procedente de Asia septentrional, durante un período interglaciar cálido, pasando luego a ocupar el continente suramericano, paulatinamente, a través del puente terrestre de la América Central (acabado de formarse hacia el período del plioceno y de una anchura mucho mayor que la de ahora, reducida hoy al istmo de Panamá). Pero lo seguro —concluye— es que también en el Nuevo Mundo el estadio cultural paleolítico perduró aun siglos y siglos, conservado por sencillos hombres de la "edad de la piedra", casi hasta nuestros días, y en contacto con culturas altamente desarrolladas que irradiaban desde Oceanía.

La opinión transcrita, que, conforme al estado actual de los conocimientos en tan vasta materia, podemos decir que es la científicamente segura, nos muestra, a la vez, como la ciencia antropológica no concibe al hombre sino en íntima e inseparable relación con cada estadio cultural. Tratándose de la era glaciaria, se establecen, pues, aparte de las divisiones y subdivisiones relativas a la cronología geológica, otras que responden a la duración de las culturas, y así al hombre de esa época se le llama "hombre paleolítico", pero distinguiendo entre el paleolítico inferior (las facies más antiguas de la era diluviana) y el paleolítico superior (las facies finales de la época cuaternaria). Dentro de estos períodos, se señalan luego ciclos o etapas culturales, con características inconfundibles y determinación

de las respectivas zonas geográficas. En los tiempos prehistóricos, las condiciones del suelo y del clima (visión geológica más que geográfica) no podían menos de ser factores primordiales para el progreso antropológico y social de los grupos humanos.

Al decir progreso antropológico y social, se presenta ante nuestros ojos la primaria y eterna cuestión de las razas: cuestión que había de constituir uno de los mayores cuanto infranqueables estorbos para la organización de una verdadera comunidad moral humana. Se ha escrito mucho acerca de "el mundo del hombre primitivo", tratando de fijar los rasgos psicológicos de su concepción del universo y las zonas de influencia entre las variass culturas. En cambio, no se ha dedicado, me parece, la suficiente atención al hecho trascendental, concretísimo, de que la omnipotente y varia naturaleza troquelaba tipos y subtipos de hombres, antropológica y psicológicamente.

De tal modo iba a imperar la ley de diversificación de ese producto humano, que el concepto de relación consciente entre los llamados grupos raciales quedaría reducido a una relatividad desesperante. La primaria y más honda y más durable —milenios enteros— había sido la relación del hombre con la naturaleza. Cada alma regional alcanzaba entonces su propia forma física que así deslindada ofrecía una expresión anímica no confundible con otras. La naturaleza, de infinitas formas, haría que también en el reino humano se produjese la revelación de su propio gran misterio bajo el signo de multiplicidad.

He aquí que el problema de los siglos sigue siendo la averiguación de si puede hablarse de una "naturaleza humana" con sentido de unidad acabada. Por más que la misma condición natural del hombre justifique que se tenga un sentido cósmico de la humanidad, esta no puede sustraerse al sentimiento vital de un límite trazado entre los grupos humanos que, con mayor o menor concreción de notas antropopsicológicas, se clasifican como razas. La inteligencia de la denominación viene a ser la inteligencia de signos característicos que aluden a una milenaria formación de lo psíquico-corporal. En este sentido y con este alcance, es comprensible que se hable siempre del sino de una raza. No es el caso de que unas razas sean superiores y otras inferiores. Esta manera de ver es típicamente propia de quienes parten de un esquema de la cultura occidental. De lo que se trata es de específicas unidades de expresión del "género humano", comprendiéndolo en la significación cósmica de su propio ser. Más que de intereses, la cultura ha sido y será, por lo mismo, en todo tiempo, un complejo de relaciones, en el sentido de lo anímicamente comunicable.

LA HUMANA, ESPECIE EFIMERA

4) Aunque entrevemos una infinitud que, como hacia atrás, extiéndose también hacia adelante, lo de que nuestra especie será la más efímera, explican los antropólogos, biológica y psicológicamente, por la oposición diametral en que se encuentran la función cerebral y la genésica. En otras palabras, cultura creciente y fecundidad media decreciente resultan fenómenos correlativos. Como se advertirá, no es aquí el múltiple problema de las causas sociales de la decadencia de razas y pueblos lo que se plantea: es el problema mismo de que expansión espiritual significará en el curso de las edades apa-

gamiento vital de la especie en el planeta Tierra. Dificilmente penetrará en la verdadera entraña de este conflicto vital-espiritual quien no sea capaz de representarse las posibilidades sociológico-evolutivas a lo largo de los milenios por venir y —desde un punto de vista estrictamente antropológico— el proceso de consiguiente regresión generativa de la estirpe humana, cuya perennidad no es tampoco verosímil.

Esta perspectiva hará que apreciemos lo cauto y modesto de la actitud de quien acaso más ha ahondado en la ciencia y la filosofía del organismo —Hans Driesch—, cuando dice: — Y cuál es el fin de la llamada evolución genético-histórica? Lo ignoramos, y sólo debemos guardarnos de ver en el "hombre", demasiado conscientemente, la finalidad última de la creación orgánica.

LOS PROBLEMAS DE LA LIBERTAD

5) La indivisibilidad del núcleo de conceptos entrañado en la frase scheleriana garantiza orientarse lo más posible en la intrincada selva de problemas que fue siempre el libre albedrío. Si con el determinismo biológico no sustentamos a la vez los bienes espirituales y valores morales formados en la evolución de nuestra especie, será imposible que los hechos puedan concatenarse en lo que llamamos cultura histórica. Y ésta, en efecto, no consiste en otra cosa que en el ininterrumpido afán de que los individuos y los pueblos sean portadores de cualidades "humanas" en grado creciente. Ese humanismo, vivido en concreciones de actos y tendiente a que la comunidad de los hombres no sea prevailecimiento de unos a costa de otros, tiene un sello que corresponde a la idea de elevación de la vida: se llama sentimiento de responsabilidad. No lo desconocen por completo ni aun las tribus salvajes.

La gran cuestión de los criterios de valoración en la convivencia y la de los estadios de mentalidad y moralidad diversos se implican, por consiguiente: de suerte que, mientras mejor se conozca el contraste de los tipos culturales de comportamiento, tanto más interesante resultará la historia de las transiciones y mutaciones de la humanidad. La exigencia moral, lo que debe o no debe ser —no estamos en la esfera del abstracto imperativo kantiano, ni en la de la inorgánica subjetividad ética —ha de destacarse, en todo caso, como resorte fundamental, haciendo cada vez más sentida la conexión de las articulaciones —clases, pueblos, naciones, continentes— de la sociedad humana.

Esto, naturalmente, incluye de ordinario situaciones patéticas y deformaciones expresivas, que el fenómeno de un estado de tensión apasionada comporta siempre, por lo cual hay moralismo e inmoralismo en toda cultura. La dirección de los impulsos valorativos prevalece, de todas suertes, con cualesquiera perturbaciones del sentido moral. Sin aspiraciones hacia lo que se considera que tiene valor y sin estimación de méritos y honores, no se conciben los estadios civilizados. Una dinámica espiritual es, en definitiva, lo que da sentido humano a todo régimen existencial, y, como la cultura en conjunto vale cada vez más, parece lógico concluir que lo que evoluciona es la conciencia moral —vivencias morales— de la humanidad.

EL SER Y EL CONOCER (FILOSOFIA Y CIENCIA)

6) Deliberadamente se prefiere esta especie de contraposición conceptual, por lo mismo que una metafísica neotomista reciente viene extremando el uso de la doble conceptualización: "la filosofía del ser y la ciencia del conocer". Según esa posición doctrinal, el conocimiento empírico es propio de la ciencia —la ciencia de los fenómenos, reductibles en definitiva a cierto conjunto de percepciones objetivas (experimento) y de símbolos matemáticos (leyes físico-químicas). El análisis y la interpretación del sentido de la pluralidad de procesos que llamamos Naturaleza constituyen el pensar filosófico, y de aquí la filosofía del ser o la metafísica (más allá de la física). Si para el científico la esfera de la realidad está determinada por lo natural, para el filósofo hay varias especies de realidad, incluso aquellas de que no podemos decir que tengan ser (la esfera de los valores, no susceptibles de medidas ni cálculos espaciales y temporales). La unidad de la Naturaleza, cuya estructuración es todo lo que enjuicia el hombre de ciencia, no ha de entenderse, pues, como unidad de la realidad, cuya coherencia de lo múltiple traduce el orden universal.

No creo que se pueda bosquejar más concisamente en sus planos extremos las posiciones de los investigadores y los pensadores, de los que cultivan la ciencia experimental y los que estudian las formas de vida culturales. Pero, si bien se considera, aquellas posiciones no representan sino la contrastada actitud psíquica fundamental del hombre moderno: de un lado, el orgullo triunfante de quienes, por la observación metódica y la inducción de leyes prácticas, llevan la mente al dominio de las fuerzas naturales hasta posibilidades cuyo límite no se ve; de otro lado, la hierática suficiencia de los escudriñadores del universo humano, para quienes la tarea de hacer de las relaciones entre los hombres un orden de valores morales es la suprema sabiduría. Si los trabajadores científicos tienden a ignorar simplemente o desdeñar a los filósofos, éstos se jactan de colocarse sobre la mera acumulación de objetividades y de tener "la mirada vasta que repugna el microscopio".

Contra esa absorbente inclinación natural de los especialistas — porque el filósofo puede tener de especialismo tanto como aquellos a los que alude con desdén cuando habla del investigador científico— se afirma, felizmente, la noción de filosofía científica, que nos invita a comprender y valorar integralmente todas las esferas de la realidad. En este plano, el pensamiento filosófico no puede ser expresión de exclusivismo. Si se explica el caso de Einstein, cuando discutiendo en el Colegio de Francia decía no entender como físico ciertas preguntas relativas al tiempo y la simultaneidad, no puede explicarse que el pensador, como intérprete de la evolución creadora, en que entran en juego todas las formas del saber y de la cultura, se permita una actitud de preponderancia sobre el hombre científico. Abandonando el prejuicio de una preeminencia de rango, habrá que concluir que en el pensar filosófico no tiene sentido la oposición filosofía-ciencia.

En el fondo de las expresiones "filosofía del ser y ciencia del conocer" o "ciencia del ser y filosofía del conocer" no hay, por lo tanto, sino sedimentos de la arcaica, enrevesada discusión sobre los dominios de la ciencia y los de las disciplinas del espíritu. En su esencia, es totalmente arbitrario ese modo

de diferenciación conceptual y funcional. Para el valor de los esfuerzos cognoscitivos de la mente humana, el sabio y el filósofo son igualmente respetables y llenan uno y otro una misión histórica evolutiva. La clasificación de los hechos —sean los del mundo físico o del mundo moral— y el reconocimiento de su relativa pero concordante significación definen la elevada misión aquella. El que la experiencia sensible desempeñe el principal papel en la investigación científica, y para la labor de descifrar el misterio llamado sentido de la vida se emplee preferentemente la experiencia razonadora de la cultura, no da fundamento para que filósofos de ésta y metafísicos creen representar la aristocracia del intelecto humano. En todos los casos, hemos de pensar en que es el hombre el que, por uno u otro camino, explora los secretos de su propio reino.

MANIATICA EXALTACION DEL ESPIRITU

7) Siempre me ha parecido que no es de directores espirituales auténticos el personificar, casi el materializar, enfática y netamente, al Espíritu, de cuya multiplicidad de atributos se hace la palanca de toda evolución ascendente. Partiendo del Espíritu, acométese el innumerable tema de la Humanidad, pero mediante un planteamiento antitético tal —el polo opuesto es la Materia, en cuanto esfera de los bajo-fondos humanos— que esa artificial hipertensión de poderes sólo sirve para dificultar la inteligencia de los conflictos existenciales. Tan incondicional exaltación de "el Espíritu", al que se considera como una esencial totalidad dada, que encarna la libertad activa, quebrantando las leyes del ser condicionante, a lo que lleva es a mixtificar el concepto del hombre y su actuación cultural histórica. Si en su esencia la vida misma es conflictual —lucha interior en que se ofrecen varias conductas de valores morales equivalentes o tomados como equivalentes—, no parece propio de una moderna escuela de sabiduría el revivir con otra fórmula arcaicos dualismos mitológicos por toda concepción y explicación del mundo moral.

Así, pues, no se pretende que ha bastado y basta la convivencia humana por sí sola para que fuera desarrollándose el espíritu, entendido como centro activo de aquel mundo moral. Con el concepto del yo de la psicología cabe que concibamos y enlacemos la compleción de normas cuyo sentido culmina en la conciencia moral —atayante y guía— de la humanidad, que no es entonces mero complejo de intereses e impulsos vitales. La realidad propia de lo espiritual, una realidad objetivo-histórica, aparece informando, pero también rebasando, la subjetividad de los individuos. Lo que se repudia es que, a título de reivindicar la autarquía de un reino de los espíritus y defender su trascendencia sobre la relatividad de la vida, se atribuya al Espíritu la representación de la verdad y de lo absoluto, hasta llegar al antagonismo detractivo con lo psíquico-natural y a la hostilidad negativa contra la vida misma.

El hombre —y no se pierda de vista un instante que sólo puede hablarse del hombre social— ha de ser comprendido en una integración básica y última, evitando aquella idea falsa de los modos funcionales de la vida, o nos mantendremos lejos de la técnica con que debe indudablemente cultivarse la verdadera antropología sociológica. Si lo emocional y lo subconsciente predominan en el orden de las relaciones humanas, favoreciendo la pululación de fanáticas agru-

paciones que defienden de ordinario sus intereses antagónicos en un plano de ánimo innoble, es evidente que el proceso social mismo se realiza como aspiración a un estado de cosas en que la organización de esos intereses obedezca a una ligadura moral progresiva. La sociedad humana encuentra en sí misma y en su complejidad de impulsos el principio central orgánico para su actitud espiritual. En último término, toda espiritualidad se traduce en la gradación de las conductas informadas de "nobleza de ánimo", edificación de la personalidad del hombre. La valoración de la esencia de la cultura incluye y supone, así, una forma propia de existir y unas leyes propias de la vida, sustraídas a la contraposición (no a la distinción) de lo vital y lo espiritual.

Planteada de esta suerte la cuestión, la antropología concibe los elementos espirituales en primer término como sociológicamente condicionados y, en tal sentido, proporcionados a los innúmeros cuanto variables planos de la existencia, que tienden a la totalidad por el camino de la interferencia mutua. Raza, coetaneidad y sexualidad, círculos familiares, profesiones, intereses políticos e intereses económicos, nacionalismos y espíritu continental, en incesante movimiento de atracciones y repulsiones, van entretegiendo las esferas de vida individuales e institucionales y dando a todo este caos un superior—puesto que supraindividual—sentido humano. ¿Cuál es este sentido? El de implicar específicas regulaciones de orden personal—Ética— y de orden jurídico—Derecho— para los conflictos de índole psíquico-espiritual que es la convivencia. Todo individuo quisiera, ciertamente, comportarse en vista tan sólo de sus impulsos instintivos y de su interés egoísta; pero nadie escapa a una más o menos clara conciencia de que actúa dentro de un todo, prescindiendo de la coacción de las normas legales, y la concurrencia de ambos influjos garantiza un estado interior moral en todos los individuos y en todas las sociedades.

Este estado interior ha de ser, pues, una positiva y fecundante vivencia, para que vaya realizándose la reforma de nuestra persona íntima. Porque, de otra suerte, el mero propósito de aparecer comprensivos y justos, bajo la máscara de "los ideales" y "el deber", conduce al fariseísmo, en las relaciones sociales, y al postulado del terror, en lo nacional e internacional. El "estado de ánimo" no se simula: pertenece a los estratos más hondos de la psique humana. En las luchas inherentes a la multiplicidad contradictoria de la vida, la expresión exterior de nuestro ánimo no será de nobleza sino en la medida en que hayamos asimilado en espíritu nuestra voluntad de renovación. Esto es espiritualizarse, o sea, ampliar el sentido de los valores humanos y su conexión jerárquica, en un plano vital y no meramente intelectual. Por lo mismo, tarea de los auténticos directores espirituales será estimular la conciencia vivida de las relaciones valorativas, partiendo de la realidad concreta dada, hasta donde fuere posible. Lo céntrico estará entonces en el Hombre, no en el Espíritu.

LA VIVENCIA DE LA MUERTE

3) En los pueblos de arraigada tradición católica lo constante es que se tema más bien que se desee la muerte. La razón de este hecho consiste en que el enjuiciamiento silencioso que hace de sí mismo

el creyente alcanza una relación terrorífica con la idea del acceso ante "la presencia divina". En la múltiple representación cualitativa que el sujeto tiene de Dios, bajo la forma de personalidad, la imagen del Juez Supremo destaca en el centro al entrever el momento de que su mirada omnividente penetre en el secreto de una vida entera.

Fenómeno psicológico concomitante con el temor a la muerte es, sin embargo, y pese a todas las exhortativas moniciones religiosas, el de una invencible represión de la idea de la muerte; represión que, por lo demás, aunque en grado notablemente menos intenso que el relativo al terror de "la divina Justicia", constituye un modo normalmente reactivo de las funciones vitales. Cuando la circunstancia de una muerte individual renueva y actualiza en las gentes la idea reprimida, un como vuelco de conciencia es lo experimentado, que en el hombre de creencias resulta más internamente angustiante. Lo agrava el ritual solemne de que la Iglesia rodeó en todo tiempo el sucederse de los fieles difuntos. Aquel género de representación plástica que "los entierros" ofrecen en los varios círculos de la sociedad —aparte móviles vanidosos u obligada sujeción a la costumbre— informada está igualmente de la antedicha consideración pavorosa del morir personal.

Sólo que el elemento religioso en ella contenido no actúa sino momentáneamente. La impresión del suceso se escapa luego de los ánimos, en el tráfigo de lo cotidiano, con ayuda de la técnica innata de la represión, tanto más operante cuanto que la expectación de la muerte se difuma ante lo imprevisible del trance para cada persona. Por mucho que se repita el vulgar acontecimiento y tengamos la impresión de que se muere el instante menos pensado, es el sentido vital lo bastante claro para ocultarnos la subjetiva proximidad de semejante problema.

Y este sentido vital, precisamente, entraña el órgano para aprehender, con alcance conductivo y normativo, la realidad que en el texto se ha llamado "vivencia de la muerte". Lo psíquico-natural y lo temporal, al compenetrarse en un todo unitario, nos dan como conexión viva el proceso y el significado de nuestra existencia, desde cualquier punto de vista de realización espiritual que se la considere. El fluir del tiempo se ofrece cual un hecho que debemos aceptar con la vida misma, y pues intuimos individualmente un último límite de ésta, no habrá apenas ser humano, salvo el caso de idiotex mental, que no sienta disponer de experiencia —entendiendo principios y conceptos fundamentales derivados de ella— y tener un futuro —estimativa de intereses— como valor objetivo de su personalidad. En este plano la comprensión de nuestro destino no puede menos de ser también la comprensión de los lazos que nos ligan en la convivencia, vocablo confirmante del nexo vivo entre lo psíquico y lo espiritual. Mientras más amplia sea esa segunda comprensión, estaremos en mayor aptitud de ejercer el sentido de comunidad, condición específica de la cultura. Y de quien extiende su acción más allá de su destino particular puede decirse que entra en el ámbito de la supervivencia. Los homenajes póstumos ¿no expresan el reconocimiento de esta personalidad supraindividualmente actuante?

LA ANTROPOLOGIA Y EL DERECHO

9) No sin razón se ha llamado a la antropología de orientación moderna "la ciencia de las ciencias". Al estudiar al hombre anato-

mo-fisiológicamente y, a un mismo tiempo, psicológica y socialmente, la ciencia aquella viene a ser, en amplia síntesis superior, la biología de la sociedad humana. Con la pedagogía y la moral, también las disciplinas jurídicas —legislación civil y derecho penal— se fundamentan, pues, cada vez más, en los principios y métodos de la antropología sociológica. Lo que se denomina la dirección de la humanidad supone, en definitiva, el enjuiciamiento integral de las múltiples facetas (lo somático, lo psíquico, lo ambiental) que tiene aún la existencia humana más vulgar. El contenido de la convivencia se halla determinado por el complejo de las individualidades y de las relaciones de éstas con el medio ambiente, que a su vez significa una inmensa cantidad de estímulos para cada individualidad.

Si la vida humana, desde este punto de vista, es un todo orgánico, se impone de suyo la consideración de que cualquiera de sus expresiones sociales típicas ha de examinarse con criterio científico y con rigor técnico. Organizar los conocimientos equivale a organizar los hechos del vivir de los hombres, vivir que está subordinado a las condiciones de espacio y de tiempo. En cada aspecto de la realidad biológico-social, el género de ideas y el método preponderante corresponderán al asunto empírico que se investigue. Pero sería poco científico y nada técnico menospreciar el sentido de los otros hechos sin cuya conexión quedará incompleto o no comprensible el mecanismo interno de las relaciones entre la individualidad y el medio circundante. Es el peligro de toda especialización en la esfera filosófico-científica. La influencia, tan justificada, de la necesidad de la división del trabajo, si ha sido en general beneficiosa para el progreso de la cultura, no dejó de estorbar el cumplimiento de la otra y más inmediata necesidad: la de una comprensión unitaria del curso de la existencia humana, en su complejidad vital-histórica.

Aun en los casos en que el especialista quisiera no perder la visión de aquella unidad, acontece que está de tal manera embargado por los conocimientos y la técnica de su profesión que insensiblemente pone casi todo el acento en los hechos o los datos especialmente desentrañables para el profesional. G. Sergi, profesor de antropología y de psicología experimental en Roma, nos dió en este punto un ejemplo clásico de cómo la concepción biológica del hombre, demasiado acentuada, contradice prácticamente el esfuerzo comprensivo de la radical complejidad que es cualquiera existencia humana. Su *Leopardi a la luz de la ciencia* resultó apenas el parcial estudio de la personalidad del poeta a la luz de una ciencia: la ciencia psiquiátrica, en que preponderan, o preponderaban entonces, el concepto de la psicología fisiológica y el método experimental. En esencia, el pesimismo y demás caracteres de la obra leopardiana quedaban explicados por los factores constitucionales y temperamentales morbosos del hombre. Las numerosas y acerbas críticas que suscitó el intérprete fueron en parte la reacción justa contra una técnica antropológica en que primaba el aspecto clínico, sobre la base de preocupación de lo degenerativo. Y ¡Sergi había escrito antes *La evolución humana individual y social!*

El inconmensurable problema de las manifestaciones constitucionales y caracterológicas de los individuos en la antropología criminal tropieza, así, todavía, con un peligro análogo: en el análisis psicobiográfico del delincuente, lo predominante es la actitud profesional de aplicación de las doctrinas de los tipos corporales a los diagnósticos sobre las anormalidades. En esos diagnósticos destaca el

fondo de energía neuropsíquica que cada individualidad posee en mayor o menor grado, quedando incierta o difusa la compleja relación de aquella respecto al medio circundante. La prodigiosa capacidad expositiva de Krestschmer aplicando la doctrina de la constitución corporal y el carácter contribuyó al predominio de esta orientación orgánico-hereditaria en el estudio de cada caso delictivo. El ilustre médico y psiquiatra no menosprecia el valor de las influencias sociales, por cierto; pero prácticamente lo toma apenas como un valor complementario.

Contra la sobrevaloración del significado biológico en la estimativa de las individualidades no ha cesado, así, de agitarse un movimiento de opinión científica que da cierta supremacía a las características del medio —niveles de cultura— y a la correlación de las vivencias individuales con la realidad ambiente. Tomando como punto de partida los complejos psicosociales, llega esta escuela a la afirmación de que el despliegue de cada existencia individual presupone las más diversas posiciones latentes y que a medida que se elevan a una especie de conciencia objetiva adquiere o pierde su fuerza la individuación. Se establece el nexo entre el contenido de la estructura social y los elementos orgánico-funcionales que determinan el carácter. Más que de adaptación, cabe hablar entonces de vida consciente como sentimiento de comunidad. De aquí se desprende con evidencia que la pedagogía y la psicoterapia son dos aspectos del problema de la asistencia social del hombre.

FAMILIA Y MATRIMONIO

10) Enlazado con la afirmación de lo básico de la familia en la sociedad civilizada, y ahondando un poco más en el concepto sobre el destino intransferible de cada hombre y de cada grupo, cabe destacar aquí el hecho de que ninguna relación humana existe de tan expresiva proximidad como la habida entre consanguíneos. Es la expresión de lo dado en la naturaleza y de lo alcanzado en la cultura, dentro de un modo específico biológico-social. Porque consanguinidad presupone progenitores, y el consciente sentimiento de éstos de verse prolongados en otros seres comunica un sentido orgánico al conjunto familiar. Los antiguos sistemas de enlaces, la serie de ideas o concepciones genéticas y todas las cambiantes estructuras clánicas y familiares se involucran así en el complejo mismo de la evolución de nuestra especie. La energía creadora de la conciencia ha ido determinando y vivificando aquellas múltiples formas estructurales, lo cual hace inaccesible a un positivo conocimiento crítico el origen de la familia en su integral significado. Nada más indeciso y difuso que la maraña de interpretaciones etnológicas en el campo de la proyección faseológica del parentesco. Superadas las etapas de asociación elementales, puede decirse, sí, que los intereses y los sentimientos originados en la familia representan casi toda la historia psíquico-espiritual del hombre.

El sentido de la cultura moderna se halla, pues, referido a lo que tiene de humanamente constitutivo la institución familiar. En el régimen doméstico se ve un poder rector y conformador de la existencia colectiva, algo que articula el conglomerado social, que dirige y apoya y estructura los complejos asociativos. Los inúmeros problemas de la herencia biológica, de la regulación (el divorcio inclu-

sive) y la psicología matrimoniales, de lo moral y lo pedagógico en relación con la prole, de la división y el alcance creativo del trabajo, de la propiedad privada y la sucesión hereditaria, de la concreción de las diferencias raciales y económicas en castas y clases sociales, cien otros factores más, que se revelan en la actitud íntima y la conducta práctica, incorporados orgánicamente al movimiento de la vida, derivan su contenido natural-histórico de ese fondo específico a que se ha hecho referencia.

Más concretamente: la dualidad inalizable "sangre y espíritu" que es la naturaleza humana —por tanto, el proceso de la cultura— no se concibe actuando al pronto dentro del ámbito vital del propio yo. Empieza con la primaria comunidad afectiva: el círculo familiar. Todo individuo es primeramente elemento de este círculo y heredero de sus peculiares sinos. La raza tendrá para dicho individuo ya un sentido de extensión de la conexión originaria, biológicamente. El cuerpo social no será sino la articulación de familias, cuya dinámica interna aspire a conciliar y superar los impulsos naturalistas e individualistas.

Y aquí se aclara de una manera increíble el que parece oscuro caos de problemas, tratándose de la actual crisis de la familia y su misión de cultura. No es escaso el número de sociólogos para quienes ese organismo institucional encuéntrase en proceso de disgregación y disolución; aún más, que resulta ser un estorbo en el movimiento evolutivo humano. No sólo la frecuencia de matrimonios con resultados lamentables, no sólo la facilitación creciente del divorcio, y el desarrollo incontenible de la corriente feminista, que va emancipando económica y moralmente a las mujeres, sino el hecho de que el Estado tome cada vez más por su cuenta las funciones propias de la asociación doméstica, compartidas por las empresas de explotación en pequeño y en grande, antecedentes son que llevan irresistiblemente a aquel punto de vista desahuciante y desconcertante.

Pero un enjuiciamiento objetivo de la cultura nos muestra, luego, que lo que reviste aspectos de descomposición traduce el creador poder oculto de la conciencia. Requerido el hombre a situarse ante el fracaso de su propia existencia —porque hemos de partir del fenómeno de que nuestro mundo interior nos deja de ordinario tal sensación deprimente—, advierte que estaba agudizando su constante tensión psíquica, sin saberlo. Todo porque del natural eslabón psíquico-espiritual que es la familia en la cadena de las generaciones hacia un aparato rígido entrecruzado de elementos dogmáticos, sentimentales y materialistas. Y la conciencia cultural venía a evidenciarle lo que el problema de la existencia entraña como vitalidad y como espiritualidad.

He ahí, pues, que la disgregación a la que se asiste es aparatosa; quiero decir, de descomposición del aparato. Se revén los dogmas del *pater familias* preponderante o absorbente, de la mujer en depresiva condición de tutela, de los hijos con deberes antes que con derechos en el desenvolvimiento de su personalidad, de las inhumanas destinaciones absolutas entre la prole legítima y la ilegítima, de lo sagrado e indisoluble del vínculo conyugal, de lo intocable de las transmisiones hereditarias por parentesco... Se explora en el venero afectivo en todas direcciones, encontrándose que sensualidad sin decoro compromete la grandeza y el porvenir del matrimonio, que muchas efusiones con los hijos o entre hermanos son un incesto espiritual más peligroso que el sensual (D. H. Lawrence), que las barreras fami-

liares estimulan de preferencia mezquinas disposiciones de ánimo contrarias al sentimiento de comunidad, que un tal régimen doméstico apereja para sus sometidos la tendencia a maniobras de fuga o liberación, con derivaciones inaveriguables. En cuanto al cúmulo de menesteres que tradicionalmente llenaron la vida de familia, hoy mucho de esto ha cambiado. La asistencia social y oficial y la potente industrialización del vivir moderno aligeran constantemente la carga de las exigencias materiales en que ha consistido el gobierno doméstico.

En el plano antropológico, se trata, por tanto, de que la condición natural-espiritual nuestra encuentre en la familia su centro íntimo y un nexo de inmediatez con el contorno, siguiendo y realizando las direcciones fundamentales de la cultura. Es la necesidad de un régimen de existencia que no implique un fracaso en sí mismo para cada persona humana. Y se columbra que el advenir de una sociedad nueva no ha de determinarse sino por la normalización de lo primario y lo más hondo. Se reduce todo a decir que ha de haber paternidad y maternidad y filiación conscientes, en el cultural sentido del término. La individuación afirmada e integrada en este nexo de conciencias traería los caracteres de un mundo nuevo, pues cada familia habría dejado de traicionarse a sí misma. El promedio de las gentes encuentra que su fracaso en la vida se ha originado en la miseria concienzial del régimen doméstico. De aquí dimana el que vivamos prácticamente etapas inferiores de cultura, puesto que disociación es nuestra modalidad íntima. ¿Cuándo vamos entonces a tener sociedad organizada?

La idea de que el cuerpo social degenera debido a la disolución de la familia es, por este aspecto falsa o sofisticada, y lo cierto radica en que la dura realidad se encarga de evidenciar el trágico divorcio entre existencia y concepción familiar vigente. La reforma legal acude, en este caso, a atenuarlo con un alcance aparentemente disolutivo. La vida misma evolucionando en forma de una más clara conciencia ha traído nuevos conceptos jurídicos, nuevas líneas directrices de cultura. Se adelanta el derecho escrito a lo que de estático hay en los sentimientos y en las costumbres. De ahí la misión educadora que se reconoce a la ley. Apreciamos el elemento positivo en ella contenido cuando su aplicación nos muestra que ha remediado muchos trastornos psicológicos, que ha garantizado formas de existencia menos inseguras para el ritmo vital-social. La aseguración de este ritmo siendo, así, en definitiva, a la verdadera monogamia (distinta de matrimonio indisoluble), basada en la comprensión y penetración de los destinos individuales —los de los seres íntimos— dentro de la comunidad. Y aquí estará la honda resonancia de la institución de la familia en el futuro, cuando sea regida por una conciencia conexiva en lo posible totalizadora.

CULTURA Y SEXO

(1) Sexualidad exacerbada es una y la misma cosa con problemas arduos. Cuando se entrevé la serie innumerable de aspectos negativos que el apetito sexual incontrolado ofrece para el vivir de un pueblo, no puede dejar de reconocerse la importancia de este enunciado antropológico: que la realidad histórica, antes que convivencia de cultura, es una potencia biológica, aquello que en el hombre hay de energía cósmica (la vida, ha dicho Lakhovsky, resumiendo

la teoría de la correlación entre los rayos o efluvios astrales y la actividad en los seres vivos, nació de la radiación y subsiste por el equilibrio dinámico de radiaciones múltiples en lo que llamamos células.

Y es porque precisamente la cultura padece estragos mortales en un ambiente envenenado de sensualidad. Las generaciones absorbidas por la preocupación libidinosa, aflojando irremediablemente sus resortes vitales, dada la profunda resonancia orgánica y psíquica de toda lascivia, se enervan o invalidan para la afirmación de su vivo proceso cultural. Lascivia es torcedura caprichosa de un instinto— puede decirse que el animal no es lascivo— y en ningún plano de fenómenos de la complejión humana se ve tan claro el hondo nexo de lo orgánico-psíquico y lo espiritual como en el de lo erótico.

Precisando más: racionalizado fuertemente el instinto y siendo éste algo tan profundo y primordial, los modos conceptuales o fantaseadores de la libido se traducen en febriles tensiones psíquicas, y ya la ciencia nos ha mostrado el efecto inmediato de éstas en lo fisiológico. Al cabo de unas cuantas generaciones, se habrán fijado ciertas condiciones corporales y temperamentales, que representarán otros tantos factores adversos al equilibrio sexual. Y los caracteres orgánico-psíquicos significarán a su vez una proyección de lo interno en las manifestaciones llamadas espirituales —lo poético y artístico y lo religioso, especialmente.

Fijada una buena porción de la estructura cultural sobre la base de las vivencias sexuales, explicase que en todas las épocas y en todos los pueblos haya sido lo sexual el gran tema de la vida. Desde las hordas primitivas, en que el varón se siente empujado hacia la hembra de una horda extraña, el impulso sexual instintivo coincide ya con cierto sentimiento diferenciado y humano, cuyo valor, por tanto, es no sólo biológico, sino social.

La fuerza oscura o primaria del sexo empieza a incorporarse en formas de motivación tales, que el resultado será ir transformando la complejión interna individual y condicionando sobre un fondo erótico la evolución colectiva. De profundo alcance psico-físico, la dirección de las concepciones y representaciones sexuales repercute también en el ámbito cultural de incontables maneras. Esta conjunción de lo instintivo y lo intelectualizado se resolverá en expresiones vivientes de variedad infinita. Tendremos desde la orgía, la grosera delectación contaminada de fantasías malsanas o de prejuicios teóricos, hasta la idealista o mística actitud (ensueño lírico o transporte ultrarreal) que aspira al arrobamiento, por emoción de amor. Supuestas las disposiciones somáticas hereditarias, el medio cultural contrarrestará o acentuará, de modo inconexo, el peligro de excitaciones sexuales tempranas o morbosas, volviendo difícil cualquier movimiento de pedagogía sexual.

La historia de "lo humano" se realizó siempre cumpliéndose su propia condición paradójica: proceder irracionalmente en muchos aspectos, cuando el instinto recibe iluminaciones opuestas de la conciencia o contradictorias impulsiones de lo inconsciente. Los grandes progresos de la sociedad humana nunca se obtuvieron sino al precio terrible de dislocaciones internas del ser individual y social.

Con esto desplazamos, naturalmente, lo ambiguo de la aserción, tan repetida, de que el proceso cultural se reduce a una doma progresiva de lo animal en el hombre. No: antes que en un proceso de domesticación, la cultura consiste en ir descargando nuestra psique del

peso moral que los siglos pretéritos han acumulado sobre los instintos fundamentales, singularmente sobre el *eros*. Porque somos humanos, "demasiado humanos", hemos sometido el yo a fantasías y conceptos violentadores de la naturaleza instintiva. El resultado de este conflicto ha sido no el animal humano que vive del instinto, sino el instinto desnaturalizado que vuelve anormal al hombre. Por esto se ha dicho, no sin razón, que sólo como de un ideal podemos hablar de personas enteramente normales, siendo lo único asequible en la convivencia un término medio de normalidad y de adaptación.

Psicológica como sociológicamente, resulta, por lo mismo, poco ceñida a rigurosidad la fórmula con que los psicoanalistas explican el desequilibrio anímico. En realidad —se dice— la naturaleza humana es la protagonista de una cruel y casi interminable lucha entre el principio del Yo y el principio del instinto informe: el Yo es todo limitación; el instinto no conoce límites, y ambos principios poseen la misma potencia. Cuando el instinto erótico o el impulso de dominio son reprimidos en la inconsciencia, se produce la neurosis.

Contra este formalismo dual, denominado el complejo de Edipo (de procedencia médica) o el complejo de inferioridad (de dirección pedagógica), parece hasta aquí lo menos aventurado eludir la oposición "instinto-conciencia" y convenir en que la complejidad psíquico-orgánica a que ha llegado el hombre repugna esa terminología esquemática o sistemática. Con este reparo no se pretende desconocer lo valioso del descubrimiento de las relaciones entre lo consciente y lo inconsciente, con sus prolongaciones para la *neuro-patología*. Se quiere decir tan sólo que la complejidad y la unidad anímicas se alzan muy por encima de tal polaridad. Es incientífico hablar de los "derroches del instinto" en el hombre, aludiendo a su originaria animalidad, como lo es hacer de la conciencia o subconsciencia la clave de todo el aparato psíquico. Leyes naturales son, sin duda, las que se han cumplido, en el curso de milenios, al transformarse y complicarse la psique humana, inseparable del progreso de la potencialidad funcional-orgánica; pero, por lo mismo, "humanamente" considerada, la conducta entera del hombre no puede implicar sino degradación o superación de los instintos primordiales.

La lujuria es así vivencia humana, antes que expresión de un instinto —el espontáneo instinto animal—. Claro está que en el fondo permanece biológicamente el impulso instintivo; pero lo característico de la actitud lujuriosa es la hipertrofia de lo sexual-anímico, en que sensaciones y representaciones intensificadas hacen de guía. Lo que se derrocha es entonces energía psíquica y, en el conjunto vital, se opera una como lesión grave en la estructura íntima de la persona. La violentación de la naturaleza nos muestra aquí con gran relieve el sentido cósmico que hay en todo *eros*: la expresión última de la orientación interior pasiva del lujurioso tiene que ser la de depresión y abulia. Pueblos de sexualidad enfermiza no pueden ser jamás pueblos dinámicos. La reiteración sugestiva de complacencias libidinosas se traduce forzosamente en disminución de la resistencia volitiva. Cada vibración emotiva o cada descarga emocional es en tal caso pérdida de un potencial de fuerzas que interesan al hombre y a la comunidad humana.

La observación de que la cultura de Occidente está esencialmente penetrada de erotismo, en el malsano sentido del término, ha llevado, por esto, a los psicólogos y sociólogos modernos al reparo de que los europeos, comparados con los asiáticos, son de una inaudita sen-

sualidad, por lo mismo que conciben el sexo en un grado extremo de pecaminosidad. Lo erótico implica para los orientales una concepción más natural. Y allí donde no hay bastantes contrapesos de índole educadora, esclavización al impulso sexual significa depresión abúlica y tristeza ambiental. Tales los más de los pueblos hispano-americanos, cuya emotividad egocéntrica difícilmente vibra en función del espíritu.

LA EDUCACION Y EL MEDIO

12) Si se ha entendido bien lo apuntado en el texto y las notas anteriores, veremos claro el alcance de la educación en el dominio de la antropología sociológica. Partiendo del hecho de la metamorfosis de los instintos primordiales en el complejo psíquico humano, nadie negará que el hombre es susceptible de una serie indefinida de cambios cualitativos en su estructura total interna. Se comprende así el concepto de que educar significa favorecer en las generaciones sus mejores aptitudes y combatir o atenuar sus defectos, todo dentro de la noción de que la existencia individual alcanza sentido en la existencia colectiva.

El problema pedagógico, que es el problema de mejorar individualmente al ser humano, para la convivencia cada vez más armónica y mejor organizada, presupone, por consiguiente, también, el discernimiento de las cualidades y los defectos de la colectividad a que el individuo pertenece. Ambas esferas, la privada y la pública, la personal y la nacional, ofrecen una infiltración mutua, y por eso muchos educadores propugnan que no puede hablarse sino de pedagogía social.

Pero hay, al propio tiempo, otra esfera, mucho más amplia y compleja: la de carácter mundial. Así como es una ficción el individuo aislado, no concebimos en los tiempos actuales un pueblo de alguna civilización sustraído enteramente al conocimiento e influencia de los otros pueblos civilizados. En este caso, atisbamos el conjunto de capacidades y desigualdades de la humanidad, y ese atisbo permite, antropológica y sociológicamente, concepciones e interpretaciones que resumimos en las frases: "un ideal de la naturaleza humana", "el desequilibrio del mundo", "el ambiente espiritual de nuestro tiempo", etc.

El concepto de humanidad y el de espiritualidad implican, pues, criterios de cultura universalizados, en los que, desde luego, sólo puede esbozarse un intento de destacar elementos filosóficos fundamentales. Dentro del marco de la antropología social común, la vida histórica presenta algunas modalidades caracterológicas y su poder disciplinario en el tiempo llamamos la dirección de la cultura. Por eso cabe hablar, genéricamente, de la enseñanza y la propaganda de la cultura, como sistema de las ideas vivas y vitalizantes que cada tiempo posee. Y aludiendo al vivir mismo con arreglo a tal régimen integral de cultura es que habla de "el espíritu de las edades", "el alma humana contemporánea".....

Pero, si se concibe y conoce la directriz de la cultura, el orden real o práctico de las relaciones de la vida se halla sociológicamente articulado en pueblos de distintas condiciones y necesidades, y entonces un vasto cuadro de culturas comparativo se convierte en fundamento de toda la realidad humana. Esa variedad admirable de caracteres nacionales que el mundo nos ofrece ¿qué otra cosa demues-

tra sino es el hecho antropológico a que antes aludí, o sea, la metamorfosis de los instintos primordiales en complejos psíquicos humanos? Las predisposiciones y adquisiciones anímicas se localizan, pues, por decirlo así, y contra toda universalidad se subordinan al ambiente y a las circunstancias.

Desde este punto de vista, no puedo dejar de pensar en lo inseguro del terreno que exploran cuantos pretenden sentar las bases de la evolución psíquica en el niño y en la edad juvenil. La psique humana no es algo concluso y concreto a que se llega evolutivamente en cada existencia individual. Sobre la base de unidad de algunas manifestaciones en el proceso psicológico evolutivo de los humanos, domina la infinita multiplicidad de las particularidades corpóreas y caracterológicas. En realidad, parece vano intento señalar un orden fenoménico específico de desenvolvimiento de la psique humana. Se comprende que pueda hablarse de ciclos psíquicos, como imperio del concepto antropológico; pero esa visión, que es más metodológica que comprensiva, no ha de ocultarnos el problema que ya traduciría con la frase "resonancia en el alma del niño del tono de vida ambiental".

Sobre lo esencial genérico, si hemos de imprimir una dirección científica al esfuerzo educativo, precisa, pues, que resonemos el influjo decisivo de aquel conjunto de factores que constituyen la atmósfera moral y material del educando. Estos factores intervienen cotidianamente en nuestro funcionamiento corporal y psíquico y de tal modo se relacionan con la intimidad del ser, que pudiera decirse que adquiere por ellos conciencia de su existencia. Por el ejercicio mismo del vivir, las disposiciones y aptitudes se desarrollan y se complican a medida de las circunstancias.

Considerar este aspecto particularista de la vida es, pues, punto capital como coadyuvante de la función educativa. Lo que se llama Sociogeografía implica un elemento interior de la función social. No se pretende, por supuesto, atribuir trascendencia antropológica y sociológica a cualesquiera aspectos de la vida social de los grupos. Para el propósito pedagógico, ha de valorarse aquello que como diversidades cualitativas determina modos de carácter en dichos grupos. En esta determinación, ceñida en mucho a la fatalidad histórica, hay, con todo, un palpable impulso, proporcional, de las fuerzas intelectuales y la disciplina mental. La vida es trabajo y, dentro de la creciente diversificación de actividades, el trabajo demanda conocimiento y especificaciones. De aquí el obligado aspecto instruccionalista de la educación pública, encuadrado en el amplio marco de la cultura y el saber humano.

La relatividad de la esencia, del sentido y del valor de la función educativa misma queda así señalada en toda su significación. Cada pueblo es, ante todo, una estructura de valores histórico-temporales; por tanto, comprensible y variable en su situación integral vivida. Contra la tendencia que concede a la enseñanza cuantitativa un predominio absoluto, conviene, pues, mantener un movimiento que esté esencialmente condicionado por la nacionalidad y el círculo de cultura. Esa será la trayectoria que nos ofrezca un progreso interno, no un superficial crecimiento, de las individualidades y de cada personalidad colectiva. Magnífico que se esté en contacto con el mundo, pero a condición de no escamotear el destino personal ni traicionar los propios valores. Pueblo que no se dé cuenta de lo que necesita saber y hacer para vivir, carece de conciencia de su situa-

ción en las relaciones inter-humanas. Y como primero es determinar, en sentido étnico y psicológico, la índole de cada grupo, la antropología social es en parte un elemento de la organización de la cultura.

LA REBELION DE LAS MASAS

13) Con distintos títulos, pero coincidiendo todas en el fondo con el concepto de rebelión de las masas, mote de un libro español muy conocido, se han escrito innumerables obras durante los últimos tiempos.

Tiempos de magnos movimientos sociales y de agitación revolucionaria, se ha operado, indudablemente, un trastorno de los modos tradicionales de vida, repercutiendo la conmoción de preferencia en los ámbitos de las relaciones entre el capital y el trabajo, entre las clases adineradas y las asalariadas.

Una primaria interpretación del fenómeno lo atribuye a la circunstancia de la vertiginosidad con que ha crecido la población en el mundo. Una masa humana ingente pesa sobre el régimen social de la mayoría de los pueblos, y como no ha habido tiempo —se dice— de educarla en la noción de cuánto han costado el avance y el poder modernos, y se la habla de su derecho a vivir en pie de igualdad con los pudientes, he ahí que sólo respira orgullo, careciendo de sensibilidad para los grandes deberes históricos.

Me parece una manera de planteamiento del problema falsa o demasiado simplista. Según esta teoría, de no haberse incrementado extraordinariamente la especie humana, la cualidad de apetecible de las formas del vivir presente, aún mediando la incitación igualitaria, no se habría traducido en agitación y régimen de masas.

A menor volumen de impulso menos fuerza actuante, por cierto. Pero, sin ir muy lejos sobre la superficie de la Historia, el ejemplo de la sublevación de las muchedumbres contra las clases elevadas, durante la Revolución francesa, nos muestra, a la luz de la antropología sociológica, cuánto vale o puede un sentimiento humano en la vida de relación. En concepto de psicólogos autorizados, lo que agudizó y determinó esa explosión popular fue el hecho de que la capa social dominante estuviere en buena porción compuesta por plebeyos enriquecidos, que adquirieron títulos nobiliarios. El que se siente y se sabe a sí mismo inferior (es la reflexión de filosofía social con que concluyen los intérpretes) no reacciona en dependencia del grado que importen los intereses y el bienestar del tenido como superior.

Y sucede que la particularidad histórico-realista actual se reduce, por lo pronto, a la generalización del sentimiento de igualdad en el plano de sangres y castas. El mundo se democratiza ostensible e incontestablemente desde el punto de vista del criterio social. Mas, por ello mismo, experimenta cada vez con más agudeza las diferencias de estilos de vida, surgentes, según la doctrina en boga, de un viciado régimen de producción y de trabajo. La gran porción de los seres humanos que componen los trabajadores se sienten, pues, como nunca, articulados en el mecanismo social-económico. Y, como han adquirido cierta conciencia de su unidad (conciencia de clase, se empeñan en decir, beligerantemente) y esa unidad representa sólo el papel de número, su poder se diluye de ordinario en inconexa intimación.

Como se ve, llamar a esto rebelión de las masas no responde al interior significado de aquella "voluntad de igualdad" que el espíritu democrático va infiltrando en las multitudes; voluntad de igualdad que, en resumidas cuentas, lejos de acusar "rebeldía contra la civilización", lleva en su entraña el anhelo de elevar la propia existencia como vitalidad y como espiritualidad. Antropológica y sociológicamente, esta es la significación humana de aquel sentimiento vital en los grupos y su promesa real para el futuro.

Si captamos con serenidad de ánimo lo que está aconteciendo, habrá que concluir, por tanto, que la vertiginosidad de crecimiento digna de anotarse y que caracteriza nuestra época es la del organismo llamado Sociedad. Este organismo se desarrolla en la tensión de direcciones contrapuestas, tensión que hemos de considerar como realidad transitoria; pero, apenas extendamos al momento histórico la ojeada que se ha dado sobre el proceso de lo humano y lo espiritual en el curso de los milenios, nos sorprenderá advertir que la esencia de todo es resultado de la disciplina del espíritu (normas y leyes) laborando en la conciencia del hombre actual.

Compréndese entonces que, como lo más cercano a la vida, el pensamiento objective en primer término las posibilidades materiales de la seguridad económica. Pero, dentro del propósito común de alcanzarla, se impone inexorablemente la organización, y organización implica concierto de anhelos y disciplina de conducta. No es, pues, todo mera pretensión y callejeras agitaciones. Sin funcionamiento orgánico y sin sentido de responsabilidad, las fuerzas genéticas de lo perfectible se estorban y estacionan. El falso sindicalismo que no mira atentamente al mejoramiento moral de los sindicalizados ha contribuido a desprestigiar el sistema. Tratándose de las agrupaciones obreras, se ha agravado el mal por el contagio moscovita de la consigna de mantenerlas como potencia agresiva.

Esta atmósfera de agresividad y el hecho de que el llamado hombre-medio representa ahora una cifra multitudinaria, que ha reemplazado a las antiguas minorías selectas, dueñas de la función de idear y señalar normas, ha traído, a no dudarlo, un descenso en el tono "aristocrático" del arte de gobernar y de la cultura. En muchos aspectos, la predominancia cuantitativa respira aplebeyamiento. Cada vez son más raras la delicadeza afectiva y la finura de comportamiento, que fueron antes excelencias heredadas y distintivo de clase. El democratismo social acarrea, de otro lado, una tendencia a prescindir de las valoraciones personales jerárquicas, y en este sentido es exacta la denuncia de que el momento histórico es de imperio de la mediocridad.

Insisto, pues, con bastante certidumbre, en la alegación de que el despliegue vital del "hombre-masa" en nuestro tiempo, al impulso de su evolucionado sentimiento de igualdad humana, debe apreciarse unido al crecimiento del organismo social en conjunto que, por encima de diferencias etnológicas, doctrinales y profesionales, se convertirá en conciencia de una comunidad de hombres con hombres. En este gran momento de transición o integración, el tono medio de la espiritualidad decae, proporcionalmente al promedio de las necesidades y actuación del hombre medio. El ambiente se satura de tosquedad, de tendencias utilitarias, de maneras incíviles. Pero esto es fundamentalmente distinto de no tener conciencia del valor de la cultura. Puede ser ésta al pronto predominantemente intelectual, a la vez que

pobre de ética. Puede la misma enconada concurrencia vital desviar temporalmente la dirección de la cultura. Empero, en el fondo de las determinaciones que parecieran revestir sólo un alcance de economía biológica se está estructurando mejor el sentido humanístico de la existencia.

Por lo demás, el predominio de lo cuantitativo no excluye la formación y continuidad de valores superiores sociales, la disciplina del pensar y del sentir que garantiza el proceso de una cultura siempre renovada. No influirán de inmediato o de modo visible en el movimiento espiritual colectivo. Pero, en el caos de las transiciones, perder el asidero de auténticos directores espirituales, que de un modo u otro se revelan, eso sí acusaría decadencia y que la historia humana ha quedado a la decisión de los vulgares.

INTERES DE LAS IGLESIAS E INTERES SOCIAL

(4) Si fuésemos a hacer el diagnóstico de este mal de la intolerancia de origen religioso, encontraríamos que buena parte de su explicación corresponde al hecho de la naturaleza profesional de los organismos eclesiásticos. En todos los órdenes de actividad social, la profesión representa un fuerte vínculo. ¿Qué diremos de la profesión sacerdotal, cuyo ejercicio se desenvuelve dentro de un vasto sistema corporativo y jerárquico y cuya conexión específica con inúmeros aspectos de la vida colectiva sirve para afirmarlo o mantenerlo?

Cuando en el problema de la formación del sacerdote y de la ética de su ministerio aceptamos en principio su aptitud vocacional, se descuida, empero, ver el lado enorme que comprende el funcionalismo de aquellos rígidos cuerpos supranacionales llamados Iglesias. En sus funcionalismos hay la finalidad terrena de los individuos, en la lucha por la existencia —hasta en el ingreso a las órdenes mendicantes cabe advertir aquel propósito—, y hay también toda la inmensa categoría de convenciones y expectativas tendientes al fortalecimiento institucional, correlativo de la preocupación de que el espíritu libre va penetrando en las varias esferas de la sociedad.

Arbitrada por hombres y para hombres la asistencia social religiosa, sólo el omnímodo imperio de la creencia, vinculada a los que garantizan la salvación del alma, puede explicar que no se advierta todo el cúmulo de humanos intereses encubierto bajo la acción evangelizante. Si fuese dable intelectual y moralmente para el creyente desintegrar de aquella acción el contenido antisocial propio de toda organización de tendencia absolutista, la conciencia religiosa acaso tomaría forma en el mundo.

Entretanto, lo que se realiza predominantemente en la Historia es la representación del espíritu eclesiástico. Así, lo más de la religiosidad se reduce a que las gentes piadosas sean esclavas del poderoso mecanismo de las iglesias, y esas gentes viven satisfechas de su esclavitud.

Un tal mecanismo, mientras funciona, sólo mediante el despliegue integral de sus fuerzas en la lucha adquiere, pues, significación. Dada la incondicionalidad de su aspiración de persistencia, se lucha (aparte la prédica moralizadora) contra todas las innovaciones y mutaciones que impliquen ampliación o liberación de las conciencias individuales. La competencia en la esfera civil-política es, en primer

término, competencia por mantener la sujeción de los grupos, a título de que se cumple un sagrado ministerio espiritual.

Por lo dicho, domina el principio de autoridad, y domina en forma ilimitada y automática. Es el caso de una profesión que lleva aparejado para quienes la ejercen el privilegio de estar por esencia sustraída a toda disidente disputa de la clientela. Cuando tal disidencia de actitud se produce, acaécele al sujeto una peripecia que es designada con un término demasiado expresivo: **excomuni6n**. Al excomulgado, formal o tácitamente, se le confina al campo de "los enemigos de la religi6n", puesto que apartados de "la Iglesia de Dios". Siempre la exigencia de la uniformidad de sumisi6n a que se ha aludido.

Hacer constar esto no tiene, aqu, sencillamente, otro alcance que aproximarnos a lo real, depurar un tanto el criterio con que el creyente debiera hacer vida religiosa. Al darse cuenta de la considerable proporci6n en que el r6gimen eclesiástico participa del mezquino r6gimen mundano, ya que no puede ser de otro modo, porque se trata de religiosos profesionales "hombres", adoptaría una concepci6n mäs amplia de lo religioso, lo cual se traduciría en alguna afirmaci6n de la propia individualidad. Y este sería el camino hacia la deseada espiritualizaci6n de la convivencia, en el plano de lo religioso. Llegando a la inteligencia de los hechos es como el hombre conquista paulatinamente el don de la espiritualidad.

Aunque en el sacerdote se representa, idealmente, desde el punto de vista moral, un tipo superior de hombre, ese ensanchamiento de la concepci6n de lo religioso conviene, ademäs, en primer t6rmino, al mismo profesionalismo eclesiástico. La idea es que el sacerdocio como instituci6n y como profesi6n podria situarse en un plano de menos discutible valor sociol6gico, a poco que el imperio de la beatitud eterna se reemplazase con un gobierno de almas en el sentido de vida moral-religiosa prätica. No el aparatoso movimiento de la acci6n social cristiana, cuyo impulso obedece al propio afán de acumulaci6n de poder, sino la honesta actuaci6n individual y corporativa que, encaminada esencialmente al "mejoramiento sobre los hombres", se inscribe en el genuino concepto religioso de la virtud. La primera exigencia de la probidad profesional es decisi6n de servir en aquello para lo que uno se ha especializado. Toda profesi6n implica elecci6n de un destino social, y ninguno, acaso, de mäs alta calidad que el de educaci6n del sentido —no digo sólo del sentimiento— de religiosidad en las colectividades. El que se sea intérprete de imperativos ultramundanos no quita nada al otro imperativo, condicionante de la misi6n religiosa: afanarse por demostrar en los hechos la eficacia de la predicaci6n, oral o escrita.

El problema, segun esto, viene a resolverse en el de la selecci6n del personal que ha de actuar como organismo eclesiástico. Cabalmente, no hay aspecto, entre los múltiples de la concepci6n profesional, en que con mäs raz6n íntima se considere requisito substancial la vocaci6n. Las iglesias dieron siempre en principio un valor imponderable al proceso de observaci6n y preparaci6n del aspirante a la profesi6n religiosa. Es porque esta exige aptitudes y disposiciones de ánimo específicas. Mientras en las otras profesiones el "sentido de la concurrencia" es la fuerza éticamente influyente, para el auténtico religioso profesional la expresi6n de su saber y de su actuar ha de hallarse por encima de todo interesado motivo personal. Debe ser inducido a la acci6n por el incentivo puro de la visi6n de su Dios. Mäs que su ciencia teol6gica, tendrá que acendrar, día a

dia, la técnica del propio vencimiento —disciplina ascética— contra toda sugestión de orgullo, codicia o sensualidad. Y ya se sabe que esa técnica, en general, se reduce a desviar y sublimar la energía de los impulsos mediante la comisión de las buenas obras, la preocupación de los valores espirituales.

En la práctica, sin embargo, quizá porque los tiempos no estimulan el profesionalismo religioso y porque se mantiene casi como la única función de las iglesias la simbólica del rito, el culto inclusive, apenas si tienen una aplicación secundaria las dos esenciales exigencias de la profesión religiosa: el criterio selectivo y la actuación social espiritualizante. El profesional, de uno u otro sexo, pertenece, por lo común, a clases sociales muy bajas, situación en que caecasean inevitablemente aquellas individualidades selectas que marcan el progreso de la ética en la comunidad cristiana. Reducido por lo demás, el ejercicio profesional al funcionarismo de lo que pudiera llamarse la mecánica eclesiástica, se produce la tendencia a creer que su mantenimiento sin restricciones y la adhesión externa de las gentes a su significado constituyen el alma de la religión.

Si se hacen difíciles la selección y la preparación vocacionales, que al menos en la relación entre el órgano y la función no se invierta el sentido, dando preponderancia al primero, porque entonces el espíritu religioso queda subordinado a un sistema eclesiástico y no a un cuerpo de enseñanzas y ejemplos moralizadores. Un sacerdocio convertido cada vez más en rueda de su propia máquina habrá de entender el organismo social viviente como una obligada adaptación a un mecanismo estable. Rebajado o disminuido el significado social edificante de la profesión religiosa, es lógica una concomitante desvalorización social de la misma en el orden de las vocaciones "nobles". No todo en la vida, felizmente, es utilitarismo, y siempre habrá seres para los cuales la categoría de la profesión dependa del grado en que se pueda servir desinteresadamente a nuestros semejantes. En este respecto, atracción de la genuina aptitud vocacional religiosa y predominio de lo institucional eclesiástico sin acción vivificante se contradicen.

En resumen, se quiere expresar que la actitud instintiva de sujeción de las masas creyentes al poder eclesiástico, encuadrada en el invariable marco de las prácticas rituales y del culto, no deben ser cosa que satisfaga por sí sola al bien entendido gobierno de la asistencia social religiosa. La iglesia cuya presencia en una sociedad humana no significa fuente viva de socializante sentimiento moral, querrá decir que es régimen inane e inoperante. El señorío de la Iglesia sobre un pueblo tiene que traducirse en renovada potenciación normativa, a través de instintos y costumbres e intereses de toda laya. En la marcha de la cultura y en la conexión de la existencia humana, no hay otro modo de entender el más alto gobierno espiritual: el de fundamento religioso.

LA POLITICA Y EL ESTADO

(5) Ya el hecho de que en la dirección de las transformaciones sociales predomine un impulso multitudinario, en gradaciones de acción o influjo de los partidos, es razón bastante para que la Política se complique y también se trastorne de suyo. El Estado, que se atribuye vital y doctrinalmente la organización soberana de la sociedad,

no tarda entonces en ejercer el arte de las interpretaciones y diferenciaciones jurídicas. De modo que ocurre el fenómeno, al parecer contradictorio, de que a mayor acentuación de los movimientos democráticos corresponde siempre una más firme intervención del poder estatal. Cuando la conciencia social y política, trabajada por la pluralidad de fuerzas e intereses antagónicos, camina hacia el desconcerto con matiz anárquico, el Estado proclama su derecho absoluto a dar o devolver la normalización. No es raro, en tal emergencia, que entienda como arbitrio último la supresión de las diferencias ideológicas y partidistas, y he ahí explicadas las dictaduras europeas o los gobiernos totalitarios de ahora.

Fácilmente se echa de ver que una tal supresión no cabe que persista o se tolere sino con un sustitutivo de fuerte sugestión para las mayorías. Este sustitutivo es un lema: la exaltación de la personalidad de la nación sojuzgada por el dictador, enfrente de potencias de que se recela o a que se acecha. El lema se convierte luego en un credo de fe: se llama nacionalismo. Queda, pues, como médula de la educación pública la concepción de la vida que ha impuesto el Estado: todo el mundo al servicio de la voluntad de lucha y propentancia. Será crimen plantear demandas cívico-políticas que respondan a otras concepciones morales. El empeño por la vitalización de la raza no se inspirará más que en la expectativa de su contribución de sangre. Organización y capacitación económicas serán medio para la capacitación armamentista y la organización bélica. No hay otro gran deber ni otra gran tarea, en definitiva. Se agotan las técnicas impositivas de construcción para ir tarde o temprano a la destrucción.

En el orden de ideas de este estudio, lo que interesa es hacer ver el efecto psicológico regresivo de semejante política en los sometidos al totalitarismo. Es el sometimiento de la hipnosis, con anulación de las facultades normales de mente propia y autodecisión y con delirio de grandezas. Al "conductor" se le hace un ídolo, y este misticismo en torno al hombre único embota el sentido de diferenciación de los valores superiores que forman la reserva espiritual de un pueblo. Es el peor modo de masificación éste de constituir en un símbolo unipersonal el valor de una nación. Y en trance tal no hay rebelión, sino abdicación de las masas. Autocracia teatral, de un lado; automatismo individual y colectivo, de otro.

Sobre la escena del mundo, sin duda que esa tragicomedia ha alcanzado la búsqueda y reclamada proyección sensacionalista. Los ademanes invasores de sus protagonistas y el justificado temor de una nueva conflagración mundial eran propicios a la preocupación intensa por un futuro indeterminado. Por otra parte, sería infantil escatimar el haber espiritual de los pueblos a que se alude la gloria que les cabe en el progreso de la cultura humana. Esta tradición cultural histórica daba justamente algún dramatismo al hecho doloroso del arrebatamiento colectivo, como régimen y situación normal. Pero ¿puede decirse que un caso así de psicología colectiva morbosa haya invadido en la mayor porción de la comunidad humana?

Si rastreamos y seguimos las direcciones fundamentales del pensamiento político contemporáneo, la respuesta tiene que ser felizmente negativa. El espíritu humano está lejos de hacer coro al histórico salmo de la violencia y la agresión, por más que postule la biología de la cultura. Contra esta pretendida doctrina orgánica de un culto ciego a la propia personalidad nacional, que ha forjado el

dogma del partido único compenetrado con el Gobierno omnimodo, se observa una afirmación creciente del principio que ve la función viva del Estado en garantizar jurídicamente el nexo de cultura denominado conciencia política. En la ideología única impuesta, desaparece todo valor substancial de opinión; se han demolido las bases de la estructura política democrática y lo que se llama milicia patriótica es el aniquilamiento de toda actitud independiente.

El concepto de que el gobierno totalitario se explica por la corrupción política o la ineficacia de actuación de los partidos políticos suele aplicarse con un alcance equivocado o paralogístico. Racionalmente —dice a este propósito Hermann Heller— sólo cabe contrastar la estructura típica ideal de la democracia con la estructura ideal de la dictadura, o bien la realidad de una forma con la realidad de la otra; pero nunca, como ocurre a veces, oponer el ideal de una a la realidad que ofrezca la otra. Precisa, en efecto, estar en guardia contra esa manera de desviación del problema, porque su empleo habitual no podrá menos de influir nocivamente en la psicología política práctica.

Sobre el fondo común y extraordinariamente elástico de la concepción democrática, asistimos, de todas suertes, a una transformación revolucionaria de la idea del Estado. Se trata de tipos estatales distintos, en que las fuerzas económicas y espirituales determinan diversas orientaciones políticas internas y externas. De aquí las grandes antinomias existentes, lo que tiende a legitimar la hipertrofia del poder y que aún en los pueblos menos susceptibles de reacciones el pensamiento nacional se "biologice" como conciencia de una cultura mundial. En este aspecto, la antropología sociológica se afecta cada vez más de un rasgo de crudo realismo, y conceptos tales como humanidad y espiritualidad, derecho y justicia, cultura y destino del hombre quedan confusos y envaguecidos.

Lo cual significa y nos enseña que no es, sin duda, en un tiempo próximo que ha de conseguir la comunidad humana equilibrarse como cuerpo económico-vital formado por miembros de iguales derechos para que actúe también como organismo espiritualmente consciente.

CINCO PINTORES DEL ECUADOR

Desusados ya la pasión y el empeño por la búsqueda de las nuevas formas, refundidos lo exótico y lo arcaico en el crisol de la sensibilidad social, y aplacada también, la porfiada polémica en torno a la preeminencia de los conceptos en arte: la pintura empieza a reajustar sus elementos, a moderar sus excesos, a coordinar sus mejores virtudes en orden de eficacia y de acuerdo con una necesaria y armónica dimensión expresiva. Se ha impuesto la revisión de ingredientes y el encuentro de un lindero fijo a sus dominios. Ya no hace concesiones ni obedece otra consigna que la que le dicta su sustantiva permanencia y la suma de sus posibilidades. Sin invadir cercados ajenos y sin sustraerse al torbellino de los fenómenos del devenir humano: puede alzar su voz eterna amasada de reales fermentos, de revocos amargos, de dolorosas esencias y de ansiedades indefinibles. Vuelve la intuición a ser el más ancho venero y la más pura fuente artística, retorna a su primitiva y misteriosa energía; y los artistas a través de los más diversos vocabularios, de las más complicadas técnicas, de los más arduos lenguajes: dicen con unánime timbre, su mensaje emocionado de verdad y de anhelo.

Fauvistas, cubistas, expresionistas, "valori plastici" y todos los demás exploradores del **modo** encuentran el verdadero "hinterland" de la renovación estética, más allá de los flamantes postulados, de los tentadores moldes, de las novedosas etiquetas, de las brillantes herramientas.

Ante las violentas sacudidas de las conmociones sociales:— la guerra, la revolución, las crisis, el desbordamiento de las masas, la represión fascista, la quiebras de la razón y el derecho, y las demás amenazas que se ciernen sobre el destino de la cultura, que es como si dijéramos, el refinado sistema nervioso de la humanidad— se desnuda el **pathos** del artista, para mostrar precisamente la profunda intensidad de la palpitación humana, en este vasto corazón multitudinario; cuyo drama y cuya raíz y cuya clave, es el artista quien lo sufre hasta el tormento, quien lo interpreta, lo predice y lo clama.

Por lo mismo ante tamañas percepciones, el sectarismo de los estilos apenas es digno de tomarse en cuenta. No acaba de expresar, el desconcertante español, Pablo Picasso, el tremendo sentido de la tragedia de su país, en un enorme lienzo de terrible y desgarrada factura?

Sin embargo, si recurrimos a la historia del Arte y especialmente a la historia de las ideas estéticas, encontramos que, las hondas inquietudes de los artistas y la invención genial de los temperamentos privilegiados, siempre han consistido, en un cambio de curso y de recurso, en un encuentro de nuevos procedimientos, en una renovación de medios expresivos dentro de la materia prima del vehículo artístico. Al fin los problemas del arte se han resuelto en técnica, porque de no, cómo actualizar un concepto, o crear una sensibilidad adecuada a los tiempos, sin un equipo de prueba (precursión) y sin un atuendo de intuiciones y experiencias alcanzadas? Y cómo realizar el proceso sin el auxilio de una recursiva indispensable y apropiada a las exigencias de creación? He aquí, cómo se evidencia el valor de la técnica, valor consustancial al destino de las formas artísticas.

Cualesquiera que sea la suerte de un movimiento en arte, su repertorio formal será siempre un índice y un marco de referencias para explicar la sociología de la época; la potencia y cualidad de las individualidades representativas y la cohesión de las circunstancias sobre esa ecuación del espíritu, que constituyen el artista y la obra de arte.

Empero, al afirmar este principio, nuestras reflexiones están a gran distancia del viejo y traqueado conflicto, que con obtusa y escolástica insistencia, se planteaban hasta hace poco, ciertos teorizantes del arte: Es superior y determinante el contenido sobre la forma, o viceversa? Cuando acaece la forma decadente frente a las otras formas o al contenido informal? ¿Hasta qué punto, el formalismo del arte equivale a su declinación? Questionarios éstos propicios a los bizantinismos y a la discusión inútil, estéril; ya que, independientemente de las bondades técnicas, afectando por igual al postulado y al modo, el arte atraviesa sus crisis, sus flaquezas y decurre sus curvas obedeciendo la compleja influencia de móviles profundos.

Otra cosa es establecer la gradación causal del fenómeno artístico a la luz de la dialéctica, y descubrir su accidentado derrotero en la entraña misma de las evoluciones humanas, desde el balbucco del dibujo rupestre, el dolmen y la cueva, hasta la rica eclosión del arte de nuestra era industrial e imperialista.

Sin duda, en la lenta elaboración de la cultura, los cuantiosos gastos de energía han experimentado sus bajas y descensos, que se justifican si analizamos la esencia del esfuerzo humano en su prodigioso producirse, que construye y destruye la implacable marea del tiempo.

Pero sea que nos situemos para verificar el miraje y la exploración, en los firmes terrenos de una tesis materialista, que correlaciona las modificaciones del arte con los fenómenos de producción y con las etapas de una economía diferenciada y progresiva; o sea que adoptemos un criterio espiritualista que asigne al arte una naturaleza ideal, agitada por designios místicos, por ebulliciones mágicas y por ese indomeñable deseo de comunicación suprasocial: siempre tropezaremos con una magnitud insaturable:— la serpiente que se muerde a sí misma la cola, el círculo pitagórico, en cuya dimensión caben todos los ángulos posibles para construir—.

La crítica histórica halla fácil aplicar al esclarecimiento del fenómeno estético el método comparativo y el de las variaciones concomitantes, describiendo a los estilos artísticos como superestructuras de un complejo social, asentado en recias bases objetivas. Así se afirma, por ejemplo, que el ascetismo medioeval, el dominio teocrático de la Iglesia y el gótico se corresponden, se inducen y se interfieren como causas y efectos recíprocos. Pero si se sutaliza un poco en esta concepción se descubre que ella sólo explica aspectos exteriores y generales.

Quizá tenga más validez y se repunte más penetrante, sobre todo para dilucidar el punto doctrinario de las numerosas escuelas surgidas en lo que va del siglo, la vieja y simbólica oposición transmitida en la antinomia griega: Apolo y Dionysos, que remozca en bella y aguda operación de discernimiento, Stefan Zweig, al establecer un magistral paralelo de contraste entre Goethe— equilibrio clásico— y Nietzsche— despropósito romántico—. Lo apolíneo comporta sintonía, serenidad y mesura, proporción que se pondera en un justo ámbito. Lo dionisíaco, en cambio, significa ardida ebullición, y por lo tanto, rebasamiento, rotura del molde, vehemencia, ímpetu, luego insatisfacción... Y quizá, bajo estos dos signos, toda la variedad de tendencias, corrientes, promociones y rectificaciones, se reduzca y converja en una lucha tenaz de estos dos contrarios, por el dominio de la expresión artística.

Fundamentalmente, como la biela moderadora, veremos regular una modalidad clásica, el rojo impulso de émbolo en marcha con que se caracteriza un movimiento romántico.

Después de un Delacroix adviene un Puvis de Chavannes. Después de un Manet llega un Cézanne; al cubismo le sucede esta quieta y absorta pintura de formas llenas, dura estereometría y descansada cromática. Esa rápida racha de pintura en surmenage, que denominaría a las escuelas de post-guerra Jean Epstein, es pronto desplazada y reemplazada por una sana, deportiva y vigorosa pintura.

En América el panorama que ofrecen las artes plásticas y la cultura en general es sumamente halagador. El trasplante de los módulos europeos a estas tierras vírgenes, la asombrosa receptividad que caracteriza a nuestros pueblos, ha provocado sorprendentes resultados. Especialmente, en nuestras latitudes de formación étnica maclada por mestizajes, con las virtuales supervivencias de culturas autóctonas arcaicas desaparecidas, se nota la fuerte tónica. Si añadimos a ella, la asimilación de las técnicas europeas del arte contemporáneo, veremos cómo es posible el florecimiento de obras que, adunan a una maestría de factura, la riqueza de una sensibilidad dotada a la vez, de antiguas experiencias y de recientes estímulos: sensibilidad que al ser advertida ha hecho que, agudos viajeros por los climas sociales e intelectuales del continente, como el Conde Keyserling y el sociólogo saxo-americano Waldo Frank, depositen en estas razas indoamericanas: un esperanzado optimismo y una confianza salvadora para los destinos de la cultura, seriamente amenazada por los voraces apetitos expansionistas de las grandes potencias, la fiebre bélica y el totalitarismo de la vieja Europa, que desemboca con prisa en la demencia destructora de la guerra.

La pintura de las Américas— la anglosajona y la hispano-indígena— irrumpe incontenible con la pujanza de un neo humanismo que la alimenta y con una frescura de génesis. Las obras de los pintores yanquis: León Kröll, Ernest Fiene, Edward Hopper, Ruthven Byrum, Clifton Wheeler, Catherine Wright, Tomás Hard Benson, Millard Sheets, etc.— viril realización de las cualidades del expresionismo y las otras conquistas plásticas occidentales— fomentan corrientes casi unánimes de un verismo constructivo, de significado y alcance colectivistas, que asocia en los temas, a la marejada del trabajo de las grandes colmenas humanas, a la intromisión de la máquina entre los bíceps y las cabezas sudorosas, el elocuente reflejo de las condiciones sociales, en las que se desarrolla el hombre bajo la rapacidad del capitalismo.

La pintura indoamericana, de cuya fuerza y de cuya valentía la crítica universal ha presentado rotundos testimonios,

triunfa por sus hondas cualidades de raíz popular, de elevación ecuménica y por la magnificencia de su factura a grandes dimensiones.

México:— el más importante meridiano del arte etnoplástico— ha aprovechado con singular tesón, las congénitas aptitudes de sus artistas y con la asimilación de los secretos pictóricos de los maestros antiguos y modernos, ha dejado fijados de indeleble manera: los símbolos cosmogónicos, las inquietudes y viscosidades de las masas populares, en la lucha por su bienestar, en la obstinada pelea de sus derechos y en la conquista de sus mejores aspiraciones.

Clemente Orozco, Diego Rivera, Fermín Revueltas, Alfaro Siqueiros, y toda la falange de recios pintores de la Revolución, del drama histórico y la gesta mestiza; descubridores de la **nueva objetividad**, patentizadores de la máscula psicología de su pueblo; constituyen un legítimo orgullo de la cultura de la América india. Ellos están reconstruyendo el glorioso ancestro de civilizaciones unitarias que vivieron animadas por un profundo sentimiento de universalización. Ellos están reanimando el arcaico espíritu de esos laboriosos y finos artifices de la materia: Mayas, Toltecas, Zapotecas, etc., que supieron crear una belleza austera, sencilla, genuinamente religiosa y por lo mismo, con un auténtico calor de humanidad y con una virtud de perduración. Del mismo modo que, Sabogal, Camilo Blas, Vinatea y Reinoso y otros en el Perú, extraen de la sentina abisal de un pasado esplendoroso, de las sales autóctonas del Tahuantinsuyo: los elementos esenciales a su arte indigenista, básico a la expresión nacional y a la imposición de un contenido fervorosamente mayoritario.

Bolivia, Colombia, Brasil, Cuba, Chile, Argentina, introvierten sus anhelos pictóricos en busca del sustratum, del cimiento firme en el oleaje de su historia, persiguen el sólido asidero que marque los inconfundibles acentos de su típica natuarleza. Y así en el carácter de los tipos nacionales fincan respectivamente el presente y el futuro de sus creaciones artísticas. Esta es la conducta por ejemplo de un Marcos Bontá— pintor del roto; de un Sergio Trujillo Magnenat— perseguidor de las fisonomías regionales; de un Bernaldo Quiroz —empecinado cazador del ademán gaucho y el agrio agro—; de un Quinquela Martín— pintor de puertos, barcazas, y hombres de barcazas y puertos.

En el Ecuador, país de brillante y cimera tradición pictórica, la pintura destacada sí, por un virtuosismo de conti-

nidad colonial de herencia española; se quedó en la inspiración religiosa de los motivos evangélicos y los pasajes bíblicos, es decir en la composición de encomienda y consejo eclesiásticos, Miguel de Santiago, Gorivar, Los Salas, Manosalvas, Pinto, etc., grandes pintores de fidelidad estricta —el servilismo es claro— a la obra ascética española de Murillo, Zurbarán y demás pintores de la metrópoli: en realidad, naufragaron como artistas de obra grande y original, bajo la presión conventual y gamonalista de un ambiente de opresiones, mezquino y sin horizontes.

Es de ahora la sacudida renovadora, es reciente la agitación de la sensibilidad artística ecuatoriana, hacia los nuevos rumbos esenciales del arte. Y quizá en estos empeños haya tenido parte el realismo orientador de nuestra generación, demolidora de lo falso y lo postizo. Nuestros pintores se han incorporado ya —Camilo Egas, Eduardo Kigman—, o se incorporan recién, —Mideros, Guarderas, León,— al vasto movimiento artístico indoamericano, a la revolución del arte que preconiza un principio de íntima emoción social, un impulso de humanidad libre, constructora y solidaria, un arte que refleje las virtudes de la raza amanecida, que no pierde de vista —que no puede perder— el sentido y la responsabilidad del porvenir.

Cabe consignar aquí, ya que hemos mencionado tradición y ancestro del Arte Americano, la importancia que desempeña la Arqueología en las modernas investigaciones comparativas. En efecto, sin el auxilio de ella, habría sido imposible descubrir ante nuestra visión maravillada, todo este mundo de riqueza plástica que crearon nuestros aborígenes; sin ella, tan poco habríamos podido establecer, de manera tan evidente, similitudes, afinidades y parábolas de retorno en el Arte, y conclusiones importantes para la pintura, porque a través de largos períodos de historia vemos, cómo actitudes humanas homólogas convergen en una trama sutil, donde se enredan las viejas filosofías y los antiguos delirios humanos. A cierta altura de la evolución, los creadores vuelven la ruta e imponen a la fuerza de las circunstancias, algo que ya sufrió las pruebas de la lucha, la conquista y la victoria.

Además, es notorio que, las direcciones del Arte guardan un contrapunto efectivo: el abstracto e increíble paisaje onírico de Joan Miró, llama al mismo tiempo la atención e interesa tanto, como cualquiera de las ingenuas églogas de Marc Chagall.

Revisando los Atlas arqueológicos nos sorprendemos de lo mucho que se asemeja a la realidad artística post-expresionista, esta rica variedad de estilizaciones y simbolizaciones de la cerámica indígena. Estas formas esbeltas y únicas de contorno, estos objetos del uso, que se nos aparecen como poemas labrados por la inagotable sabiduría del alfarero, estas máscaras de un dramatismo elemental, que representan las castas sociales, los oficios, las condiciones y las dignidades: no tienen un encanto alusivo tan fuerte, hasta hacernos pensar en un arte social, con las virtudes que le asignaba Guyau al arte social?

Y en cuanto a técnica, estos curiosos iconos desenterrados no acusan un procedimiento de cavado, arista y declive cóncavo, que es precisamente la técnica de las figuras de Lipchitz?

He aquí como la arqueología nos ayuda a explicar las trayectorias y a aclarar los estadios en la marcha evolutiva del Arte.

Los hechos no son aislados.

La vigencia del Arte Negro, la atracción que ejerce el Africa misteriosa —de cuyas incidencias nos ha hablado León Frobenius—, el redescubrimiento de los primitivos italianos, y el neo-primitivismo, que se ha impuesto universalmente, después de Rousseau y Gauguin: son verdaderas fugas de la civilización Occidental y tentativas de reconquista de la inocencia perdida.

El Arte Americano, que, como el Europeo, atraviesa su agitado período, hospedando en la ardida sustancia, elementos de la ciencia, la magia, la religión, la política; está en vías de afirmación, y quizá en corto plazo logre hacer saltar del crisol, la expresión decisiva de su pasado, de su presente y de su futuro.

CAMILO EGAS

Imposibilitado de conocer el color y la cercana y visible fuerza del dibujo de Egas, en sus recientes fases de progreso, y tratando de ajustar a los originales trazos de su composición, los grandes temas de nuestra pintura indígena, en vuelo de fogosa imaginación y evocando a un Egas incluido en el centro mismo del panorama móvil de la sangre y la savia: se sucedieron las imágenes, fácilmente, raudamente, como en un film de prodigiosos tonos y bronco dinamismo.

Hélas aquí:

Qué admirable y edificante contraste. Junto a los colores fuliginosos de la verdad verdadera, el coruscante festejo, la pascua de los tonos alegres, las luminarias gualdas, que presiden los gozos y la promiscuidad de las embriagueces. Junto a la línea clásica, a la curva repleta, al gracioso juego del arabesco que engendra cadencia, armonía, ponderación; se admira, el escorzo violento, la brusca intersección, la línea herida que se hincha y se quiebra, la hipertrofia del músculo.

Las nubes son claras, algodonosas y precarias, y son también oscuras, empedernidas y grávidas; vienen cargadas de electricidades contrarias, se buscan, se interfieren, chocan: el cielo cosecha los relámpagos. A la luz cruda puede verse como la lava se guinda del cono de los cráteres; cómo asusta a los pájaros la pedrada intempestiva del grito; cómo oscila la plata de una cascada en la axila de las rocas; cómo se fuga entre la fronda el tornasol de la mamba y cómo se despeña un tropel de venados al abismo.

Paisaje cósmico: tierra, raza, vegetal y meteoro.

La atmósfera arde en la nieve crepuscular de las montañas. Sobre el desfiladero recortado en el rojo violeta del horizonte, una vicuña extraviada estiliza de pronto su silueta, y hay un indio —áspero domador de climas— que yergue su cabeza macisa; en los ojos se ve que agoniza la tarde tiñéndose de púrpura, y al agudo gemido de la quena que bisela los bordes de la brisa, parpadean las primeras estrellas...

Los cactus heridos por el sol canicular desecan el aire. Baja un "huando". La indiada abigarrada esguaza el río. Sobre los hombros, la geometría pulida y bruñida del metal de los dínamos. Las pisadas unánimes hacen retemblar la tierra. Entre la polvareda, de lejos, se entrevee la monstruosa anatomía del gigantesco cien-pies, que tritura la fatiga y la sed entre los dientes apretados de coraje. Sobre la carne prieta y bañada de sudores, restalla el látigo del capataz y el corazón del indio se oprime con la vieja congoja de cinco siglos de abyección.

Es la noche: el lívido resplandor de la luna acaece en las lomas; en las acequias el agua se ha azogado; una fina garúa de ceniza blanquea los castaños, los eucaliptos, las encinas; cantan los grillos ocultos por entre las clemátides y hay un sordo rumor que llega desde el fondo del bosque. Un lamento se mece espasmódico, estremecido. La procesión se detie-

ne ante las talanqueras. Los lienzos blancos cruzados al cuello sostienen el ataúd, sobre el ataúd pintada toscamente una cruz de albayalde: es el humilde entierro de un peón. Una alegría plácida que no una tristeza, distiende el bronce severo de los rostros. Los indios asiduos compadres de la muerte no la temen; sólo las mujeres que lloran comprenden la ausencia de las manos animadoras de la tarea, el calor penetrante del cuerpo del varón, el gusto de sus dientes, la dulce convicción de su voz. Se alejan, abandonan el rombo de guizantes; se dilata el llanto de las plañideras. A la zaga del cortejo acude un enjambre de cocuyos portando sus minúscuas linternas de berilo.

La luz grata se apaga. Sopla un viento siniestro. Esta maravillosa niebla capaz de combinar los resplandores en mágicos acordes, en sincopadas melodías; estas modulaciones del color rico y vario sobre los ágiles dibujos; estas sombras transidas de un eco misterioso: sienten el castigo de la lluvia torrencial, se derriban, se esfuman, y la emoción contemplativa del hedonista queda reducida a unas cuantas volutas de humo.

Hoy es la madrugada de las formas, de la arquitectura colectiva de las formas. El movimiento es espeso, compacto y catastrófico. Los colores se valorizan en rojo endrino, se pinta con géyseres de sangre. Época de esfuerzo multitudinario: la pintura requiere volúmen, amplitud, desembarazo, libertad expresiva. Por eso, vemos surgir, la macisa elocuencia del fresco, que en la prodigiosa fluencia de la alegoría, aprisiona al hombre telúrico, acercando su voluntad todopoderosa a la palanca de la ley natural.

Bajo cielos de cobalto, cielos indiferentes, extraños, remotos: la palabra y la visión del Demiurgo. Sus pies de barro están enraizados fuertemente al subsuelo. Le sube el humus de la tierra y con él el secreto de las edades, la clave de la primera entelequia. Su cabeza está echada en el vacío, cara a todos los horizontes. Los meridianos celestes a su paso rectifican sus distancias y son despojados de los logaritmos. Con su tacto meteórico acaricia la pelambre hirsuta de los animales del Zodíaco.

El Demiurgo convoca a las fuerzas del porvenir. Y entonces, se oye llegar de todos los ámbitos un chirrido formidable de viejos engranajes. Son las masas de todo pigmento, negros, coolies, indios; son los tagueros, los caucheros venidos de la Yungla; son los obreros metalúrgicos, ferroviarios, agrícolas; y son en fin los trabajadores de las distintas latitudes, que se

congregan en las mesetas del mundo para el reclamo de la libertad futura.

Pero ya no es fácil arrojar las culebrinas iniciadoras del incendio y bajar de la montaña de Zaratustra hasta las inmóviles lagunas abroqueladas de juncos. No es fácil trocar la cólera en dulzura. Se hace imposible transigir con las muchachas fluorescentes de Marie Laurencin, bajo las primaveras simuladas en los jardines embrujados de Derain, o en los laberintos de ópalo y absintio de Henry Matisse, donde habitan entre hongos, arañas velludas y flores carnívoras, las perversas y rampantes esfinges de las bestezuelas de Paul Bonnard. Ni en los paraísos acuosos de Dufresney donde el angor florece sus anémonas y sus vapores delirantes, ni siquiera en las ingenuas alucinaciones del aduanero Rosseau.

Nos quedamos con la cólera que suscita los tifones cromáticos. Con la angustia retenida y exacta que erige las ciudades espeluznantes alumbrándose con un escalofrío inagotable: ciudades estertóreas de Chirico, Gross y Paul Klee.

Por eso, también con el pensamiento madurado y sazonado de angustia, me he asomado con emoción verdadera, a esas tierras amargas que levantan los brazos leprosos de los cactus, donde el genio mestizo, es capaz de levantar la montaña de esperanza para la aurora de su porvenir, donde la gañanada febril mantiene la Revolución en un sacrificarse obstinado: lienzos y muros salpicados por el dolor del pueblo.

Volátil sucesión de las imágenes en retirada, detrás de ellas sale a mi encuentro el pintor Camilo Egas, representante de un arte másculo que ha aprehendido la geológica vivencia del espíritu de la raza. En los estratos fracturados de esta tierra volcánica, pervive una cultura, así como en el calcáreo perviven los helechos gigantes y los huesos de las grandes especies zoológicas desaparecidas.

Camilo Egas arcaico, restaura la dimensión arcaica: indios pesados, acromegálicos, petreos, como la cordillera que los sustenta, indios que buscan la manada como los elefantes.

Camilo Egas vierte su fiereza expresiva —fauvismo— hasta la linde de la truculencia. Esta fauna bestial que empuja al espacio, va modelando en carne viva la topografía desigual, combada de prominencias, hendida de quebradas. Pero esta raza aparentemente escatológica, en realidad, cuando se la evalúa, no lo es. Fijémonos bien. Observemos despacio. La cabeza del indio es redonda y armoniosa como una semilla que germina. Sus ojos son dulces, medrosos, buídos, como los ojos del perro. Y la mirada es triste, dilatada y náufraga.

Camilo Egas conoce la tragedia de los indios cada día renovada, pegados a la tierra bajo la férula feudal, sin el amparo y la tutela efectivos de la ley y a merced de todas las depredaciones.

Camilo Egas ha cruzado los campos, ha vadeado los ríos, conoce y comprende la vida india, en la faena y en la fiesta, en la choza y en la intemperie, en la tristeza desgarradora de su música y en la dócil y humilde expresión de su danza. Y porque la conoce y la comprende nos da esta acre, brutal y meláncolica interpretación.

La técnica de Camilo Egas se denuncia vigorosa y simplificada. Los volúmenes contruidos de una violenta perspectiva se cubren en virtud de una prodigiosa galvanoplastia del color, de una cutícula de luz madura en reflejos metálicos y sombras húmedas. El ocre, el gris, los sienas, el azul, el rojo cobre: los tonos profundos prestan una tensión feroz a sus composiciones cromáticas. Las estructuras son tan rotundas que distribuyen en el espacio las íntimas correspondencias que guardan las diversas partes del motivo en la unidad objetiva de la realización. Las masas coloreadas siguen el movimiento de un duro ritmo barométrico. Perspectiva cuidadosamente intencional: La distancia está cerca y está lejos. Lo importante es la elocuencia silenciosa de la deformación que señala la asfixia de los músculos próximos a estallar. Y la subversión de los planos y la curva exuberante de los vientres de las mujeres. Cómo se ve la vida caudal, bullente y sorda, pugnar de precipitación, fermentar el dolor en los pechos crispados, en los puños que se cierran y se amortiguan y en los ojos inyectados en sangre.

Camilo Egas ha descubierto el sentido de la raza cósmica. Le falta tan sólo ubicarla en su suelo y en su integridad.

Frente a mí está la efigie de Camilo Egas con sus grandes ojos —ricos de experiencia— metidos para el alma. Detrás de él, el gran lienzo festival "Ecuador". La noche es clara y diáfana. La fiesta de los indios es ingenua, conmovedora e incendiaria: Camilo Egas lo sabe, por eso, previamente, ha emborrachado a sus indios con un piadoso mosto de olvido. Pero Camilo Egas presiente que mañana el indio, el cholo, el montuvio inundarán las fértiles campiñas donde puedan respirar libertad como se respira el oxígeno del aire.

La indiada en fiesta dispara en el vacío el pájaro de fuego de un cohete. El cohete destiende un arco rutilante, susurra, enrarece el aire, y vienen a estallar sus bengalas justamente en el reducto de mi silencio atónito.

Pero luego, el ruido cesa, y el humo La noche vuelve a ser clara y diáfana.

VICTOR MIDEROS

Empalmando con la tradición de la Pintura Quiteña, como continuación histórica más que como actitud escolástica, se señalaba el nombre de este pintor, anteponiéndole siempre el calificativo de maestro. Preferencias de temática mística lo habían convertido en el inspirado sucesor de los Salas, Pintos, Salgueros y Manosalvas.

Cuando los iniciales brotes de diletantismo plástico, allá por el año 26, los salones "Mariano Aguilera" tan nutridos de entusiasmo y de obra, me brindaron la ocasión de recopilar datos sobre la producción del maestro Mideros. Primero, impresiones y rápidos análisis de sus cuadros; luego, opiniones y juicios encontrados, apasionados elogios y mordaces diatribas. De aquella época de preconocimiento de nuestros valores artísticos, guardo una mescolanza de información contradictoria. Aún recuerdo la marcha desigual del criterio: mientras el espeso público guiado por un instinto de inveterada tradición religiosa circulaba pálido de admiración ante los grandes lienzos de Mideros; había otro sector iconoclasta, que inventariaba con notoria animadversión los defectos de sus cuadros y los denostaba restándoles todo valor. Quizá en torno de la pintura de Mideros, se ventilaba un pleito ideológico que impedía un sereno balance de sus cualidades técnicas de pintor, con energía y estilo propios. La antigua controversia no ha aclarado el punto y las razones tampoco han prevalecido como era de esperarse.

La pintura de Mideros presenta dos direcciones de distinta eficacia y de desiguales resultados, direcciones que brevemente voy a atratar de esbozarlas.

La dominante, un romanticismo de rancia estirpe mística que para expresarse recurre a un complicado repertorio de retórica, figuración, representación y símbolo: pintura artificiosa, intencionada, grandilocuente. En ella encontramos desde el símil hasta los completos desarrollos alegóricos. La luz y la sombra se mueven con distintas intensidades y con imprevistos sacudimientos, dando a las cosas y a los espacios que median entre ellas, la perspectiva sobrecogedora que necesitan sus temas: figuras de forzado dintorno en atmósferas

de remoción, en plasmas de extrarrealidad, en sugerencias psíquicas de fuerte claroscuro. Plasticismo de raíz esotérica, como para suscitar la vigencia de un sentido religioso: por eso la religiosidad de Mideros con urgencia de imperativo refluye sobre sus lienzos. La presencia immanente de Dios y de su contrario la potestad maligna; la voz interior como un alerta a las desviaciones del espíritu en la oscura senda del deseo, en ansia y el acto. La conciencia del pecado, el fermento destructor del placer corroyendo la carne, las infinitas formas de la tentación, la gravedad de la caída, la enmienda y especialmente el remordimiento. Si en este terreno cabe un elogio de la pintura de Mideros, es por haber llegado a pintar el remordimiento, la amputación del alma y su lenta gangrena. Así, el espíritu del mal está pugnando por sugerirse entre colores penumbrosos y húmedos, o violentas luces rojas, o acres púrpuras eléctricos. Del mismo modo, Ormuz, el espíritu del bien, Jehová, la santidad, lo sagrado, la benevolencia divina, se manifiestan y hablan en esos vagos tonos lentos, diluidos, de larga vibración: los grises ciegos, los violetas dulces y mansos que se esfuman hacia lo inefable; esos resplandores vívidos de marfil, nácar y aguamarina; esos matices de ensoñación y transporte que levantan en cada línea un horizonte. Pintura de inspiración cristiana, o más que cristiana bíblica, o más aún, mileniarista, con sus aciertos expresivos y con sus desaciertos inexpresivos. Porque es difícil—harto difícil conservar altura en la sugerencia de la altura. En el plano metafísico, la posible se yergue como una delgada arista, resbalándose de la cual, a menudo se cae, en el absurdo, o en el disparate. Dentro de esta tendencia, si ha tenido logros felices, se ha deslizado también por la pendiente de lo malogrado. Hay obras que acusando su estilo nos resistimos a creerlas salidas de su mano maestra.

La preocupación del efecto es fundamental en esta clase de pintura, pintura escenográfica con fuerte dramatismo, suscitada en contrastes, ejecutada en estado febril y carente por lo mismo del análisis constructor. Pero hay un límite de recursiva en la composición de estos motivos bíblicos que han agotado el estro de tantas generaciones de pintores. Solamente Gustavo Doré ha hecho en este respecto tal uso del símbolo, que es difícil encontrar nuevos elementos que en combinación original remocen las fórmulas gastadas de la alegoría. Con todo hay cuadros de Mideros de este género, hondos y convincentes, llenos de un inquietante dinamismo panteísta, con una maravilla de colores de materias astrales, con incandescencias

de génesis, con resplandores boreales, con retazos de tinieblas dantescas, con escatológicas apariencias de venenosa hemorragia, de brillo lancinante, de humareda de azufre. El color en el pincel de Mideros adquiere virtudes de creación insospechadas: las agudas claridades y las grávidas sombras de metales aún no clasificados, las aguas y los gases de la imaginación, filtrando sus moléculas, los arbitrarios elementos de los mundos nonatos, las combinaciones intuitivas de más raro contorno y pigmento, salen de la paleta como de un limbo en un raptó de alucinado concebir. Sin embargo, este mismo pincel de sabias aplicaciones— parecerá increíble— tiene sus desfallecimientos, sus desazones y, entonces desglosa los iris vulgares y unta tonos destemplados e hilarantes. La ardida fogosidad de sus cuadros acusa logros desiguales, que es preciso denunciarlos, puesto que constituyen pausas de flaqueza en la recia dirección del esfuerzo.

Pero hay otra corriente que cultiva Mideros: la pintura de la noble forma humana, la variedad del paisaje, los motivos de realidad objetiva, todo aquello que rodea a nuestra percepción inmediata. Es aquí donde se le puede más fácilmente descubrir las grandes virtualidades que esconde la sensibilidad del pintor, y evidenciar también los secretos del modo y los procesos de la factura. Lejos de la vórtice apocalíptica, del plutonismo que despliega en algunas de sus composiciones, del enrarecimiento ojival en los éxtasis, de la magnificencia del suceso religioso como historia y como dogma, queda desnuda y limpia la técnica, la bondad del procedimiento y la suma de las habilidades que hacen operancia del sentimiento artístico.

La técnica de Mideros enseña dominio. El severo trazo de su dibujo de contorno firme, de movimiento esencial; la austeridad del color ya efectivo y no efectivista; el estudio del detalle; el cultivo del matiz, la penumbra y la continuidad del ambiente; la sencillez con que se disponen para hacer el equilibrio de la composición, cada uno de los elementos que la integran, sopesando en línea y color la gravedad de las masas en juego, dando a los planos la distancia, y a las formas su gradual significación y al motivo su congruencia y rol emocional.

"Israel que espera", el "Padre Jaime", "Rebeca y Eliecer", por ejemplo, son cuadros de serena y austera factura, correctos y plenos, como corresponde a un maestro. Lo mismo decimos de sus innumerables retratos. Creemos que este

es el fuerte de Mideros. Así como su lado vulnerable es la subjetiva promoción de sus creencias en plástica.

Quisiéramos conocer en grande el paisaje de Mideros. Quisiéramos que insistiese en los temas autóctonos. Acercándose al crisol de la raza, al clima y a la geología de América, a las relaciones del fenómeno social americano, dependencia típica del fenómeno universal, encontraría Mideros, el élan inconfundible del arte que necesitamos, arte viviente e instaurador, pujanza, frescura e impulso nuevo.

Si los indios de su "Yaravi" hubieran sido previamente evaluados con una verdadera percepción psicológica y a la vez histórica y vital, habrían logrado un real y auténtico carácter. En la comprensión del indio hay que vencer el cuantioso lastre de historia y pre-historia, los grados de evolución vital y el laberinto subconsciente que es el último y definitivo asidero. Estilización pura no cabe en el color ni en el perfil del indio. El indio es rudeza, primitividad, silvestre miedo, tierra despojada, complejo resentimiento, coraje contenido, duro deber sin derecho, intemperie y olvido. Es además, ternura agraria y poderoso instinto solidario. Pero el indio es sobre todo esperanza y paciencia constructoras. Mideros conoce muy bien todo esto, y quizá ya ha pensado en los grandes motivos para estas recias cosas: el agro, la puna, el Ande; las virtudes de nuestro pueblo mestizo, sus arrebatos, su melancolía, su profundo sentido cósmico, sus ocultas raíces arcaicas. Pintar todo este material perdurable y grandioso, que sólo espera el adecuado vehículo para fijarse en la emoción colectiva de las gentes. Pero entonces, Mideros, tendrá que objetivar máximamente, tendrá que pintar la fuerza sin salirse del músculo, tendrá que aprender la verdadera espontaneidad que nace del conocimiento intuitivo de la realidad. Con la admirable pujanza de su temperamento indudable de artista, tiene el deber de dar a sus lienzos: sentido y drama, respiración y pulso, emotividad y convencimiento. Sólo así será con justicia el maestro de la pintura nacional.

Analizada su obra, queda pues, la conclusión clarísima: Víctor Mideros es un gran pintor distanciado de la realidad actual y nacional. El día que se decida volver a ella, su obra—su verdadera obra—obtendrá la reciedumbre, la intensidad y toda la belleza que reclaman sus vastos cuadros, llenos de virtuosismo ya, pero incipientes del contenido humano palpitante.

SERGIO GUARDERAS

Existe también entre los pintores, como entre los músicos y los poetas una cierta predilección de materia y una cierta actitud fundamental de modo; ejemplos: la lucidez intelectual de gran símbolo algebraico con que opera la poesía de Paul Valery; el dibujo estereométrico y la promoción abstracta de las distancias de Fernand Leger; el arabesco que multiplica ritmos ágiles y disonancias impresionistas de Claude Debussy.

Alguna vez hablando en torno del pintor Sergio Guarderas, había insinuado una definición, diciendo de él, que pintaba el silencio. Hoy, revisando sus últimos paisajes, no tengo más que ratificarme en lo dicho. En efecto, los paisajes de Sergio Guarderas son la elocuente escenografía de un drama sin palabras, de una costumbre silenciosa hecha de tradición, resignación y olvido. Pintura absorta, abstraída, ensimismada. No se asoma el grito, la pasión, la ternura o el deseo. Ningún activismo actual humano hace presencia. Se diría que un recogimiento total se ha apoderado de las cosas rodeándolas de un sordo espacio quieto de campana neumática. La violenta celulosa de la fronda que pinta Guarderas está mineralizada. Los cielos son esquistados, hialinos, transparentes. Las casas están edificadas con una roca muy antigua y compacta, y las calles tienen tal carácter arcaico, que nos hacen pensar como el pueblo que deambula por ellas, es el mismo pueblo sufrido de la dominación incásica, de la Colonia, en fin, el pueblo domesticado de todos los tiempos.

Mientras los filisteos de la pintura —por lo demás conducta o inconducta de todo filisteo— invocan el orden, la armonía las cánones de perspectiva, lo convencional del arte; Guarderas se remite a ver la realidad desde dentro y desde abajo. Y entonces sucede lo inevitable: los ejes de construcción se dislocan, se desploman los muros, se fatigan las cuestase con su empedrado agresivo y se derrenga todo. Un largo cansancio y una opresiva esclavitud destruyen cualquier paralelismo y cualquier llano contacto, cualquier acercamiento, cualquier intento de colaboración.

Estética de la quiebra, la dislocación, la desproporción y el confinamiento del aire. Los paisajes de Guarderas con su mutismo concitan hondas meditaciones y atraen rápidas sugerencias. Porque las cosas en el plano del arte tienen la

virtud de ser reversibles; y, a veces, expresan mucho más que las vanas actitudes y los gestos standard. La lealtad objetiva de las cosas, con su inalterable apariencia posee una fuerza de asociación inigualable.

Y de no, por qué estas feas estructuras se arriman para tenerse en pie? ¿Por qué estos cielos plúmbeos? Por qué estos zaguanes turbios, avergonzados y contritos, que dejan reptar el chisme, no pueden soltar de una vez la lengua, para contarnos amargas historias de prostitución y deshonor? Qué dura fatalidad se cierne en estos húmedos rincones? Por qué la soledad ansiosa quiere fugarse por el hueco de una ventana abierta?

He aquí algunas de las raíces que alimentan los paisajes de Guarderas. Dura realidad deshecha y contrahecha. Factores de la ruina del vecindario. Abandono, suciedad, miseria, oprobio, enfermedad. Sin embargo, que amables colores bruñidos barnizan la costra de estas cosas hasta darlas un pintoresco y accidental significado. Pero es claro, había que evitar el terco desagrado y Guarderas de hecho lo evita y soslaya el inconveniente de una verdad muy cruda.

Manejar el volúmen disponiendo el espacio, allanando la distancia sensible, prestando a la composición un enérgico ritmo: he ahí las cualidades técnicas del paisaje de Guarderas.

Debemos repararle su tendencia a la repetición, su cromática lavada, halagadora y complaciente. Su gran imperativo de modo tiene que ser: dibujar y colorear acremente ciñéndose a sus temas, con un solo impulso acordado y veraz.

Sergio Guarderas pinta las cosas, más bien dicho el silencio de las cosas, la escena antes del drama: es un paisaje de expectativas y conclusiones tácitas, en él se presiente si un cierto hervor humano contenido.

La pintura de Guarderas es serena y arquitectural, objetiva y constante. Él ha comprendido que el arte actual primordialmente construye, y que por lo mismo, un cuadro es vigoroso cuando la estructura que lo sustenta es vigorosa. Que la materia coloreada, lo que hace es reafirmar e intensificar en la circulación de la luz, la dimensión de las formas y su manera de obedecer un ritmo.

Guarderas dibuja con solidez y armoniza las líneas esenciales con una curiosa asonancia. Posee una completa habilidad para el clarooscuro. Los colores que emplea son bien valorizados, colores sin puzzle, a veces fogosos, siempre bruñidos.

La sensibilidad de Guarderas y los medios de que dispone para realizar sus temas predilectos, dejan un amplio margen al progreso. Guarderas tiene ante sí el porvenir, del cual devengará los mejores frutos con sólo aplicarse a trabajar toda la posibilidad de su pintura. Y con un tanto de generosa comprensión y valentía, qué gratas sorpresas nos ofrecería Guarderas, si pusiera en sus lienzos el empuje y la intención del hombre que es de su tiempo, que está en poder de una clara y leal concepción de la vida; completando e intensificando estos mismos rincones suburbanos, donde el tedio desmorona las casas obesas y las flacas voluntades, en estas calles tortuosas a las que todavía no se asoma el pueblo a pelear sus derechos, con la conciencia de que exige responsabilidades; y en estos interiores tiznados por el pecado y la intimidad desesperante.

Guarderas precisa una evolución y un perentorio cambio de asuntos. Cuando se empieza a acomodarse confortablemente en la fórmula, se corre el riesgo de quedarse para siempre en ella, es decir, en el amaneramiento del arte.

PEDRO LEON

Pedro León posee una cualidad de importancia: avalúa su paleta con un prolijo discernimiento de las variaciones de la luz sobre el tono local. Además sabe introducir en sus temas lo circunstancial referido, por eso resultan ambientados específicamente cada uno de sus cuadros.

"Chimeneas", es una de sus mejores composiciones, en ella León, ha logrado un dinamismo visible; sobre los tejados-trabazón enérgica del dibujo —resbala un viento caluroso que esmerila la luz, los ángulos se biselan para permitir resbalar el matiz, con un magnífico efecto de movilidad, en vez del escorzo fijo. El negro de los tubos suena como si fuera la nota fundamental en el "Allegro" de los acordes rojos con que vibran los tejados, en el espacio de un cielo agitado y turbio.

Tanto en este cuadro como en otros de León, se nota una cierta nerviosidad en la factura, el enervarse de la mano; por lo que resulta en una misma tela, mientras una parte se presenta acabada, otra se queda en diseño, en esbozo, sin la pincelada o el golpe de espátula aclaratriz.

A su regreso de Europa, León nos ofrece una cosecha artística de oleos y acuarelas.

Lo primero que se advierte, es un progreso indudable en la pintura de Pedro León. Sus cuadros ya no tienen ese humor *depaisado*, ese *desgaire* en la composición; los tonos oscuros no pesan desconectando a los ritmos: se afinan tan cautamente las armonías cromáticas, con una feliz y lograda modulación— a base del gris cobalto —que la luz no sólo explica el valor, sino que sugiere el material de los paisajes: el agua de los canales es una agua quieta con un imperceptible temblor de algas, su transparencia es de calidad tan típica frente a las otras transparencias; la piedra denuncia el oscuro *feldespató* que la intriga; los *maseteros* de "Mi casa" nos filtran la alegre *clorofila* de las flores entregándose al sol. Las cosas que se acomodan en los paisajes de Pedro León, son cosas comunicativas, quieren obsequiarnos su función, su oculto y pequeño temperamento. El cielo no es elemento neutro. El cielo de "Puerto de Vigo" es un cielo ausente, extraño, marchante con el color de la saudade; en cambio que el cielo de "Canal de Brujas" es un cielo de matiz tan conseguido, que nos impresiona por su exacta correspondencia, por su intimidad de vecino y consanguíneo de la ciudad.

En trance de definir la virtud plástica mejor realizada en Pedro León, diría que él, es el pintor del clima. En efecto, basta observar y comparar sus cuadros. Qué de minuciosos empeños por llegar a este resultado. Así como se habla de tonos locales, se podría hablar a propósito de los paisajes de Pedro León, de tonos climáticos. En ellos el clima está viviendo su vida efímera, rumorosa y cambiante. Tan real es el resultado, que se ve la humedad, la temperatura, la presión atmosférica y el amortiguamiento o *desenfreno* de la luz.

"El invierno en Brujas" o "La primavera de Bruselas en el estanque de Woluwe", los percibimos tan clara y tan sugestivamente, como si fueran estaciones incorporadas a nuestra experiencia psíquica. Así mismo, el invierno de la Sierra Ecuatoriana, con su verdura empapada y su cielo, hendido de vientos con garúa está mostrándose con plenitud en su "Rinconada de Cousin".

El estilo de Pedro León se ha revaluado con las adquisiciones, confrontaciones y nuevas inquietudes que provoca el acercamiento a los núcleos matrices del arte europeo. Ha mejorado su técnica, no así el atuendo de sus nociones, porque persiste en su táctica de percepciones e interpretaciones aisladas, con la misma preferencia de motivos, con el mismo subjetivismo individualista.

La pintura de América— como ya he afirmado en otra parte —es etnoplástica, y por lo mismo activa y pedagógica: ese es su rol actual intransferible. Los pintores nacionales para alcanzar superaciones y para servir efectivamente a la causa de la cultura, tendrán que incorporarse a este movimiento para no ser marginados

Ojalá Pedro León se decida a abordar los grandes temas. En este **tempo menor**, la sensibilidad de un artista se mueve circularmente y corre riesgo de recluirse o estancarse, dos caminos perjudiciales al avance del arte.

EDUARDO KINGMAN

Ni la ternura y benevolencia que sugieren las alegorías, ni la tonalidad y el trazo delicados que precisan los estados de ánimo de curso individual y mudable, ni la imperiosa curiosidad semoviente en los dominios de lo exótico, ni siquiera la transcripción complacida de las formas de la naturaleza: han podido interesar los sentidos y la preocupación estética de Eduardo Kingman, pintor y hombre de su tiempo —inflexible al soborno de la frivolidad— Kingman ha tenido el buen cuidado de no resbalar los escotillones de la ficción. Saber aplicar los ojos limpiamente, sin embriaguez, dicitirse a no pasar por el mundo haciendo el Aladino, ladidamente, para que se refocile el gusto necio de las gentes: son indicios que inspiran confianza. Renunciar al gárrulo asentimiento es preferible. No importa que no se esté aún, en posesión de los eficaces medios, —que no se encuentre el justo derrotero de un estilo, y no se sepa utilizar la fuerza disponible, evidenciando la técnica. En todo caso la dimensión sincera del espíritu se verá clara.

Así, Eduardo Kingman, que ha visto tambalear, caer y vencerse a los más fuertes y membrudos, que ha sentido el foetazo lancinante de la resaca auténtica que no se inventa; que conoce las fibras empobrecidas de sangre conduciendo secretamente: el desaliento, la desesperación, la angustia, la enfermedad, la fatiga y la muerte; puede decir —con la natural incipiente del muchacho— y habremos de creerlo, cual es la verdadera emoción que debe perseguir el arte para ser arte grande, sólido, perdurable.

No la veleidad de un arte placentero, de amables o dolidas suscitaciones. No los colores del gusto, ni las formas del deseo, ni el reflejo de las voluptuosidades que enalabran. No el sufrir aislado y consumido, ni la pesadumbre que liquida, ni la pena que anula; sino la esperanza esforzada, la

confianza en la unión, en el solidario empuje, en el grito unísono que arde para alumbrar y fructificar. Un arte profundo, serio y fundamental: e ahí la ruta. Un arte que denuncie en el obscuro fondo de la tragedia humana, el rebrillar de los contornos de las grandes y nobles ideas: la justicia, la libertad, la tolerancia, la dignidad humana.

El problema de las masas trabajadoras en conflicto con el crecimiento y la concentración del capital, no sólo es un problema económico social, sino que afecta determinadamente los estratos superiores de la cultura, hasta devenir, ineluctablemente, problema de conciencia que admite resolución ética y estética. El arte, manifestación cultural no escapa de esta condicionalidad.

Por eso, por encajar en la concepción general del mundo el postulado estético, y por ser necesaria una definición doctrinaria, he llamado a Kingman, pintor del drama obrero, por que él es uno de los primeros artistas plásticos que en obra amplia ha adquirido la tremenda responsabilidad de expresar la inquietud colectiva de la masa proletaria del Ecuador, de decir los anhelos del pueblo, de alegar por los derechos de los humildes, de patentizar los terribles resultados del hambre, la desnudez, la miseria y el oprobio. Kingman sabe profundamente —quizá en el reparto le tocó una ruda experiencia hasta curtirle el alma— que un drama así, no lo resuelven los meros poseedores del canon, del hábil manejo o del fácil proceder. Para ponerlo de manifiesto no hace falta peritaje ni virtuosismo; precisa ante todo la fuerza excepcional de una sensibilidad habituada a resistir las feroces tensiones de la emoción multitudinaria.

Los lienzos de Kingman están inundados de una gravitación inflexible y arrítmica, de una dureza cruel que no admite el acorde. Hay una pujanza que deja flotando por el ambiente algo como aguaje embravecido, tormenta inminente, torbellino que amenaza cundir. Luego de mirar sus cuadros, el espíritu se crispa tan brutalmente, que en el hueco de su silencio absorto, una simple interjección explotaría como una bomba.

Insuficiencia, inopia del color, la cromática de Kingman duele los ojos y nos hace perder la capacidad placentera de mirar el baño de la luz. Quizá la pobreza de tonos es la pobreza de la satisfacción humana de estos hombres asomados a los cuadros de Kingman, hombres sucios que respiran el sucio aire nocivo y que desconocen el oxígeno de la dicha, que hincha de fruiciones con la despreocupada alegría de vivir. El sol que arde sobre los torsos desnudos es un sol castigador,

vertical y epidémico: es como si su temperatura coadyuvara y fomentara la fiebre, la infección y la tisis. Los cuerpos hinchados de los estivadores se dibujan con la misma curva—cansancio, víspera de la inercia —de los sacos colmados de cacao o de tagua, así es el descrédito de la condición humana!

El dibujo de Kigman obedece un designio feísta, atormentado de energía, como que quiere dibujar la fatiga y la marcha de la secreción mientras dura el esfuerzo. Los cuerpos de los trabajadores han sido dibujados con doble contorno de aspereza, con difracción constructiva de los planos. Y en cuanto a composición, Kigman nos da la idea de que va a la realidad con la acritud y la prevención del que detesta las felices y contrapesadas armonías, los falsos equilibrios mágicos, las variaciones sonoras y los ritmos delicados; desechando todo el repertorio de la elocuencia, el vocabulario inefable, la sutil vibración del gozo, la trayectoria amable, encantadora o jocunda. Temática de exploración, escoge sus motivos en la mina inagotable de la trivialidad, que sin halagar los sentidos puede hendir al corazón con el venablo fúlgido de las convicciones. Por eso Kigman, para componer prefiere captar: la sucesión de la rutina, la monótona escena, el episodio corriente y banal, la hosca vida de todos los días. Seguro que al así hacerlo, empieza a descubrir la oculta belleza que palpita en la existencia fea y triste de los pobres, que muy adentro sienten la permanencia de una unidad, en el dolor, en la esperanza, en el gigantesco anhelo. Emoción recóndita verdadera y universal que balbucea en los lienzos de Kigman, lienzos sin margen, porque más allá de los bordes que quieren limitarlos, se continua —imperterrita y esencial— la misma honda solidaridad humana.

Kigman, para ver el panorama del mundo no necesita subir con la pesada piedra a las espaldas el peñón de Sísifo. Mezclado a la lucha sabrá extraer mejor los materiales de su arte, con una visión porvenirista y con un cálido acento de humanidad.



Finalmente debo recordar aquí —es absolutamente obvio que recuerde— las duras pruebas, los fracasos y quizá las lamentables tragedias, que han soportado con increíble estoicismo, y que soportan aún y soportarán muchos destacados artistas. No sólo la incomprensión de los contemporáneos —sorda fatalidad que acompaña a los creadores de todos los

tiempos— sino lo que es más aún, la hostilidad, el menosprecio, la indiferencia, la persecución y el acosamiento.

Es lastimoso este espectáculo continuo de las prometedoras mocedades que naufragan por falta de apoyo y por ausencia de estímulo; de las esperanzas nacionales fallidas; de los talentos que se pierden. Si no podemos levantar el nivel cultural, educar el gusto estético de la gente e interesar la opinión social y el crédito del artista; si no tenemos ocasión y valor siquiera para dilucidar los reales méritos en la feria mundana de las frivolidades y las simulaciones; si los implacables imperativos de la época y la violencia de la lucha, marginan, desplazan, hacia la obscuridad, el suicidio o la muerte lenta, a los solitarios vigías del espíritu: aprendamos por lo menos a no confundirlos con los esquirols y los suplantadores. Seamos justos siquiera en este punto, ya que no sabemos respetar y admirar a tiempo, el enorme sacrificio de estas vidas calcinadas en la hoguera inextinguible de la clarividencia.

Para terminar, permitidme que cierre esta digresión en torno a la pintura y a los pintores, con una cita al gran crítico de arte de todos los tiempos: Charles Baudelaire, quien en una estrofa de su incomparable poema "Los faros", sugiere el misterio inquietante de la pintura, de este guisa:

"Estas maldiciones, estas blasfemías, estos lamentos, estos éxtasis, estos clamores, estas lágrimas, estos Te Deum, son un eco repetido por mil laberintos.
y un divino opio para los corazones mortales"

Quito, 16 de Enero de 1939.

I G N A C I O L A S S O

HAMLET Y DON QUIJOTE, O LA DIALECTICA DE LA LOCURA

Charla literaria con el siguiente sumario:

- I.—Elsinor y la Mancha: un mismo polvo.
- II.—Hamlet, o la Claridad desesperada; Don Quijote, o la Claridad en batalla.
- III.—El Escudero de la Sinrazón: simbología del pueblo.
- IV.—El gran coloquio de Ofelia y Dulcinea.
- V.—Don Quijote en su elemento (Alegoría de la España Leal).

ELSINOR Y LA MANCHA: UN MISMO POLVO

No comulgáis tal vez enteramente con los sabios estilos de la Locura, con la amarillez de la Locura, ni con sus yelmos ni corceles; tal vez no comulgáis con los recintos lóbregos de la Locura, alumbrados apenas por la cal profunda de una calavera de bufón. Pero ese clima sutil os ha tentado, esa temperatura de alarma, en que la sangre de unos hombres vibra con motores de temeridad, con fibra inmortal de inteligencia; y ya soy con vosotros, humilde lazarillo de la Locura, para conducirlos al último círculo de la espaciosa y temeraria y resplandeciente Sinrazón.

Elsinor y La Mancha: un mismo polvo. Elsinor, con campanas de plata, con fieros lanceros en guardia, con un trono sólo comparable a una taracea estelar, con ejércitos de tierra y mar, innumerables, y en el escudo real, como única enseña: "Conquista a sangre y fuego". Con sus gentes sencillas, la Mancha; con sus hornos elementales, con sus ganados frescos como la yerba, con sus zagalas, claras como las guijas; pero, a pesar de este alto cerco de maravilla vegetal, o humana, con su suelo también sacudido por las trompetas de guerra, por las hogueras de la Fe tremenda, por las pasio-

nes de la carne real. Mas, ¿Elsinor y La Mancha, coincidieron acaso en los relojes de sol o de arena? ¿Hay algún cronicón que nos revele: que Elsinor y La Mancha, en vecindad o alejamiento, en un mismo espacio de tiempo vivieron? En verdad, en Geografía medieval alguna no hallaremos, a vuelta de página, los linderos de la Mancha y los de Elsinor. Hay que admitir sin embargo que Elsinor y La Mancha coexisten en el tiempo; que Elsinor y La Mancha se demarcan con línea indeleble, y en cien paralelos a la vez, allí donde una dinastía real, pura o bastarda,— y en esta hora del mundo, una dinastía civil atrevida y bárbara,— enconando está todos los odios, atizando todas las miserias, esclavizando, flagelando a sus súbditos, hasta arrancarles el duro pan de la boca, sencillamente para que el tesoro de guerra crezca, para que las arcas del Poder estallen, para que la cabeza de un real enemigo chorree sangre de derrota en la plaza real, para que, en el encguecido Elsinor, en la delirante Mancha, sagrados despojos que se arrebatan a las manos impías, colmen de hartura y alegría al último de los súbditos... ¿Queréis un sin fin de noticias sobre la vida de Elsinor? Pues lo tendréis a vuestro gusto en los archivos sanguinolentos de la Torre de Londres. Allí, a vuestra primera llamada, acudirán a serviros los funcionarios nobilísimos del Hacha y la Horca, en traje de gala y con las insignias de cien dinastías. Allí os hablará el verdugo que la dulce cabeza de la dulcísima Bolena hiciera rebotar; y el verdugo que con la sangre armoniosa se salpicara de la cautiva escocesa; y otros, otros, otros, todos ellos con un reflejo de hacha en los ojos, como la mejor insignia de la Orden Real de los Decapitadores. ¿Gustáis tal vez de noticias innumerables sobre lo esencial de La Mancha? Visitad entonces las serenísimas Salas de los Tribunales del Santo Oficio; hojead uno a uno los procesos de la impiedad, y de pronto os veréis exhortados por un Ministro del Señor, de aquellos que en la hora atroz de la hoguera purificadora sintieran desgarrarse su sensibilidad, a tal punto, que ansiaran el ardimiento de los leños hasta el último instante del mundo; no echaréis de menos, asimismo, en las ciudades de La Mancha, la presencia de los oficiantes de la calumnia y de la intriga, a quienes hoy, en un léxico laico, se les concede nombres técnicos, mas no por técnicos menos turbios.

Elsinor y La Mancha se levantan entonces en el más ancho duelo que registran la Tierra y el Mar. Bátense con arma terrible, arma sabia y letal a la vez, a cuyo brillo las aguas

del medio Mundo enmudecen y unos Imperios fabulosos, en auge de estructuras sociales sapientes, se hunden en sus propias cenizas con sus destellantes Dioses para siempre. Nunca ardiera en ascuas más vivas la Rosa de los Vientos! Porque Elsinor, aventurera, quiere mirar atada a su breve cintura de tierra, el agua toda del Mundo. Y La Mancha, aventurera hasta la temeridad, quiere ver proyectarse la sombra de la cruz simbólica bajo todos los cielos. A las puertas de La Mancha se descargan montañas de oro, con procedencia de las tierras de fábula, de esos Imperios en vigor de piedra sorprendidos. Porque ya sea en La Mancha o en Elsinor, allí donde la planta del hombre se asienta, en ciudad o en villorrio, en ribera o en valle, la miseria del hombre ha llegado a la cima, el hambre y la desnudez de los súbditos son un hecho objetivo. Pero ¿qué importa al Gobierno Real, el llanto sordo de sus subditos, la voz ahogada en sangre de sus vasallos, ante el esplendor político del Reino? Con el ojo clavado en el atlas, los monarcas de Elsinor y La Mancha han olvidado a sus tributarios, dejándolos a merced de esa triste tropilla civil de los funcionarios del Rey. Un feudalismo que se pudre, que se aniquila en su propia entraña, ha acabado de extraer las últimas energías del hombre nacido y crecido para la humillación, el tributo, la muerte. Si unas tablas de la Justicia se promulgan, para servir en lo posible a la personalidad social, humana, del pueblo, a merced de los hombres adiestrados en la villanía han de aniquilarse; si unas ordenanzas o edictos reales se dictan, con iguales o nuevos propósitos, en polvo denso de Archivo han de consumirse.

Pero he venido a abrumaros con este sin fin de alegorías, a las que ha debido suplir, ya el esquema de crítica histórica, ya cualquier armazón monográfico, con abundancia de comillas y otros signos de sabiduría. Mas, la sinrazón ha de imponer sus aires en todos sus elementos, o en todas las criaturas que son de su tratamiento, de su tratamiento artístico en especial; y bien está, a veces, la alegoría, para las cosas pútridas, para los hechos desolados, para los hombres de trisísima y espectacular arcilla.

Y en este Elsinor que ya conocéis, en esta La Mancha que conocéis ya, han crecido, al eco sordo que la sangre del pueblo levanta, dos personajes del ancho pueblo, los representantes sin par de la clásica Locura de todos los tiempos. Para erguirse por sobre los siglos, con un nombre ofensivo y defensivo a la vez. Y ellos son:

HAMLET, O LA CLARIDAD DESESPERADA; DON QUIJOTE, O LA CLARIDAD EN BATALLA

Para los maestros gramatiqueros de la crítica literaria, la biografía de Hamlet no ofrecerá perfil alguno de proyección colectiva, y siempre que se lo haga servir de tema de cátedra, su real origen han de fijar, necesariamente, en la imaginaria nórdica de una saga, o, posiblemente, en un pasaje de Homero. Pues el auténtico Hamlet, para quienes no miramos en el tema artístico el milagroso fulgor de los númenes, sino el corazón mismo del acontecer social, es, en verdad, un hombre del pueblo, del pueblo de Elsinor, agotado en los mil tributos de guerra, pero un hombre en plenitud de humanidad. Se lo ve en día, mozo aún, a las puertas de uno de esos corrales, que hay que designar con respeto: teatros modernos de Elsinor, en la capital de Elsinor; vigilante de unos caballos de fina sangre, atados espléndidamente a unos carruajes cortesanos. Nadie podría entonces, atribuirle origen, ni adivinar su devoción cardinal. Un mozo anónimo en fin con todas las grandezas de la anonimidad. Vigilante de unos caballos engordados con el heno más fino de Elsinor, mientras en La Mancha, en las praderas de La Mancha, acaso se halle en gestación el caballo cuyo relincho, así de flaco y amortiguado, hallará glorioso sitio en una inmortal historia caballeresca. Y en aquel hombre joven, que luego veréis enrolado en una caravana de comicidad patética, en la etapa juvenil de aquel anónimo risueño, no habéis de hallar ni el maestro de Humanidades, ni el artífice a sueldo, labrando el espíritu y la voluntad de un extraordinario discípulo; pero tenéis de admitir que el gran seminario de su experiencia espiritual, la única y alta escuela de su aprendizaje, es la vida trágica de su pueblo. El conoce su historia; él se llega hasta las más recónditas vertientes de su historia; él sufre, en una suma de sensibilidades, la opresión sin límites de su pueblo; él contempla, con el ojo a raya, el espectáculo bárbaro en que se destrozan los conductores Elsinor; él sabe de las conspiraciones secretas, de la red de intrigas, de los torbellinos de codicia y de crimen, que a todo lo ancho del día crecen; y para su ojo de diamante, quebrador de todos los secretos, el palacio de Elsinor está al descubierto, y nada soterrado existe para su ojo que todo lo penetra, para su ojo que estalla en rayos de rebelión. Y él se dice entonces, en uno de esos monólogos que sólo el

océano en furia conoce: he de hablar con la lengua de este mi pueblo; he de castigar con la mano de este mi pueblo; he de levantar mi propio e incommovible tribunal de justicia; y no será sólomente el pueblo de Elsinor el que se enfrente a sus Reyes, a través de mi voz, será el pueblo oprimido de todos los tiempos, será el hombre, en fin, de todos los siglos el que hable con mi lengua y castigue con mi propia mano.

¿Pero le basta el nombre dánico con que de pronto se eleva a la categoría principesca? Príncipe sin dinastía, sin esa dinastía amasada a fuerza de negras acciones. Hamlet se corona con propia mano, sin rito ni alarde alguno, consciente de su realeza máxima: la del pensamiento todopoderoso, la de la sensibilidad infinita. Instalado lo vemos ya en el palacio de Elsinor, vistiendo enlutada túnica, contemplando irónicamente el miserable reptar cortesano, y, en gabinete solitario, manejando los más sabios libros, aquellos en que ha de hallar solamente: "Palabras, palabras, palabras". Naturalmente, entre las mujeres de la Corte, eligirá a una para su adoración cardinal, y será Ofelia, la rubia, la dulce, la soñadora Ofelia. Encuéntrase ya al centro mismo de los círculos que él necesita en su terrible estrategia: figuras que mueven su cetro como la vara milagrosa de los terrenales poderes; figuras que se inclinan religiosamente para besar la sombra misma de las figuras coronadas; figuras anónimas reclutadas, a la voz de las trompetas de guerra, en todas las encrucijadas de la villanía. Ha escogido Hamlet la hora justa para su gran acometida. Hamlet acaba de librar su decisiva batalla. La evidencia de su locura puede consignarse ya en los registros de Elsinor. Sabia locura, locura clarísima cuyos frutos llevan en sí el más poderoso licor de razón. Alguien diagnostica su locura, trata de fijar los orígenes de su trastorno fatal. Es Ofelia, lo dice; es la dulce clara y tranquila Ofelia. Nadie más que ella, nadie más que el Amor. Es preciso, pues, que haya una plática entre el príncipe enloquecido y la rubia enloquecedora. Se insinuará el tratamiento, naturalmente, a merced del amor. La Locura platicando con la peligrosa Belleza. Hamlet, en lo más íntimo de su apasionado sér, ha visto en Ofelia su estrella esencial. Pero cuando élla recuérdale sus declaraciones de amor y le repite las breves y eternas palabras de su propia boca escuchadas, el príncipe enloquecido ha de responderle escuetamente: "Yo no os he amado nunca". La Locura en beligerancia con la femenina beldad. La Locura en total negación de los atributos poderosos de la beldad. La mujer hermosa personificada en la cla-

ra y asombrada Ofelia, los aterradores mandamientos de la Locura escuchará. Es preciso que os enclaustréis, la dice. Porque la belleza y la honestidad están en divorcio. Ya nadie podrá descubrir, desde este momento, los orígenes de aquel gran trastorno. Hamlet ríe secretamente, con su pálido disfraz de locura. ¡Qué hable, pues, el pueblo de Elsinor con la lengua del perdido príncipe! ¡Que hable! Y la acusación adquiere un tono de tempestad. La historia de Elsinor es una montaña de cieno. El puñal es el único y limpio escudo de la realeza. En el cuadro más monstruoso de crímenes que la mano del hombre pueda cometer, nada hay de comparable a los crímenes que nacen de la cámara real de Elsinor. La más fabulosa ambición empuja a este reino contra los vecinos reinos, y por lonjas de estéril tierra se sacrifica a millares de súbditos, y mientras se lanza a la mar las flotas de guerra, el pueblo, flagelado, hambriento, desnudo, no hará oír ni el más ligero sollozo en señal de protesta, y si alguna vez, en los últimos límites de su desesperación, grita frente a las ventanas del palacio real, se lo borrará a cuchilladas, o se encenderá una pira inmensa con sus cuerpos vivos. Ni la elemental cultura debe visitar la morada rústica: los villanos no tienen otro destino que el de aniquilarse en girones al servicio de su señor. El pueblo de Elsinor, clama Hamlet, es un modelo de víctima; es un pueblo nacido para el más espantoso holocausto. Marcados quedan así, con la lengua delirante del príncipe, monarcas y cortesanos, magistrados de la Corona y lacayos, y figuras tantas que en la Corte fastuosa hormigean, que ningún capítulo dejó en olvido en su estupendo plan de Locura.

En su túnica de Locura, habló Hamlet con la más nítida verdad. Con rictus ambiguo lo escuchaban todos a quienes su voz desgarraba. Es la locura quien maldice, es la locura quien condena, es la locura quien nos raja el rostro: ¿nos sentiremos afrentados por el verbo incongruente de un desacordado?, se decían a sí mismos o en círculo los perseguidos por esa implacable voz. Lo celebraron, sin embargo, rechinando; con amortiguada sangre lo aplaudieron, cuando Hamlet, el príncipe delirante, transportó de la cámara real a los tablados de la farsa, su propia y grande tragedia. Lo aplaudieron, sí, pero lo habrían celebrado mejor sobre la pira de una plaza o sobre el madero de las decapitaciones. Hamlet entregaba a su pueblo el mismo personaje dramático que este pueblo lo había acabado de forjar.

Pero Hamlet, el pálido príncipe, no pronunció su verdad

última únicamente sobre los personajes altos y pequeños de la comedia real de Elsinor. Con la misma radiante voz de la Locura sabiamente movida, dijo la verdad sobre el Hombre; y nos lo enseñó en lo más recóndito de sus caminos biológicos, en su espíritu y carne desnudos. Aquella claridad altísima, posesionada de Hamlet, fue, en definitiva, a cada nuevo paso con que él se adelantaba a su sino, desesperación controlada, sagrada desesperación.

Es así como la más poderosa razón, con un disfraz de locura, enseñó al hombre, por primera vez quizá, a conocerse y a conocer. Razón así no tuviera par en la Historia, si en La Mancha, en esa Mancha de que os dí breve noticia, otro hombre del pueblo, a la misma hora, no acudiera a la amarillez de la Locura, para la imposición, a caballo, de la más sabia Claridad.

¿Pero qué es de Hamlet? ¿Qué de Ofelia? Ciertamente ni una palabra más os he dicho acerca de la suerte final del príncipe. Hamlet yace envenenado. Ofelia se ahogó en un claro torrente. Pero resucitará para vosotros, platicando con Dulcinea. Hasta tanto he de hablaros del caballero de esta bella dama: de Don Quijote, o la Claridad en batalla.

Si el panorama humano de Elsinor os ha parecido sombrío, no lo es menos el panorama real de La Mancha. La obsesión de un Rey taciturno, de un rey mordido por las sierpes de un misticismo terrible, ensanchando está sus dominios hasta los últimos límites de la Tierra, seguro de que esa conquista no es obra de sus tripulantes, temerarios hasta lo increíble, sino la voluntad de su Dios. Habrá que llevar la palabra divina hasta los últimos confines del Orbe; habrá que plantar el dulce madero sagrado en las latitudes todas. Y si para esta empresa redentora fuese preciso la sangre total de su pueblo, pues esta sangre debiera rendirse en un holocausto final. ¡Qué ni una sola lengua deje de alabar al Dios del Rey delirante! Para la lengua impía, la hoguera; para la lengua impía el hacha; para la lengua impía, toda esa maquinaria sutil de torturas que la sensibilidad privilegiada de los discípulos de Jesús inventara. Jamás cierta Metafísica, asesora terrible de los delirios de conquista, se viera dueña de tantas tribunas. La Ciencia debía ofrecerse entonces descamisada, limpia de la menor ligereza, ante los Tribunales infalibles. El Gobierno de La Mancha queda en la Historia como el más vivo modelo de Gobierno divino y laico. . . . El pueblo de La Mancha se desarrolla en hartura. . . . En la capital de La Mancha no se viera nunca el triste espectáculo de cordones

de mendicantes a la puerta falsa de las catedrales hermosas; no se viera nunca en los Tribunales de Justicia, aglomeración de suplicantes, desesperados ante la sordera de los Magistrados ilustres, ante la docta mala Fe de los sacerdotes de la Justicia. No se contemplara tampoco en ciudades y aldeas, el espectáculo clamoroso de unas multitudes hambrientas, reintegradas, al fin, a la vida civil, tras la campaña desgraciada o la cruzada sin ventura. ¿En esta real administración, en este Gobierno de acabados perfiles de humanidad y justicia, no debía alzarse una acusadora voz, una voz descargadora de claridades lastimantes? Esa voz se gestaba, en verdad, en la entraña misma del pueblo; y había de encarnarse en la voz de un guerrero y poeta del pueblo. No os extrañe que os siga hablando de un Elsinor y una Mancha inconcretas al parecer; pues he preferido, al nombre auténtico de los Reinos que tan bien conocéis, el nombre del ámbito mismo en que tan alta Locura libró sus batallas. A punto de interrogarme os halláis: ¿Permanece aún vuestro Don Quijote en su recinto de cordura, que en el escenario que le preparáis ni su lanza ni su corcel asoman por lado alguno? ¡Miradlo bien! ¡Contened vuestra risa! ¡No os esponzáis a su poderoso brazo! ¿Calculáis su edad? Cincuenta años vividos bajo la miseria más cruel. Incomprendido. Escarnecido. Encarcelado. Sin amor. Sin dinero. Sin ese halo de estímulos que ha menester el creador. Si lográis apoderaros de su Diario empastado en sangre, por vez primera conoceréis el verdadero dolor de un hombre. Reconstruid vosotros mismos el monólogo sin par de aquel hombre, planeando la acometida que no se repetirá en los siglos y calculando la dimensión de eternidad que su prédica laica alcanzaría. Qué ingenuidad la de los Tribunales manchegos, al conceder a la Locura, a ese tipo genial de Locura, una patente de comicidad.

Se ha completado entonces la más sabia Locura, en conjunción de dos personajes: Hamlet, el príncipe joven, Don Quijote, el maduro caballero andante. Pero recordadlo bien: la túnica del príncipe loco esconde a un poeta del pueblo, y a un poeta del pueblo esconden las armaduras del caballero loco. Dos poetas del pueblo que, simultáneamente, se acogen a la Locura, para establecer en el Mundo el definitivo reinado de la más alta razón. Don Quijote, al emprender tan noble carrera, cual es la Caballería andante, no se acompañara, sin segunda intención, de los personajes de estilo: una hermosa señora, la sin par Dulcinea, y el ancho y bajo escudero Panza, el minero sin par de la Refranería; pues ante

el más nimio gesto de esa luminosa Locura, obligados estamos a poner en marcha toda una máquina sutilísima para extraer la oculta razón. Don Quijote, en aquella hora saturada de un romanticismo patético, en que la reja y el cantar hispánicos suplantaban el sentido claro, vital, del amor, planteó en el caso de Dulcinea una teoría antiromántica; y este fue el primer dardo que la Locura hincaba en el corazón galante de su tiempo. Pero admitamos, con los exégetas infalibles, que Don Quijote, a través de su amor platónico, sólo ha de hallar paralelo en el corazón renacentista de los inmortales amantes. La compañía del escudero tiene, para nosotros, sin vacilación, un sentido trascendental. Don Quijote, al profesar la Locura, es decir, al encubrir con ella su programa admirable de reivindicación social, quiso cifrar en el escudero, en la encarnación misma del pueblo, el auditorio que ha menester el reformador, el hombre de ideales; pues si sus postulados arrancan de lo más hondo del pueblo, preciso es que el pueblo mismo constate la defensa de esos postulados; que llegue a la convicción de que en ese hombre que dice encarnar las aspiraciones colectivas, palabra y acción son un mismo motor de lucha, tenacidad y sacrificio son una misma y vertical posición. Por eso es que, en los azares de la quijotesca aventura, el escudero ha de recibir, ya la ración de victorias, ya la cuota de desventuras; desventuras casi constantemente, pues que la Locura casi siempre equivoca—a ojos del escudero— sus más codiciados objetivos. El plan quijotesco progresa. Qué plácida, qué segura, si examinamos a la luz de la Justicia de esa hora la situación del Caballero: a salvo de las hogueras que crepitan en todas las plazas, y que ya debieron hacerle presa, por esa su terrible lengua, por ese su brazo atrevido. En esa hora en que se agudizan los sistemas de intriga, y en que hasta el pensamiento recóndito no se halla seguro en su asilo, Don Quijote plantó su tribuna en todos los caminos de La Mancha, y su palabra hirió los tímpanos de los poderosos y los nobles, de los fariseos y mercaderes, de los miserables, en fin, de toda ralea o escuela. Y como Hamlet, que para mostrarnos al Hombre, no se inventó filosofías engraidas, ni círculo alguno de dogmas, Don Quijote, conocedor profundo de los vericuetos últimos del alma humana, nos dejó, asimismo, el retrato interior del Hombre, con tan indelebles tintas, que nada seguramente resta por descubrir a los más finos exploradores del Hombre.

Hemos afirmado, que para la calificación definitiva de la

Locura, con el título eterno de clásica, Hamlet y Don Quijote, constituyen una unidad armoniosa. Nada los diferencia. Porque si en Hamlet la claridad de la Locura se expande a merced de lo trágico; la claridad quijotesca se perfila y ensancha por obra de una comicidad que, en el árbol genealógico de las expresiones patéticas, muestra parentesco íntimo con la tragedia. El ámbito, es cierto, de una y otra locura se manifiesta disimil, pero en apariencia propiamente. Pues mientras Hamlet, en una suerte de reserva interior de claridades, se siente víctima de su propia clarividencia; don Quijote acumula sus iras radiantes en su brazo batallador. Así se perfilan en el Tiempo: Hamlet, o la Claridad deseseperada; Don Quijote, o la Claridad en batalla.

No, por Sancho, el Escudero de la Locura, dejará de merecer de nuestra pluma unos rasgos sagaces. Intentémoslo.

EL ESCUDERO DE LA SINRAZON: SIMBOLOGIA DEL PUEBLO

¿Podrá exigirse de la Locura una victoria mayor? Pues ha arrancado de brazos de la Tierra, y de brazos de la familia misma, a un hombre pegado a la Tierra como con raíces vegetales, y orgulloso, sencillamente, de los vástagos de su casta. La Sinrazón dispone ya de escudero. Y este labriego socarrón, sabedor como se halla, por razones mil, de que el caballero que lo empuja a profesión tan temeraria, es la misma Locura en persona: acompañará a su señor, con tales muestras de fidelidad, que ni los más graves descalabros lo invitarán a la retirada. Mas, en esa desusada empresa, una sola y grande esperanza quema en el corazón del escudero: la Insula que el señor le promete como recompensa a los forzados ayunos, a la tempestad de estacas y piedras, que golpearán, por obra de "encantamento", las espaldas escuderiles. Y es tan convincente el sistema que la Locura emplea, que en los momentos culminantes de la empresa caballeresca, acaso el escudero aventaje, en desarticulaciones de común sentido, a la misma Locura a caballo. Fidelidad al señor, fidelidad al refrán, es la nota más escuderil de Sancho. Nunca se oyera en La Mancha a un labriego manejador de refranes mil, con tan filosófico ardimiento. La biografía de Sancho Panza, escudero del más virtuoso y amoroso y todopoderoso caballero andante, ¡cómo ha sido de desfigurada y

afrentada! Si Don Quijote, mármoles ha merecido y bronces y laureles en alto: su escudero acreedor es, siquiera, a un epitafio en carbón, aunque ya centenares de esos epitafios labráronle los yangüeses y propináronle los venteros en sus celebradas espaldas.

Cantera de luces profundas, es el caso de veras heroico del escudero de la Sinrazón. La ventura lo hiciera amistarze con un caballero perfecto, en la perfección singular de los cánones caballerescos; y, sabedor de aquel programa de substancia social y humana, de la más cimera justicia, entregósele a Don Quijote, abandonando lo más caro a su corazón de buen porte: su palmo de tierra y sus vástagos. Pero en la firme evidencia de que algún día se operará en su sino la más espléndida transformación. Porque bien sabía, sufriendolo a conciencia, el sencillo escudero esperanzado, cómo eran de duras, de crueles, de lastimantes y humillantes, las condiciones en las que él y los de su clase, clase casi vegetal por su entronque a la tierra, se debatían cotidianamente en esa administración de La Mancha Real. Que no se espante, pues, el pueblo de los tributos voraces, el pueblo usurpado siempre en sus derechos elementales, ante la dura presencia radiante de los Quijotes de verdad! Y que a ellos se abraza, rudamente, épicamente, en amplios círculos de acero, hasta la culminación sin horizonte de sus programas de Justicia.

Vástagos puros de Don Quijote, no habéis de hallar, seguramente, en esta atmósfera nuestra de teatral debilidad, de heroicidades infantiles. Una acusación es preciso plantear en el caso sin par de Don Quijote: la tragedia de su celibato.....

EL GRAN COLOQUIO DE OFELIA Y DULCINEA:

Ofelia: Su corazón de diamante tuve en mi mano; y a la verdad: que en él descubrí tantas facetas, que en pavor palidecí y en humildades, y desconfié del príncipe. . .

Dulcinea: ¡Qué dulce niña de yelo,
he mostraros yo en el alba
cartas de mi Don Quijote
en fermosura labradas:

do me relata sus ansias
y do sus fazañas tantas,
que para amarlo quisiera
corazón sin horizontes!

Ofelia: No gustéis, Dulcinea amiga, de las protestas de amor de los príncipes; pues segura soy de que Hamlet de la fementida locura hizo empleo para negarme sabiamente como a su estrella inmortal. He de confesaros, sí, que enloquecida de verdad por el príncipe, buscar quise al fondo del agua mi sortija nupcial de sueño. ¿Qué hado hasta aquí os ha traído para volverme a la tristísima vida?

Dulcinea: Vamos a La Mancha, niña:
sosegar he vuestras cuitas,
en tañendo los laúdes
que mi Don Quijote labra.
Que si se ha perdido un Hamlet,
se ha ganado la experiencia. . .

DON QUIJOTE EN SU ELEMENTO (Alegoría de la España Leal)

De las mulas de artillería al sordo trote, al sordo trote de los mercenarios que apréstanse a usurpar la tierra del pueblo español sin tacha: en su armoniosa y ancha cripta, Don Quijote despierta! Y despierta con él, Rocinante. Y no en gracia de "encantamento". En confirmación de entraña hispánica, de entraña hispánica acerada, frente a los bárbaros. Alta la visera sobre la su frente espaciosa, en eléctrico vistazo tremendo, el Caballero de los Leones, a los malandrines ha medido. Y entonces de su boca se oye, de su boca labrada en música y en coraje y en ternura inmensa, ya no en entrega dirigida a la "princesa de la venta", sino a la misma Humanidad: "Tomad, señora, esa mano o por mejor decir ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, a quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aún la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas: de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene". Entrega total de Es-

paña, de la España Leal, a la causa esencial del Hombre, hemos de ver en estas palabras proféticas de la locura quiijotesca. Estad seguros, pues, que el Caballero de la Sinrazón hará honor a su palabra. ¿Y no habéis presenciado ya las señales de su alto heroísmo, desmesurado heroísmo, sin par en la Historia Caballeresca? Don Quijote en su elemento, es el calificativo señero de la España Leal en lucha. Don Quijote, en fiera defensa de sus libros o signos profundos de armonía cordial y objetiva; en defensa de los estatutos que hizo crecer con su palabra, fructificar con su brazo; en firme defensa de las tierras, que de las manos ducales pasaran a las de su escudero nobilísimas. Tomad mi mano, nos lo ha dicho, con su mirada clavada en el Mundo, en el porvenir humano del Mundo. Obligados estamos todos por un sentido vertical de hombres, a extenderle nuestra mano, anchamente. Que múltiples modos hay de extenderla.



Y ahora respondeme; ¿hay o no una dialéctica resplandeciente, un paralelo perfecto en la actitud beligerante y en el texto profundo de William Shakespeare y de Miguel de Cervantes Saavedra, es decir, en **Don Quijote** y en **Hamlet**?

Quito, 20 de enero de 1939.

AUGUSTO SACOTO ARIAS

FIGURAS LITERARIAS DE BOLIVIA

A mis Amigos del
"Pen Club", de la Paz.

Durante el tiempo que me cupo la honra de ejercer el cargo de Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Bolivia, constaté una lamentable realidad: el muy escaso conocimiento que se tenía, en dicha República hermana, de nuestros valores espirituales exceptuados, naturalmente, Olmedo y Montalvo, cuya irrupción a la categoría de cumbres de nuestra cultura los hace dominantes y visibles, en todo el mundo americano.

Aparte de mis labores, estrictamente oficiales, estimé acción impostergable el difundir, por cuanto medio estuviere a mi alcance, las manifestaciones de nuestra cultura, el avance espiritual que ha conferido y sigue confiriendo al Ecuador la honrosa credencial de país civilizado, de tierra pletórica de inquietudes, de porción humana ansiosa de mejoramiento y la cual, desde los días apacibles de la Colonia, logró llamar la atención de Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios, así como la de los científicos del Rey Luis XIV de Francia, quienes admiraron en la riobambeña Magdalena Dávalos a una autodidacta poseedora de vasta cultura, y en Vicente Maldonado, su ilustre coterráneo, a un varón digno de sentarse en las butacas de la Academia de Ciencias de París y en aquellas de la Real Sociedad Geográfica de Londres. Poco tiempo después, el sabio Humboldt leía, en esta milenaria urbe de los Shyris, los trabajos científicos del Precursor Santa Cruz Espejo y escuchaba con atención el discurrir, fluido y pletórico de lógica, del joven tribuno José Mejía.

Me valí, pues, de la prensa diaria que en La Paz me abrió todas sus columnas. Dicté conferencias en "La Peña de Escritores y Artistas de Bolivia"; en el "Pen Club de La Paz", en el centro "Amigos de la Ciudad", en el ateneo "Agustín Aspiazú" y a través de la poderosa estación "Radio Illimani". Viajé a Cochabamba como Mantenedor de los Juegos Florales, designación que acepté para incluir en mi discurso a nuestros poetas clásicos y modernistas. Edité a mi costo, en

varios folletos, algunas de mis conferencias que tuve el cuidado de enviar a las instituciones y a destacadas personas de nuestra Patria. Finalmente precisa advertir que cuando ya tenía arreglada la publicación de un boletín de propaganda ecuatoriana que se titularía "Atahualpa", fui llamado al Ecuador, para marchar de servicio a Alemania, según lo anunció, oficialmente, nuestra Cancillería.

Los ocho meses que llevo de estar viviendo en la próspera ciudad del Pichincha, no han sido infructuosos del todo; pues por medio de algunos órganos de la prensa, como por la radiodifusora "La Voz de los Andes", he tenido la gratísima oportunidad de hacer llegar a los lectores y sintonistas capitalinos varios estudios y conceptos míos sobre tópicos netamente nacionales. Otros asuntos más, de índole histórica y literaria, concebidos en la visión cercana de nuestro ambiente, dentro de la fermentación de nuestra vida criolla, siguen aún sin publicarse, asfixiados por el neumatismo y por la mezquina conjuración del silencio, tan a tono con nuestra idiosincrasia. . . .

Cumplida esta ingrata revelación, sea ésta la oportunidad de expresar mi agradecimiento al decano quiteño, a la radio H. C. J. B., a la Sociedad Bolivariana del Ecuador, al Grupo América y también a esta ilustre Universidad, maestra de conocimientos y virtudes, rectora secular de nuestra cultura.



Bolivia es uno de los países más interesantes del continente sud-americano. Por algo ocupa, sobre vísceras de estaño—altísimo y mayestático—, el "Ombligo" del hemisferio, cuya clave de su propio origen y de su futuro destino, tiene en la antiquísima y muy bella Puerta del Sol del Tiahuanaco. De ese Altiplano tan frío como enorme, que abarca medio millón de kilómetros cuadrados; de ese Thibet andino que en sus 4.000 metros de altitud parece dejar que se toquen los astros y la guirnalda luminosa de la Vía Láctea, surgió la cultura inicial de Sud-América, desarrollada por el indígena que supo encauzar el agua de los altísimos torrentes, que supo sembrar la papa y el maíz, que supo tejer la fina lana de las vicuñas, que supo explotar los metales y distinguir la valía del oro, la plata, el cobre y el estaño. Ese mismo hombre color de terracota, raíz biológica del boliviano actual, plasmó

su arte en los jeroglíficos tiahuanacuenses, en los diseños y esmaltes de la cerámica y de los tejidos que, revelando hoy diez mil años de existencia, pueden verse en los museos de La Paz y de Sucre. Tuvo su música interpretada con zampoñas y flautines y, sin duda, su poesía, ya que faltando ésta —que es el ritmo interior y anímico de los seres humanos— no podría traducirse la otra, que es el mensaje armonizado del alma creadora hacia la masa que escucha.

Con estos antecedentes paleolíticos, con el hecho incontestable de haber prohijado el Tiahuanaco la cultura incásica, cuyo mecanismo económico y cuya estructura social son todavía el asombro de los historialistas y sociólogos contemporáneos, nada tiene de sorprendente que la Audiencia de Chacras hubiese culminado, durante la Colonia, en centro de vasta cultura hispana y que su ilustre Universidad hubiese doctorado, con la muceta del saber y de la erudición ascendente, a criollos de distintas latitudes, a potosinos, cuzqueños, tucumanes, cordobeses, chilenos y paraguayos que, en la alborada del siglo XIX, habrían de declamar en Chuquisaca, como Quito, Caracas y Buenos Aires, los derechos del hombre para todos los hijos de América, la libertad política para las colonias esclavas del Nuevo Mundo.

De las umbrosas y enladrilladas galerías de la Academia Carolina y del llamado Claustro de los Doctores surgieron hombres ilustres como el Padre Antonio de la Calancha, cronista insigne cuyos trabajos de investigación americana sirven de fuente informativa a los estudiosos de hoy. En la Universidad de Chuquisaca se educó y formó el primer economista de nuestra América india, Gaspar de Escalona y Agüero, autor de la singular obra "Gazofilacio", en la que enfocó, desde hace ya tres siglos, los problemas económicos y sociales de los grandes Virreinos del Perú y de México, esto es, del territorio que hoy va desde el Río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes. Estudió también, en los mismos claustros bolivianos, el célebre teólogo Bernardino de Cárdenas, que llegó a la dignidad de Obispo del Paraguay y Santa Cruz, y quien tuvo del Santo Padre —como recompensa a sus conocimientos en filosofía y liturgia cristianas— la concesión especialísima de poder celebrarse tres misas el Día de Difuntos.

Bolivia, tierra tan parecida a la nuestra, nación hermana del Ecuador, tuvo también su Magdalena sapiente, como aquélla que es gloria de Riobamba, ciudad de las nieves. Menciono a la nobilísima sucrense Magdalena de los Ríos, flor de misticismo y sabiduría que a principios del siglo XVII

siguió en el país del Altiplano, las huellas educativas y culturales de Santa Teresa, la doctora de Avila.

Muchos próceres de la Emancipación Americana, muchos varones que influyeron en la organización democrática de nuestros países formados fueron en la afamada Universidad de Chacras, por donde es oportuno afirmar que la instrucción y la cultura constituyen las fuerzas primordiales y directrices del género humano. Los Alvear, el Dean Funes, los Castellis, Fray Ildefonso de las Muñecas, Bernardo de Monteagudo, los Calvo, los Uriondo, los Urcullu y otros criollos notables estructuraron con su saber, en cabildos y en congresos constituyentes, las naciones que Bolívar libertó con su espada y cuya democracia logró también afirmar con su talento y su portentosa visión del futuro.



Los comienzos republicanos de Bolivia fueron más azarosos que los de otras naciones sud-americanas. A las guerras de la confederación del Alto Perú siguieron las atroces de los "caudillos bárbaros", como designa el ilustre escritor Alcides Arguedas a los regímenes del Belzú, Melgarejo y Morales. No obstante el estado de anarquía crónica que reina por todo el país surgen, durante dicho período altos valores de la literatura boliviana y, en cierto modo, felices precursores de la novela en nuestro continente.

Alterando el orden cronológico de la producción boliviana precisa que me refiera, en primer término, a Nathaniel Aguirre, literato cochabambino, autor de la magnífica novela "Juan de la Rosa", de la que se han hecho muchas ediciones y la cual fue juzgada por el insigne crítico Menéndez Pelayo, como "la mejor novela escrita en Sud-América". Naturalmente, el maestro santanderiano emitió su juicio consagrador al compararla con sus contemporáneas, de exagerado romanticismo, como las escritas por el bonaerense José Mármol, por el chileno Blest Gana, por el granadino Jorge Isaacs, por el azteca Fernández Lizardo, por el venezolano Picón Salas y por nuestro compatriota Juan León Mera. Por aquella época y algunos lustros después, el género novelístico no acusa en la América Hispana mayor cultivo ni mejor progreso literario. En la mayor parte de nuestras repúblicas se escriben con ñoñez y fidelidad lamartiniana relatos novelísticos, destinados a osificarse en los anaqueles de las bibliotecas, donde

hoy se los encuentra como infolios que trasudaron lágrimas de falsa melancolía.

"Juan de la Rosa", que ofrece en forma de memorias los episodios sangrientos de Cochabamba durante la cruenta invasión del criollo realista, Goyeneche, que empurpuró sus blasones con ríos de sangre americana, tiene el mérito de haber desechado el romanticismo campante para acoger la manera realista, adecuada a su argumento. La captación del paisaje en la forma fuerte y sencilla que exigen el pétreo Tunari y los valles del Oropeza, se aparta lo bastante de los procedimientos descriptivos empleados en "Atala" y aceptados después, como pauta, por Jorge Isaacs en la pintura de sus viñetas caucanas, y por José Mármol en las recias correrías de la "mazorca rosista". El estilo de Aguirre, sin ser estrictamente castizo, corre castigado y fluente por las páginas de "Juan de la Rosa", dándole al diálogo esa flexibilidad que entusiasma al lector y le hace retener el libro hasta llegar al fin. Los episodios históricos encuadrados a la veracidad de los hechos, no sólo amenizan sino que aumentan —en acción instructiva— el argumento de la obra, con la que Nathaniel Aguirre, escritor, poeta y diplomático, marcó el sendero de independencia literaria que ha logrado, en nuestros días, el cultivo de la novela en el nuevo mundo.

A seguidas del literato cochabambino precisa mencionar a Santiago Vaca Guzmán, cuya valía de escritor conquistó puesto destacado en la Argentina, dentro de la generación en que florecieron Carlos Guido Spano, Calixto Oyuela y Bartolomé Mitre. Su novela "Días Amargos", de estructura un tanto artificiosa, porque en aquel lejano tiempo se vivía del prestado europeo para toda labor espiritual, alcanzó el extraordinario éxito de tres ediciones en Buenos Aires, debido a la prosa movida y uniforme en que el autor vació sus densos períodos narrativos. Entre las mallas de un oscuro asunto judicial, surge un amor abnegado que sucumbe bajo la arremetida de los intereses familiares; pero que años más tarde revive y se impone gracias al recurso solutorio del triángulo francés. . . . Alentado por el éxito, Vaca Guzmán publicó otra novela titulada "Su Excelencia y Su Ilustrísima", basada en la histórica pugna de intereses y pasiones habida entre un Obispo de la Asunción y un Gobernador del Paraguay, pugna que dió pábulo a episodios picarescos, muy siglo de oro español, y que Vaca Guzmán logra ofrecer en un estilo digno de Quevedo y Fernando de Rojas. Los comentaristas bolivianos de esta castiza novela han creído de justicia comparar

al autor de don Juan Montalvo, siendo que éste fue un filósofo, un ensayista, un león de la polémica servido de un estilo que, salvo el mismo de Cervantes, no se encuentra igual en la pléyade literaria del citado siglo de oro.

Mencionaremos de esta época que en Bolivia da fe de bautismo al nacimiento de la novela criolla, la obra escrita por Lindaura Anzoátegui de Campero, esposa del general y presidente de la República, Narciso Campero. La novela se titula "Huallparrimachi" y su argumento lo constituye el amor de un indio por su patrona, hija del fanático realista don Remigio Ronsardes, quien hostiga a las huestes libertadoras del general Lamadrid y de la famosa coronela Juana Azurduy. La narración, que se desliza fácilmente por las páginas de "Huallparrimachi" y la habilidad para entremezclar los episodios guerreros con el contrariado idilio de la linda criolla y del aborigen patriota, asignan a Lindaura Campero, impulsora de la instrucción primaria, el puesto de adelantada en la ruta que recorrería después, triunfalmente, la hermosa y malograda caraqueña, Teresa de la Parra.

En la hojeada analítica de este período literario —ojeada cónsona con la premura de una conferencia— la poesía boliviana no es muy copiosa, ni logra vuelos arrebatadores no obstante la inspiración vitanda de Ricardo José Bustamante, y la feminidad y libre albedrío de Adela Zamudio; pero dentro del romanticismo de la época se anuncian y aletean ya el simbolismo triunfador de Ricardo Jaymes Freire y el dominio madrigalesco de Eduardo Díez de Medina, el diplomático-poeta que, andando los años, sería el negociador de la paz del Chaco y el competente y admirador Canciller de su noble Patria.

En el campo del ensayo, crítica literaria y disquisición filosófica, Bolivia ofrece a nuestra América —al término del ciclo analizado— valores de alta solvencia espiritual: Gabriel René-Moreno, polígrafo y exégeta de sólida cultura; Franz Tamayo, poeta, filósofo, polemista, tribuno, pedagogo y dramaturgo de primera fuerza; orientador de juventudes y arquitecto espiritual de las actividades contemporáneas; Juan Francisco Bedregal, ensayista, crítico de arte, catedrático, costumbrista, Rector de la Universidad de La Paz, Presidente del Pen Club, Presidente de la Fundación Cultural Patiño y, por muchos años, Cónsul honorario del Ecuador, de la República de Olmedo, Rocafuerte y Montalvo, como él mismo solía decirlo.



De la promoción de escritores que en América se conoce con el nombre de "centenaria", por haberse concentrado y definido en 1910 —fecha de los centenarios de la emancipación continental— precisa otorgar a Bolivia la revelación y el triunfo de un gran novelista, de un verdadero intérprete de la realidad americana simbolizada por el indio y por el paisaje agreste, sin inclusión de los lagos de ensueño, ni del bogar de cisnes wagnerianos, prestados a la blonda Turingia. Aludo al ilustre literato Alcides Arguedas y a sus novelas sustantivas: "Raza de Bronce" y "Pueblo Enfermo" que alzaron mercedamente al autor al pináculo de la fama y confirieron a Bolivia la primacía en la factura de la novela autóctona, netamente americana por la estrecha conjunción del hombre vernáculo y del ambiente, propio y áspero, en que se desenvuelve el conflicto. "Raza de Bronce" es un alegato episódico y razonado en favor del indio, de esa arcilla nuestra, con la que los pueblos de América tienen que ir modelando al hombre del mañana en aglutinación optimista de pasado y de futuro. El ciudadano civil y civilizado, el hombre standard, arrancado de la esclavitud hispana por Bolívar, San Martín, Morelos y Martí; y en vías hoy de librarse de la esclavitud plutócrata por la dignidad de su conciencia y su trabajo, con la ayuda de la instrucción primaria y del autodidactismo que tienen que ir limpiándole de los ojos las legañas de cuatro centurias de inercia y abandono.

"Pueblo Enfermo", obra de tesis, es la presentación documentada de ese caso clínico, muy repugnante, que aún ofrecen algunas Repúblicas Americanas en las que se revela, latente y sostenido, el complejo de inferioridad. Soportan ellas que se adueñen del Gobierno hombres mediocres, falsos profetas, dictadores pintorescos, ególatras eufóricos que se hacen erigir estatuas en vida o ponen sus oscuros apellidos a ciudades de vida secular, o a villorrios de incipiente formación.

La crisis palpable de la democracia, el predominio militarista, la muy escasa atención que se ha venido prestando a la enseñanza netamente popular, a la mejor higiene de las clases humildes y a la razonable retribución del trabajo de nuestros indios, cholos y zambos se deben al control, hasta hoy sostenido, de un núcleo privilegiado que vive pasándose los Gobiernos de una mano a otra, en tanto que el resto mayoritario de la masa vive sumido en la ignorancia, la pobreza

y la abyección. Precisa unificar, con vistas a un nivel superior, el tipo viviente del ciudadano civil para que la función administrativa sea confiada por el voto y por el libre discernimiento a hombres preparados, conocedores de nuestras más premiosas necesidades e imbuidos en la visión neta —sin teoficciones importadas— de nuestro futuro. Mientras la función política no brote de la sana reflexión y del verdadero desinterés patriótico, nuestras repúblicas continuarán ofreciendo el caso clínico de pueblos enfermos, dignos de lástima o desprecio por parte de naciones conscientes, bien organizadas y dueñas de sólida cultura.

Arguedas, a quien las juventudes continentales designan hoy con el mote de "maestro", se ha consagrado últimamente al análisis histórico de su país, revistiendo su labor esotérica y educativa de una severidad cauterizante que le ha valido grandes y amargos sinsabores. Es la recompensa, de hiel y vinagre, que nuestra América suele dar a los altos espíritus redentores. Preguntadlo a las sombras augustas de Juan Montalvo, Domingo Faustino Sarmiento, Balmaceda, González Prada, Uribe Uribe, Enrique José Varona y Manuel J. Calle.

En tanto que resonaban en los cenáculos los aplausos conquistados por mi ilustre amigo, Alcides Arguedas, triunfaba también en el mismo género novelístico el malogrado escritor, Armando Chirveches, cuyo libro "La Candidatura de Rojas" fue una afirmación del vigoroso empuje literario que Bolivia reveló con sus escritores del 1910.

Esta bien lograda novela de Chirveches vino a ser como una gráfica y palmaria comprobación del relato admonitorio enfocado anteriormente por Arguedas en "Pueblo Enfermo". Pero se constata en Chirveches una mayor agilidad de estilo, una mayor lozanía verbal sobre el relato, sobrio y castigador, del novelista Arguedas. Con todo "La Candidatura de Rojas" es de filiación realista, sin los ayes, ni sollozos románticos que aún abundan en algunas novelas de nuestro continente.

La obra, abarcando un idilio provinciano, pinta a lo vivo los procedimientos electorales de nuestras incipientes democracias, con todas las trapacerías del criollismo estático, no reformado aún —mucho menos renovado— por los aportes de otras sangres, ni por la facilidad de las comunicaciones, ni por la diaria acción de una prensa verdaderamente educatriz. En Bolivia, como en el Ecuador y en otros países que me abstengo de mencionar en mi carácter de diplomático de "carrera", existen frondosos cultivos de matoides —servidores de

la causa— como los bolivianos Garabitos; existen familias abundosas de mujeres iguales a las Moreira, que Chirveches hace aptas para todo lo malo, desde el aborto infanticida hasta el espionaje social y político, enmascarando la segunda tara con la figuración en actos de beneficencia, con el ingreso a sociedades pías y con lograr cada semana el suelto laudatorio de la crónica social. . .

Siendo Chirveches Secretario de la Legación de Bolivia en Río de Janeiro, publicó una segunda novela, ciertamente exitosa, titulada "Flor de Trópico", de índole muy ambiental cuyas movidas páginas revelaron a Chirveches como bien capacitado para ese género frívolo y realista que en Francia logra las tiradas de a cien mil ejemplares, con las que los cultivadores de tal modalidad hacen dinero y conquistan el bienestar burgués, es decir, los dos señuelos que tanto preocupan a los hombres de hoy.

Colocado este novelista en la vía del éxito sustantivo puso una tarde de otoño —en el París tan adorado por nuestro literato Miguel Angel Corral, fin a sus días. . . A la manera del recordado "ñato" riobambeño, gustaba Chirveches de la elegancia estrepitosa con las plastrones encarnadas y los chalecos cremas; de los tiroleses grises con ribetes blancos; de esas polainas claras que heraldizaban la galantería boulevardera de aquellos "vieux marchers" del París d'avant-guerre. En alguna ocasión me atreví a decirle al novelista boliviano que vestía con peculiar elegancia. Bien recuerdo su viva réplica de entonces: "Visto con algo parecido que es mi extravagancia".

Otro diplomático de Bolivia que espigó en la novela con mucho acierto es Adolfo Costa du Rels, autor de "Tierras Ardientes" que en su país ha sido reeditada. La trama es también local, realista, concretada a exhibir al desnudo la figura siniestra del senador Pedro Vidal, poderoso cacique de las selvas del Chaco, dúplica del Arana peruano, que desenvuelve su vida de crímenes y concupiscencias en complicidad con los gringos petroleros, que otean ya las tierras del oro líquido, las mismas que años más tarde habrían de enrojecerse con millares de indios aymaras y con millares de indios guaraníes! Costa du Rels, que ha defendido su patria con talento y mucha energía en el seno de la europea Sociedad de las Naciones, tuvo el soplo vaticinador de San Juan Evangelista al planear y escribir su novela "Tierras Ardientes", que sigue impar debido, sin duda, a las arduas y silenciosas labores que

le impone su cargo diplomático, respetado por su país y siempre garantizado por todos los gobiernos.

Como bien se ve, este ciclo de la novela boliviana, reforzado con la contribución de escritores como Jaime Mendoza, Abel Alarcón y Augusto Guzmán, es anterior al florecimiento certero y definitivo de obras como "La Vorágine", "Doña Bárbara", "Don Segundo Sombra", "Los de Abajo", "Ifigenia", "Huasipungo", "El Muelle" y "Don Goyo" que han logrado el espaldarazo de la verdadera novela americana, captadora de realidades y de conflictos vernáculos.

En el teatro, el autor boliviano, Mario Flores ha triunfado ampliamente, no sólo en su país, sino en Chile y la Argentina. Su comedia "Boite Russe" ocupó, cerca de un año, los cartelones bonaerenses. Otras obras de Flores han sido traducidas al portugués y se representan, con éxito de taquilla, en los teatros de Río de Janeiro y San Paulo, las grandes, alegres y luminosas urbes brasileñas.



El ensayo, ese difícil género que en nuestra América cobró relieves de maestría en las obras de don Juan Montalvo, José Martí, Eugenio María de Hostos, Rodó y Pérez Triana, tuvo en Bolivia sus cultivadores máximos en Gabriel René Moreno y Franz Tamayo, quienes hoy se ven airosamente seguidos por Alberto Ostria Gutiérrez, Carlos Medinacelli, Roberto Prudencio y por nuestro consocio Fernando Díez de Medina, literato de prosa brillante por la pulcritud del período y por la selección cuidadosa de sus temas. Su "Tempestad en el Altiplano" es un trabajo orfebresco que las capillas de nuestro continente han apreciado no sólo como pintura maestra digna de "fecit" de un Monet, sino también como partitura de vanguardia en la que otro Claudio Debussy hubiese abierto los chorros de su afamado poema musical: la siesta del Fauno.

Nuestro amigo Alberto Ostria Gutiérrez, a quien la diplomacia aprisiona con los cartabones de la discreción, ha publicado recientes ensayos de carácter internacional que le han valido el ingreso a la Academia Jurídica del Brasil, docta corporación por cuyos severos paraninfos y gabinetes de estudio flotan los espíritus maestros de un Barón de Río Branco, de un Ruy Barbosa, de un Aranha, de un Nabuco y de otras mentalidades superiores en esa vasta Nación cuya hábil

diplomacia procura afirmar hoy, por todo medio posible, su amistad con la promisoriosa República del Altiplano, para la que el Brasil construye una ferrovía que va de Matto Grosso hasta Santa Cruz de las Sierras, la ciudad boliviana recogida hasta ayer mismo en tres siglos de vida españolísima, amparando entre palmeras, naranjales y jazmines del cabo a los descendientes puros de las 300 familias andaluzas, internadas en ese rincón paradisíaco de Bolivia, por el descubridor y poblador, Don Nuflo de Chávez.

Enrique Finot, actual Ministro boliviano en la Argentina, es otro ensayista a quien la diplomacia apenas si le ha permitido ofrecer hace poco un soberbio y singular ensayo titulado "El Pacifismo del Libertador", cuyos enfoques certeros sobre la dinámica espiritual de Bolívar me fue honroso analizar en el rotativo "La Razón", entonces dirigido por un bien probado amigo de nuestra tierra, el señor doctor Fabián Vaca Chávez, quien ha ido a restablecer las relaciones de amistad de su patria con el adversario de ayer, el Paraguay.

Conocí y traté mucho en La Paz a Roberto Prudencio, hombre vertical, solitario, contraído siempre a la buena lectura que él difunde en su cátedra universitaria, junto a mentalidades como Javier Paz Campero y Héctor Ormachea Zalles. Con Prudencio formé parte de un jurado para discernir el "Premio Roma", que el Gobierno de Italia confiere anualmente al mejor libro boliviano sobre cosas espirituales convergentes al clasicismo renacentista, que devolvió al Lacio el cetro de las artes y de las ciencias jurídicas. Me asombró la versación de Roberto Prudencio sobre nuestras mejores figuras literarias, arrancando de Santa Cruz Espejo y Fray Vicente Solano hasta las mentalidades contemporáneas de nuestro país: González Suárez, Honorato Vázquez, Numa Pompilio Llama, César Borja, Remigio Crespo Toral, Carlos Tobar Borgoño, César E. Arroyo, Alfredo Baquerio Moreno y Gonzalo Zaldumbide. Luego, abordando el ensayista boliviano la moderna poesía ecuatoriana, me citó poemas de Medardo Angel Silva, Arturo Borja, Humberto Fierro, Noboa Caamaño, W. Pareja, Falconí Villagómez, Egas y Pablo Hannibal Vela, quien hacía poco había visitado, en la comitiva del Presidente Velasco Ibarra, la ciudad cuna del protomártir Pedro Domingo Murillo. Fue para mí una intensa satisfacción, un consuelo patriótico, un grato "soulagement" saber que los principales valores mentales de nuestra querida Patria eran bien conocidos por un escritor de seguro porvenir como Roberto Prudencio, llamado a ocupar —por la enjundia

de sus asuntos y por la firme independencia de sus apreciaciones— el preponderante sitio educador del maestro Alcides Arguedas.



En poesía, después de la figura continental de Jaymes Freire, el camarada íntimo de Rubén Darío en Buenos Aires, tiene Bolivia en el poeta Gregorio Reynolds un nuevo Yllimani espiritual, de muy alta y selecta inspiración con la que ofrece, en sus pulcras estancias, esa filosofía dulce y ejemplar de que están insuflados los inmortales poemas del vate Omar Kheyyam.

Capacitado Reynolds para ofrecer sus odas y estancias en todas las tendencias y en las múltiples formas del arte libre, de hoy, sigue siendo y creo que será siempre un parnasiano—simbolista, dotado de gran agilidad lírica. Sus sonetos mármoreos pueden llevar la firma de Lecomte de Lisle y sus poemas cortos la de Rubén, el único, el magnífico, el insuperable en sus lais y dezires. Os ofrezco unas breves composiciones reynoldianas, tomadas al azar:

LA LLAMA

Inalterable, en la llanura avara
del Altiplano ostenta la medida
de su indolente paso y su apostura,
la sobria compañera del aymara.

Parece, cuando lánguida se para
y mira la aridez de la llanura,
que en sus grandes pupilas la amargura
del erial horizonte se estancara.

O erguida la cerviz al sol que muere
y de hinojos, oyendo el miserere
pavoroso del viento de la puna,

espera que del ara de la nieve
el sacerdote inmaterial eleve
la eucarística forma de la luna.

ESTANCIAS

En el nombre del Padre
llevaré hasta la tumba la tristeza
del libro y de la carne.

En el nombre del Hijo,
con la vista en la altura,
sufriré mi destino.

Seguiré cultivando
mi jardín en el nombre
del Espíritu Santo!

DEZIR

Hermano,
la calavera que llevas en la mano,
ha de ser compañera
de la tuya
cuando tu vida concluya.

Su mandíbula pulverulenta
mordió también la manzana
que nos tienta
con las quimeras del mañana.

Jesé Capriles, hombre que está viendo caer ya las hojas otoñales de su vida, es otro poeta boliviano favorecido con los aplausos de la crítica exigente del Plata y de otros países del Sur. Y hace muy poco, llamado por su Gobierno, regresó a Bolivia otro bardo de alta solvencia literaria. Me refiero a mi colega y dilecto amigo, Luis Felipe Lira Girón, dos veces laureado en su patria por sus composiciones "La Balada de las Siete Inquietudes" y "Canto a la Madre", a ese sér único, trasunto de todas las ternuras humanas que en Bolivia, con el gesto resignado de la madre española y con el impasible de la madre aymara, vio que sus hijos partían al cruento holocausto de la guerra.

Lira Girón, vivamente emocionado por la hospitalidad franca y sencilla de nuestro país; conmovido en sus fibras de artista por la hermosura y virtud de nuestras mujeres, dedicó

las horas libres de sus labores oficiales a estudiar y escribir un ensayo sobre Mariana de Jesús Paredes y Flores, la linda, la púdica, la maravillosa azucena de Quito; aquella inefable beatificada que, desde las faldas del Pichincha, perfuma de misticismo nuestra tierra, la vigila constantemente y le asegura, por los resortes de la bondad y la belleza, un sereno porvenir.

No terminaré este análisis poético sin hacer especial mención de Yolanda Bedregal, la gran poetiza boliviana de estos últimos años. Acaba de cumplir cuatro lustros, habiéndose graduado recientemente en una High School de Norte-América; lo que no le ha quitado un ápice al bolivianismo ciento por ciento de Yolanda. Su arte vernáculo, su maravillosa sensibilidad, la destreza verbal de que dispone para el juego de las imágenes novedosas que confieren, dentro del arte introspectivo, las credenciales de la originalidad, ésta joven poetisa los evidencia con su misma vida y con sus labores literarias. Bien recuerdo sus palabras simples y sinceras la última vez que la vi, al término de mi conferencia sobre "El estado actual del indio ecuatoriano". En síntesis, Yolanda Bedregal me dijo lo siguiente: "Amo y cultivo, como las cholitas de mi tierra, el áspero nativismo boliviano poetizado, tal vez, por los bizarros colorines del aguayo. Si yo renunciara a esta manera de sentir, mis versos serían vacuos, meramente artificiosos."



La guerra del Chaco, esa prueba de sangre y fuego a la que Bolivia concurrió sola y decidida apropiándose —a la distancia— el consejo que nos diera, en 1910, el gran patriota e ilustre historiador González Suárez; esa lucha del sufrido minero boliviano contra la distancia, la soledad caliginosa, y las plagas del trópico; contra factores ocultos y muy poderosos y, sobre todo, contra un enemigo valiente y glorificado antes en larga y heroica contienda internacional, costó a Bolivia más de cien mil hombres, y entre éstos lo más vitando y florido de su juventud universitaria.

Segadas por las ametralladoras y por el filo de los machetes paraguayos; por los miasmas y víboras del Chaco ardoroso, cayeron las vidas de muchos escritores cuyas huesas, convertidas hoy en humus, denuncian al mundo fraterno de América, los bosques de cruces de quebracho!

De esa resuelta juventud, de ese pueblo sencillo y viril que supo mantener al tope el lábaro glorioso de Ingavi, Calama, San Francisco y Riosinho, lo poco que retornó a las ciudades de La Paz, Sucre, Cochabamba y Oruro expresó crudamente, en una literatura modelada a lo Barbusse, el desarrollo de la tragedia, esto es, el sacrificio silencioso del aymara que años antes, vestido de colorado, asombrara a las divisiones chilenas en el Alto de la Alianza. Expresó también el engaño suicida del Gobierno, confiando al tecnicismo de un mercenario teutón, la defensa de la patria. Reveló así mismo los negocios y negociados a base de la feroz matanza de esos países vecinos y hermanos; y exaltó los sacrificios del hambre, el silencio y la resignación de que dio tantas pruebas la mujer boliviana, resucitando los tiempos de la esforzada coronela Juana Azurduy y de las cochabambinas que derrotaron a Goyeneche en el cerro de San Sebastián, oponiendo a sus filudos sables sus puños femeninos y sus escobas hogareñas.

Esa promoción literaria, venida de los tremedales chaquenses, compuso odas purulentas, crudos cuadros para el teatro realista y novelas que armonizaron rudamente con las normas de Remarque.

Tristán Maroff, alzando de seguidas la bandera reivindicadora de los desastres sociales y económicos en que la guerra dejaba al país, contribuyó a la formación del poderoso bloque de excombatientes para la captación de las directivas oficiales de Bolivia. Sus panfletos dislacerantes, unidos a obras como "Prisioneros de Guerra" del joven novelista Augusto Guzmán, propalaron las torturas sufridas por los bolivianos en los corralones que el Paraguay cercaba con sus bayonetas. Páginas de tragedia como "El Pozo" de Augusto Céspedes. Visiones infernales como las que el universitario Oscar Cerruto pinta en su libro "Aluvión de Fuego" prepararon el consenso nacional para que toda esa juventud, mutilada en alguno de sus miembros y, más que todo, en la legendaria bondad de su espíritu, impusiese sus normas administrativas y las impusiera también al arte literario, contraído todo al dolor nacional, que por ahora exige una pausa reflexiva, un largo paréntesis decantador, para que retorne a los senderos de belleza que traginaron con holgura y con aplauso continental, algunos de los escritores bolivianos que he analizado en las breves dimensiones de una conferencia, cuyo objeto es no abusar de los oyentes, ni fatigarles los oídos.

Y para concluir, volviendo a mis frases del principio, os aseguro que Bolivia es un país muy interesante, de honda y valiosa cultura, amigo sincero de nuestra Patria y de los arduos problemas que aún comprometen nuestra integridad territorial. Como Ministro Plenipotenciario del Ecuador me ocupé, en esa nación hermana, en dar a conocer nuestros valores espirituales, que son los que dan supervivencia histórica a los pueblos. Hoy, como amigo sincero que soy y seré de Bolivia, he querido cumplir mi compromiso de socio fundador del Grupo América proyectándoos —sobre la pantalla de nuestra cordial atención— los valores más notables de la literatura boliviana.

Quito, a 21 de Enero de 1939.

V I C T O R H. E S C A L A

C R O N I C A

PUBLICACIONES PARA LA BIBLIOTECA AMERICA

Los consocios dirigentes de la Biblioteca América han comunicado a la Secretaría General del Grupo que durante los últimos meses se ha recibido al rededor de trescientas publicaciones periódicas y doscientas obras de autores de diversos países americanos. Todo este canje, que enriquece cada día más el volumen bibliográfico de nuestra Biblioteca, será publicado detalladamente en el Boletín de "Bibliografía Americana" que debe aparecer en el primer trimestre de 1940.

LABOR AMERICANISTA

En medio de la indolencia general para todo lo que significa labor de cultura, hemos visto con simpatía y complacencia que los esfuerzos desarrollados en los largos años de vida de esta Revista y de alguna otra del Continente, por la vinculación e intercambio intelectual y artístico, por el afianzamiento de los comunes ideales de solidaridad americana, los mismos que han dado ya excelentes frutos, vienen produciendo su efecto en la conciencia de las juventudes, las cuales, con profundo sentido de la misión que tienen que cumplir en esta hora de la cultura, se aprestan a organizar su acción para la efectividad de los comunes ideales que les animan. Prueba de ello es la formación de entidades intelectuales que, con el mismo nombre de la nuestra, o con otros que expresan el sentido americanista, vienen efectuándose a lo largo del Continente, en el que Cuba, México, Bolivia, Chile, están a la cabeza. Damos a conocer, a continuación, alguna correspondencia al respecto.

Quito, 13 de Setiembre de 1939.

Señores Presidente y Miembros del "Grupo América" de México
San Pedro de los Pinos,

Compañeros de México:

Al acusar a ustedes recibo de la atenta comunicación del 2 de Agosto, firmada por su digno Presidente, el Teniente Coronel Don Adrián Gravioto, nos es grato comunicarles la complacencia que ha

tenido el Grupo América de Quito al saber que sus ideales de fraternidad americana han sido generosamente secundados y comprendidos por selectos espíritus de ese país hermano.

Hacemos votos porque la labor de la Sección Mexicana del Grupo América sea fructífera en obras de valor para el ideal americanista que perseguimos y porque ellas contribuyan a afianzar de manera definitiva el deseo de libertad, de unión, de paz y de concordia entre todos los países del Continente. Que el pasado nos sirva de base y el futuro sea nuestro objetivo. Tales son los deseos del Grupo América de Quito y constituyen su mensaje para el Grupo de México, con el que les será grato trabajar en unidad de ideal y en fraternidad de pensamiento.

De ustedes muy atenta y cordialmente,

Gonzalo Escudero
Secretario General

Jaime Barrera B.
Secretario de Actas y Correspondencia

Quito, 13 de Setiembre de 1939.
Señor Presidente del
INSTITUTO DE AMERICA
Santiago de Chile.

Señor Presidente:

Hemos recibido su atento mensaje del mes de Julio de este año, pleno de ideales de confraternidad americana. Y nos place comunicar a usted que el Grupo América ha comprendido en toda su grandeza el trabajo por ustedes iniciado, trabajo de trascendencia continental y de significación humana.

El Grupo América de Quito se halla también empeñado en difundir esos ideales y en buscar a toda costa el engrandecimiento cultural de esta gran patria que es el Continente Americano. Por eso, podemos asegurar que la cooperación del Grupo a la obra del Instituto de América estará siempre lista y será siempre entusiasta. Mientras tanto, nos es honroso comunicar a usted las felicitaciones de nuestra Organización por la espléndida iniciativa que ha creado el Instituto de América en busca de la unificación del Continente. Ya sabe usted que en

las patrias creadas por Bolívar, los ideales del libertador están siempre latentes. Y esos ideales son los mismos que propicia el Instituto que usted dirige.

Haciendo votos por el mejor éxito de las labores del Instituto, quedamos de usted attos. y ss. ss.

Gonzalo Escudero,
Secretario General.

Jaime Barrera B.
Secretario de Actas y Correspondencia.

Quito, 13 de Setiembre de 1939.
Señor
Secretario de Gobierno del
CIRCULO CULTURAL "ATENIENSE"
Oruro, Bolivia.

Señor Secretario:

Acusamos a usted recibo de su atenta comunicación del 14 de Junio ppdo. Y en respuesta debemos manifestarle que el Grupo América de Quito se halla siempre listo a trabajar por los ideales americanistas y en pro de una mejor cultura continental. Desde su fundación, el Grupo ha dado frecuentes muestras de este trabajo y ha conseguido un fraterno y significativo resultado: la fundación en diversas ciudades de América de organismos similares, que trabajan por los mismos pensamientos y con igual entusiasmo. El Grupo América no es ya una entidad ecuatoriana. Es una organización chilena, cubana, mexicana, continental en una palabra.

Por lo mismo, pues, nos es grato encontrar en el Círculo Cultural "Ateniense" de Oruro el mismo ideal y los mismos propósitos que nos guían. Y esta igualdad esencial será la que más eficazmente contribuya para que se establezca una íntima cooperación entre las dos organizaciones.

Con nuestro cordial saludo, quedamos de usted muy Attos. y Ss. Ss.,

Gonzalo Escudero,
Secretario General.

Jaime Barrera B.
Secretario de Actas y Correspondencia

NUEVO DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA

De acuerdo con las disposiciones estatutarias, en sesión del 25 de Agosto último, el Grupo América eligió sus nuevos dignatarios, que durarán en sus funciones el tiempo de un año, en la siguiente forma:

Secretario General:

Sr. Dr. Dn. Gonzalo Escudero.

Director del Instituto de Cultura Americana:

Sr. Dn. Augusto Arias.

Directores de la Revista "América":

Sres. Dn. Antonio Montalvo, Dr. Jorge Escudero y Dn. Ignacio Lasso.

Director y Subdirector de la Biblioteca América:

Srs. Dn. Alfredo Martínez y Dn. Jorge Pérez Concha.

Director del Centro Cultural Ecuatoriano Argentino:

Sr. Dr. Dn. César Carrera Andrade.

Procurador:

Sr. Dr. Dn. Augusto Sacote Arias.

Director de la Editorial América:

Sr. Dn. Juan Pablo Muñoz Sanz

Tesorero:

Sr. Dr. Dn. Emilio Uzcátegui, y

Secretario de Actas y Correspondencia:

Sr. Dn. Jaime Barrera.

LA MUERTE DE REMIGIO CRESPO TORAL

Rara vez como en el caso de este ilustre poeta y escritor ecuatoriano, se reúnen en un hombre las más puras y valiosas excelencias humanas. El hijo de la Atenas Ecuatoriana, Cuenca, la ciudad madre del talento, sobresalió como literato, poeta, internacionalista, político. Su obra literaria y la que deja en el campo internacional tendrán proyecciones de eternidad. El Ecuador entero guardó duelo por la desaparición de tan eminente ciudadano que deja un vacío difícil de llenarse en las letras y cultura patrias.

AMERICA reitera su pesar por el sensible fallecimiento del Maes-

tro máximo —después de Montalvo— y cultor del habla castellana que fue el Sr. Dr. Remigio Crespo Toral.

HOMENAJE AL SR. DR. ALFREDO BAQUERIZO MORENO

Auspiciado por la feliz iniciativa de un distinguido grupo de personalidades de la ciudad de Guayaquil, y secundado por todos los centros intelectuales y culturales de la misma y de la Nación, se llevó a cabo el entusiasta y fervido homenaje al venerable ecuatoriano Sr. Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, expresidente de la República y destacado exponente de la cultura ecuatoriana y una de las personalidades más prominentes del país, con motivo de cumplirse el 80 aniversario de su existencia. El Grupo América, en prueba de simpatía por el Dr. Baquerizo Moreno, se adhirió espontáneamente a la manifestación rendida por la ciudad de Guayaquil y las demás ciudades de la República, representadas por sus centros de cultura y personalidades intelectuales. Al efecto, expidió el significativo acuerdo que insertamos a continuación, el cual fue escrito en un pergamino artístico, y nombró una comisión compuesta de sus miembros señores Dr. Dn. Pío Jaramillo Alvarado y Dn. Nicolás Jiménez, a fin de que lleven la palabra del Grupo en el homenaje rendido al Dr. Baquerizo Moreno. Nuestro consocio Dr. Pío Jaramillo Alvarado, pronunció el discurso que copiamos más abajo.

El Grupo América

Considerando: Que el eminente repúblico, altísimo tribuno y venerable patricio de la cultura ecuatoriana, Sr. Dr. Dn. Alfredo Baquerizo Moreno, ha cumplido en fecha de hoy el octogésimo aniversario de su nacimiento:

Acuerda: Rendir el profundo homenaje de simpatía y admiración al Sr. Dr. Baquerizo Moreno, recomendando a las generaciones presentes del Ecuador, el irradiante ejemplo de su vida, rica en espíritu de libertad, en sentimiento de justicia y en emoción de belleza.

Quito, 28 de Setiembre de 1939.

Palabras del Dr. Pío Jaramillo Alvarado

Señores:

Tiene particular significación el homenaje que hoy rendimos a uno de los más preclaros de los estadistas y literatos del Ecuador, señor

Dr. Dn. Alfredo Baquerizo Moreno, no sólo por la verdad de sus altos méritos, cuyo elogio cumplido han hecho los oradores, en esta tarde plena de emoción patriótica sino porque este homenaje se destaca en el complejo de una situación nacional e internacional, que nos tiene sumidos a todos en las más grandes cavilaciones acerca del porvenir del mundo y de la patria, en esta crisis de los valores éticos, que han culminado en la guerra de carácter universal, y que ha llenado de incertidumbre a la conciencia colectiva.

Se predica por los augures del Foro Político del mundo, por los filósofos y por los economistas, que la humanidad asiste al desplazamiento de una cultura, a la renovación de valores morales e intelectuales, en todas las esferas de la acción y del pensamiento. Se afirma que esta nueva era trae en su contenido sustancial el desplazamiento de todo aquello que no es ya el jugo vital en el proceso de las transformaciones históricas, y que llegamos al linde de algo así como una nueva Edad Media, para luego ver florecer otro Renacimiento y quizá otra Reforma, por el sacrificio cruento de la guerra del mundo, trágico crisol depurador del egoísmo humano.

Y esta gran inquietud, este profundo estremecimiento que prelude el final de una época, y el renacer de nuevas esperanzas, sólo tiene una base de sustentación: el tesoro espiritual que sobrevive a pesar de todos los cataclismos. Porque en las grandes crisis históricas se ha comprobado, que lo que la humanidad crea como obra eterna, indestructible, son las valías morales, que no perecen jamás. De los escombros del Imperio Romano, de la destrucción de esta gran cultura sólo se salvó el arte griego y la legislación romana. La invasión de los bárbaros nada pudo contra el sentimiento religioso de los vencidos y la obra filosófica y artística del pasado, simiente generosa que hubo de recoger el vencedor, hacerla suya, y darle nueva vida, con el tratamiento de su energía joven, que renovó la sangre empobrecida de la civilización antigua.

Con lo que quiero significar, que si es verdad que asistimos en estos días al suceso más trascendental de la historia contemporánea, y vemos bombardear ciudades, derramar sangre humana a torrentes, resucitar el heroísmo espartano, y actuar como actores y espectadores en esta tragedia espantosa, está puesta nuestra fe en los valores éticos del mundo, para creer en la resurrección de una nueva cultura. Creemos en la eternidad de la obra espiritual del hombre. Puede cambiar la superestructura de un civilización, pero lo que cristalizó como valía espiritual, ya no puede desaparecer. La barbarie humana aún en proceso de superación ética, nada puede con las conquistas del espíritu. Este es el patriotismo de las naciones por el pensamiento y la acción de sus hombres superiores.

Por esto las naciones conscientes de sus fines históricos siempre

tuvieron el culto al héroe, no en el sentido que Carlyle le reconoce como el motivo único de todo impulso vital, por lo que lo convierte en fetiche; ni como el superhombre nietzschiano, generador de la violencia y del atropello totalitario de la personalidad humana; sino con la exaltación del filósofo, como en la República de Platón, quien auguró que el ejercicio del poder sólo se justificará y será posible como verdad democrática, cuando los jefes de las naciones sean los filósofos.

Trasladando del panorama universal el concepto del héroe al paisaje ecuatoriano, sobre el fondo histórico de estos días inciertos, llenos de tristes presagios, siento renacer en mi alma la flor del optimismo, cuando contemplo a la ciudadanía olvidada de sus antagonismos, reunida en asamblea, para rendir culto al héroe. Me conforta el hecho de que el Poder Legislativo decrete honores merecidos a Crespo Toral y Baquerizo Moreno: que en un ambiente de serenidad, en los claustros de un Colegio nos demos cita para rendir pleitesía a uno de los más esclarecidos ciudadanos y abramos nuestros corazones a la simpatía y a la cordialidad.

Y tengo por garantía de esta creencia, la obra y la integridad del espíritu del señor doctor Baquerizo Moreno. Su vida de filósofo es su mejor obra: su conducta vertical su mejor enseñanza de profesor; sus disciplinas de escritor, de poeta, de orador, hacen de él un humanista y le vincula a la edad de oro de la literatura ecuatoriana. Su pensamiento escrito más que copioso es trascendente. Es un prosista clásico y un poeta romántico. Como tribuno es inigualable en sus discursos magistrales, floridos, plenos de entusiasmo. En sus Mensajes presidenciales es el filósofo estadista. En otro escenario político, menos caótico que el nuestro, en una democracia ya evolucionada, el presidente Baquerizo Moreno habría realizado en plenitud sus programas constructivos, y sin embargo, su paso entre las tormentas de nuestra vida política, fué signo de cultura democrática, de progreso y de paz.

El Grupo América que represento ha querido hacer presente ante la Nación, su reconocimiento de los excepcionales méritos y virtudes del señor doctor Baquerizo Moreno, y en su nombre y en el mío propio rendirle el homenaje de su admiración y de su simpatía, proclamándole Maestro por excelencia, entre cuantos han colaborado por la obra de la cultura nacional.

El Grupo América al que pertenezco, constituye un gremio de escritores, poetas y periodistas que realizan su acción cultural en forma independiente de toda influencia que pudiera desviar sus propósitos, por medio de la revista, las conferencias públicas y el mantenimiento de una biblioteca de autores nacionales y americanos.

Y su propósito esencial es, sobre todo, auspiciar el renacimiento del estudio de lo que se llamó las humanidades, y cuyo único representante de esa pléyade de escritores saturados de clasismo, es hoy el se-

ñor Baquerizo Moreno. Como en la Edad Media europea, se mantiene en el Ecuador la llama del humanismo en los conventos, y la cátedra de latín y griego recientemente ha vuelto a reaparecer en la Universidad. El abandono de este género de disciplinas ha restado a la literatura nacional ese sabor de vino añejo del clacisismo y al idioma su mejor defensa.

El Grupo América reconoce en el señor doctor Baquerizo Moreno a uno de los maestros de la literatura clásica en el Ecuador, y de una manera especial ha querido significarle su admiración en este concepto.

Este acervo de virtudes, de obras realizadas, le han dado con pleno derecho, al señor doctor Baquerizo Moreno, un puesto de honor entre los hombres-guías de esta nacionalidad, y hoy, en estas horas plácidas, hemos venido a rendirle nuestro homenaje con sinceridad y entusiasmo.

Y también, a hacer implícitamente, una profesión de fe.

Porque en la personalidad del doctor Baquerizo Moreno, exaltamos la cultura cívica nacional como el predicamento del progreso y de la paz.

El legado que nos hace la generación que el Dr. Baquerizo Moreno representa, es el legado de la integridad espiritual, que estamos obligados a conservar y acrecentar. Sin una definición precisa de los derroteros que han de seguirse para salvar al Ecuador de esta crisis de carácter ético que profundamente le aqueja. ¿Cómo garantizar el porvenir? Este es, en mi concepto, la consecuencia práctica del acto cívico que realizamos.

Porque es preciso aceptar que no existe para las naciones que confrontan agudas crisis históricas, sino un estímulo para las grandes realizaciones: la fe en sus destinos gloriosos. La fe fundada en su historia, como advertencia de los peligros del presente por las adversidades del pasado; y la fe en sus hombres de pensamiento y de acción revelada por sus obras.

Afortunadamente para el Ecuador, en la vorágine social y política del mundo que ha conmovido a toda la humanidad, y que amenaza mortalmente a la cultura, y aún a la existencia misma de las naciones, afortunadamente para el Ecuador, tiene en su pasado secular la comprobación de su fe en la defensa de su existencia histórica, y en sus conductores el denodado empeño de mantenerla, cuando algo amenaza la integridad de su soberanía.

Una nación que tiene fe en sus destinos históricos, que es capaz de realizar estímulos, y que despojada de todo egoísmo levanta a sus conductores sobre el escudo triunfador, esa nación tiene derecho a vivir en el respeto de su grandeza espiritual.

Al rendir este homenaje a uno de sus hombres representativos, se

está expresando, que ante el honor y la gloria de la patria desaparecen todos los egoísmos. Y este hecho me infunde fe en el porvenir. Creo en un Ecuador próspero, grande, inmortal.

Invulnerables por el amor a la patria, las sombras que hoy están entenebreciendo el horizonte, en la incertidumbre de esta hora, se desvanecerán, y henchido el corazón por la esperanza, evocaremos en nuestras almas la canción del camellero tártaro, que dice: "Si esta es una noche del destino, bendición para ella, que ya llega la aurora."

NUEVA PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA

Con el objeto de intensificar la labor de difusión e interconocimiento intelectual y artístico, el Grupo resolvió publicar un boletín de BIBLIOGRAFIA AMERICANA que, por la significación que entraña, el intercambio bibliográfico entre los escritores y artistas de las naciones americanas, está llamado a llenar un gran vacío en nuestro movimiento cultural. Dicho Boletín se editará bajo la dirección de los consocios señores Dn. Alfredo Martínez y Dn. Jorge Pérez Concha y su primer número deberá aparecer en el primer trimestre de 1940. Con el fin de llevar adelante este propósito el Grupo está dirigiendo a los países del Continente una nota que reproducimos en otra parte de esta Revista.

EDICION DE OBRAS NACIONALES

En el afán de dar realización, cuanto antes, a un viejo y fervoroso propósito que ha abrigado el Grupo América, el de reeditar las obras de nuestros más destacados escritores, muchas de las cuales son desconocidas en el mundo de las letras contemporáneas, pasó al Congreso Nacional la siguiente comunicación que, desgraciadamente, sólo mereció su silencio inmutable.

Quito, 7 de Setiembre de 1939.

Señor

Presidente del H. Congreso Nacional

Ciudad.

Señor Presidente:

En nombre y en representación del Grupo América, tengo a honra dirigirme al H. Congreso Nacional, dignamente presidido por Ud., para

formular la siguiente petición, en ejercicio del derecho enunciado en el numeral décimo sexto del Art. 26 de la Constitución Política vigente.

Intimamente compenetrada la Institución a que represento, de la imperiosa necesidad de publicar y difundir el libro ecuatoriano, en cuanto éste signifique los valores espirituales y educativos de la cultura nacional, ha elaborado un plan de ediciones trimestrales de las obras que, en conformidad con un severo criterio de selección, constituyen el patrimonio literario y científico de nuestra Patria.

Huelga recordar al H. Congreso Nacional que las ediciones de los libros simbólicos del pensamiento ecuatoriano, encuéntrase deplorablemente agotadas. Por este motivo, las obras de nuestros grandes escritores, como Espejo, Olmedo, Montalvo, Mera, Cevallos, González Suárez, Martínez, Vázquez, Borja, Peñaherrera, Baquerizo Moreno, Crespo Toral, Zaidumbide, Bustamante y Jaramillo Alvarado, son desconocidas o parcialmente ignoradas por una inmensa mayoría de compatriotas que, no obstante su insaciable deseo de leerlas, no logran hacerlo por la imposibilidad física de encontrarlas. Por otro lado, los nuevos escritores del Ecuador no obtienen en la actualidad, condiciones editoriales apropiadas que les permita publicar sus libros, los cuales permanecen en la más injusta inedición, sufriendo por ello, la producción científica y literaria del País, una profunda crisis que le amenaza mortalmente.

Éstas razones premiosas han inducido al Grupo América a elaborar el plan editorial que he mencionado y, al mismo tiempo, a solicitar al H. Congreso Nacional la creación de una partida suficiente en la Ley de Presupuesto del Estado para el ejercicio financiero de 1940, destinada a apoyarlo.

De usted muy atentamente.

Gonzalo Escudero
Secretario General

GESTION PARA NORMALIZAR LA APARICION DE "AMERICA"

Los frecuentes e inestables cambios de nuestra política, que tan funestas repercusiones proyecta en el campo de la cultura preferentemente, han obligado a que AMERICA, la única revista ecuatoriana contemporánea que a través de titánicos esfuerzos y sacrificios ha podido vivir durante catorce largos años, y mantener el fuego de la amistad intelectual en el Continente, conservando viva y llevando a los ámbitos de la cultura, la expresión literaria del país, sufra en estos últimos tiempos de aciaga persecución al pensamiento escrito, repetidos colapsos, traicionando sus ideales de acercamiento interna-

cional, y entorpeciendo la alta misión que debe cumplir en esta hora de la vida cultural americana.

Una vez más, y a fin de subsanar los obstáculos que han impedido su normal aparición, el Grupo América, por intermedio de su Secretario General, Dr. Gonzalo Escudero, resolvió dirigirse al Gobierno, en la persona del Sr. Presidente de la República, por medio de la nota que se inserta, en demanda de su apoyo. El señor Presidente, en atenta contestación, ofrece dar las facilidades del caso para el objeto. Y ya ha comenzado a cumplir su oferta. Ojalá de hoy en adelante el interés del Poder Público no amengue, para que AMERICA pueda editarse normalmente y atender la asidua reclamación que de ella se hace en el exterior.

Sr. Dr. Dn.
Aurelio Mosquera Narváez
Presidente de la República
Ciudad

Señor Presidente:

En nombre y representación del Grupo América de esta ciudad, y en cumplimiento de un acuerdo adoptado en su última sesión, tengo a honra dirigirme a usted, para encarecerle, invocando su elevado espíritu de protección a la cultura nacional, quiera prestar su valioso apoyo, a fin de que pueda normalizarse la aparición de la revista "América", órgano de publicidad del mencionado Grupo.

Durante trece años consecutivos, esta Revista ha venido cumpliendo su elevado cometido de difundir el conocimiento de las letras patrias en el extranjero, de constituirse en vínculo de unión intelectual entre los países americanos y europeos y de ser un vehículo permanente de comunicación con el mundo de la cultura continental, por todo lo cual, la revista "América" ha alcanzado un sólido prestigio que ha venido honrando a la nacionalidad y al Gobierno Ecuatoriano, el cual, por su parte, en evidencia de la importancia de nuestra publicación, la auspició oficialmente desde el año de 1935, por Decreto Ejecutivo del Presidente doctor don José María Velasco Ibarra.

Requerida insistentemente en el extranjero le referida revista, el Grupo se encuentra actualmente en la imposibilidad de enviarla con la puntualidad de otros tiempos, por circunstancias que han dificultado el cumplimiento de la disposición administrativa del mismo Gobierno.

El Grupo América, agradecerá muy vivamente a usted por el apoyo que se dignare prestarle para la normal aparición de "América"; o, si la imposibilidad de su edición en los talleres tipográficos nacionales

subsistiera aún, el Grupo miraría con honda complacencia la asignación de la cantidad necesaria para que "América" pueda editarse en un taller particular, y restituya, en una u otra forma, su carácter de órgano permanente de la cultura nacional.

Del señor Presidente muy atentamente,

Gonzalo Escudero,
Secretario General.

ATENTA BIENVENIDA

Cordial y efusivamente fue saludado por el Grupo América, su consocio señor don Hernán Pallares Zaldumbide, quien, tras de una larga permanencia en Londres, en donde desempeñó lucidamente un cargo diplomático, y representó de manera provechosa a nuestra Institución, acaba de regresar al país. AMERICA, que desde su iniciación le contó entre los suyos, reitera al compañero su saludo de bienvenida y le desea grata estadía en su Patria.

RECEPCION A LOS NUEVOS SOCIOS DEL GRUPO AMERICA

En sesión solemne celebrada el 25 de Noviembre próximo pasado, y en los salones del Grupo América, se llevó a cabo la recepción a los nuevos socios de nuestra Institución. Tomó la palabra, pronunciando el brillante discurso que insertamos, el Secretario General doctor Gonzalo Escudero, a quien respondieron, en elocuentes improvisaciones, entre otros, el doctor Julio Endara y doctor Enrique Matta Figueroa.

Los nuevos socios residentes fuera de la Capital nombraron sus representantes para la recepción, en la siguiente forma:

Dr. J. M. Falconí Villagómez al señor Augusto Arias

Dn. Enrique Gil Gilbert al señor doctor Gonzalo Escudero.

Dn. Luis Monsalve Pozo al señor doctor Daniel Córdova Toral.

Dn. Manuel M. Muñoz C. al señor Alfonso Cuesta y Cuesta.

Dn. Carlos E. Espinoza y Dn. Alfredo Mora Reyes al señor doctor Manuel Agustín Aguirre.

Dn. Miguel Angel León al señor doctor Jorge Merlo.

El acto, que revistió los caracteres de espontánea sencillez y cordialidad, fue clausurado con una copa de champaña.

Discurso del Dr. Escudero

Señores:

El Grupo América de Quito, parcela de una conciencia continental y raíz viva de una cultura ecuatoriana, celebra hoy día esta sesión extraordinaria, destinada a la recepción de nuevos socios —que lo han sido siempre por derechos de espíritu y privilegios de afecto— y lo son desde ahora, por la investidura oficial que han menester los miembros de una Corporación, para vivir y actuar dentro de ella.

La atmósfera intelectual del Grupo América es clima de hombres libres, propicio a toda peripecia de pensamiento y a toda sventura de emoción. Esta calidad suya le ha prestado su virtud de comunidad libérrima, creada para discurrir y escribir, pensar y soñar ecuatorianamente, americanamente y universalmente más allá de los tabiques de casta, clase, doctrina, clan o academia, y entregada con voluntad unívoca a su obra señera de largos años, a esa odisea sin regreso de la idea en marcha que lo quisiéramos vencedora del tiempo.

Por ello el Grupo América, perteneciéndose a todos, no es pertenencia privativa de nadie, como la propia advocación de su nombre lo demanda, de ese nombre ecuménico, tomado en préstamo a un Continente, y cuyo uso —que pareciera jactancioso— conlleva la responsabilidad de amarlo, entenderlo y practicarlo, ya que el mundo americano es la presencia de una alma histórica en madrugada —y como lo afirmara Reyes— al hablar de la inteligencia americana, cuya es la fuerza de la síntesis, para acendrar y compendiar los valores de la cultura occidental.

El Grupo América ha arraigado en soberanía propia, y la gavilla de amigos que lo constituyó originalmente en vigiliias melancólicas de balbuceo y esperanza, es hoy un organismo fuerte, con fortaleza de verdad y de justicia, salvado de las aguas turbias de la indiferencia y de esa adversidad homicida y liberticida que asesinó en el Ecuador todo ensayo de cultura orgánica y organizada, para gozo de nuestros señores de feudo y hierro pretoriano, cuya sabiduría se funda en la ignorancia de los demás, y para quienes el alfabeto es el enemigo capital de su imperio de ignominia.

Si algún elogio mereciera el Grupo América, fuera aquél de definirlo como autor y progenitor de sí mismo, y por esto, bien pudiera inscribir en su heráldica la sentencia latina: "artifex vitae, artifex sui". Ahí están, como signo de sus afanes, los copiosos y nutridos volúmenes de su revista, el eco puro de sus conferencias y los estantes alineados de su biblioteca, como arsenal de su guerra de espíritu, en la mitad de un Ecuador desolado y asolado por una furia de apetitos bárbaros y una indigencia mortal de ideales.

El Grupo América, además, es la cifra de la madurez de sus hom-

bres y singularmente de los escritores nacionales y extranjeros, a quienes ha hipotecado su prestigio, ciñéndolos a la tarea suya de afirmar a una América toda sobre las piedras angulares del trabajo intelectual.

A ello responde que hoy día, en esta sesión, sin ceremonia ni rito, debemos en primer lugar la presencia de Enrique Matta Figueroa, dignísimo Presidente del Instituto Chileno-Ecuatoriano de Cooperación Intelectual, a quien el Grupo le ha conferido el título de Socio Representante en la sustantiva y fraterna República de Chile. Enrique Matta Figueroa es el personero auténtico de esa amistad, sellada y guardada con siete llaves de sentimiento, entre Chile y el Ecuador, y que es necesario no confundirla con el atavío cambiante de la amistad entre Gobiernos. Nuestro visitante de hoy fue el compañero de ayer, cuando en sus años mozos e insurgentes, la resaca política lo empujó hasta nosotros, en exilio de juventud insojuzgable, para entranarse en nuestra realidad, conviviendo con ella en diálogo con nuestros hombres y nuestras cosas, hasta adquirir ese fuero de ciudadanía espiritual que el Ecuador dispensa a quienes penetraron en la hondura de su pasión histórica, convirtiéndose en espectadores íntimos de su drama. Enrique Matta Figueroa es una mente oxigenada por el aire limpio de una ilustración ponderada y novísima, a la par que un escritor de profundidad y erudición, como lo atestigua su regencia de la añorada y memorable "Revista Chilena". Además de ello, es una voluntad inquieta y recia que deriva sus excelencias a la construcción política, y para quien el hombre —si quiere serlo dentro de su Estado— tiene que serlo en razón y sazón de su civismo.

Igualmente cábeme el honor imponderable de expresar la bienvenida que el Grupo América cordialmente dedica a los intelectuales aquí presentes, quienes en distintas órbitas del pensamiento ecuatoriano, lograron alcanzar indiscutible autoridad, conocida y reconocida por todos, que la inteligencia científica o la intuición estética ha sabido otorgarles.

Julio Endara es el eminente médico psiquiatra y endocrinólogo de rigurosa formación científica que ha sabido ordenar, coordinar y multiplicar sus conocimientos, con ritmo seguro y grave, para distribuirse los generosamente en la cátedra universitaria, el centro de investigación, el libro, la revista y el Congreso Internacional. En su mocedad, sus primicias literarias acusaron al crítico omnipresente, y luego vendrían los ensayos filosóficos a poner lastre a su vigorosa personalidad, para así fundar sobre el doble cimiento de las letras y la filosofía, vale decir sobre el alfa y omega de toda interpretación del mundo, el cuerpo y la estructura de una especialización científica, cuya actualidad creciente ha invadido y subvertido todos los órdenes de la vida.

Angel Modesto Paredes es el sociólogo, internacionalista y polígrafo de extensión e intensidad, cuyos libros densos de teoría y cargados de

sugestiones originales le han valido el incontestable título de Maestro en el Ecuador y en los países extranjeros. Antiguo Rector y Profesor de la Universidad Central, su palabra sapiente tuvo el triple alcance de sugerir, enseñar y orientar a las generaciones jóvenes, y si oscuros episodios de nuestra delincuencia política, lo alejaron de la Universidad, y ésta lo ha perdido momentáneamente, la Ciencia ecuatoriana lo ha reivindicado íntegramente para sus dominios intransferibles.

Carlos Salazar Flor es el catedrático universitario integral, cuya ingente erudición es sólo comparable a la diaphanidad y sistema de su discurso, a ese admirable prurito suyo de hacer de la Ciencia Internacional, una disciplina viva y equilibrada que no desquicia en ninguno de sus fundamentos, y que, para imponerse en un universo desgarrado por la enfermedad de la fuerza, necesita anclar en conciencia jurídica, superadora de Estados. Su obra "Derecho Civil Internacional" es un modelo de tratado científico, rico en doctrina ajena, original en camino propio y ajustado a una incomprable didáctica. La infusa, difusa e inextricable ciencia de los estatutos y post-glosadores, logra en el Profesor quiteño, la forma del principio cristalino, sustentado en raciocinio lógico y en esencia de derecho.

De la constelación apretada de educadores ecuatorianos, el Grupo América ha acertado a incorporarlo a su seno, a Francisco Terán, pedagogo de altos valores y conocedor de una rama científica tan importante —como olvidada y preterida— que es la Geografía. Hacía falta que un geógrafo viniese a nosotros, precisamente para cumplir una misión científica en una agrupación cultural que ambiciona mirar el complejo de todas las realidades desde todas las perspectivas. Francisco Terán, cuyos estudios se han publicado en diversas revistas nacionales, ha acumulado su patrimonio ilustrativo, sigiloso y modestamente, autotomándose en esa escuela esotérica de sabiduría que es la autodi-dáctica.

Restan dos nombres y dos escritores, ambos pertenecientes a la generación flamante de una literatura actual, cuyas potencias expresivas aparejan la fiebre de la transformación social.

Jorge Icaza, sin subestimar a los otros novelistas ecuatorianos, es el novelista nuestro, si nuestra es la realidad patética transfundida en sus libros, si nuestro es el agro de los indígenas sin calidad ni dignidad humana, si nuestra es la ciudad poblada en su suelo y subsuelo por hombres que son vestigios de hombres. Icaza es la hipérbole cruda y crecida de ese mundo proletario y a la vez el libelo de su libertad prometida y negada. Nuestro novelista posee además un método de observación intuitiva y de reproducción plástica del hombre colectivo, cazado en escorzos y ángulos delatores, con todo lo que en él es rabiosa humanidad: gesto, rugido, resuello, interjección y clamor. Al leer a Icaza y después de leerlo, viene en reminiscencia la ecuación

que el filósofo naturalista Feuerbach sustentara, al decir que "el hombre es algo que come", y en verdad, su relato lo restaura a su posición zoológica, con dientes afiliados de instinto.

José Alfredo Llerena es el poeta y el "dilettante" filosófico. Ambas fisonomías suyas se ensanchan y enriquecen en una sensibilidad de avanzada, si la avanzada es precisamente la angustia y el reto de la justicia contra la injusticia y esa águila menuda que roe la entraña del Prometeo contemporáneo hasta erigirlo en protagonista de un mundo nuevo. Llerena es afinado, mesurado y sobrio. La imagen poética suya viene planificada, tensa y extensa, y esa misma manera de su lírica circula en su prosa de erudición prolija, en donde se recoge, por minuciosa y neta, la música del vuelo de un insecto.

Deploro que la brevedad de este discurso me prive de extenderme sobre la personalidad y obra de cada uno de los escritores e intelectuales, cuya fugaz semblanza he trazado. Mas cada uno de ellos, como unidad y guarismo de la vida ecuatoriana del espíritu, y todos ellos, como suma preciosa de una República genuina, aquí están para decirnos que el pensamiento nacional no sólo se contiene y detiene en los museos humanos del pasado y en las galerías prósperas de nuestros bisabuelos. Para ellos, si los muertos mandan, los vivos también mandan, y las substancias nutricias del presente son nuestro Ecuador, el de hoy, el positivo y valedero, a despecho de esa manía retrospectiva que revierte el proceso de nuestra nacionalidad, fijándolo en un pretérito de niebla.

Me cumple, además, expresar que el Grupo América ha otorgado la calidad de Socio Representante en la República de Cuba, al insigne Roberto Agramonte, quien guarda con la Ciencia ecuatoriana una parentesco de afinidad intelectual, por intermedio de ese personaje másculo y atormentado, genio de jerarquía y orden, que fué nuestro Presidente García Moreno, reducido bibliográficamente por el Profesor antillano, a su justa estatura de hombre, signado por la herencia biopsíquica y las líneas formadoras de su ambiente social, para surgir de ese paralelogramo de fuerzas endógenas y exógenas, el individuo como medida trágica de su tiempo.

Asimismo, debo manifestar finalmente que el Grupo América ha designado como sus socios activos en la República, a los siguientes intelectuales y escritores: en Guayaquil, J. M. Falconí Villagómez y Enrique Gil Gilbert; en Cuenca, Luis Monsalve Pozo y Manuel Muñoz Cueva; en Riobamba, Miguel Angel León, y en Loja, Carlos Espinoza y Alfredo Mora Reyes. Cada uno de ellos representa una inquietud y una tendencia y acusa un valioso coeficiente de ciencia o de letras nacionales. Su designación responde a un reconocimiento justiciero de virtudes, y también a nuestro común deseo de fortalecer al Grupo, prestándole cuerpo y figura nacional, para así negar esa deslayada

especie de la capitalidad de Quito, como egoísta monopolio de riquezas —no sólo materiales— sino también espirituales de una República, a guisa de unitaria, morbosamente centralista.

Terminaré estas sencillas palabras, refrescándolas con una invocación optimista: la de nuestra fe en los destinos claros de la cultura ecuatoriana, perseguida y vilipendiada a veces, pero siempre derecha y vertical, como que ella es el alma incoercible de un Ecuador intacto, cuyo dolor de siempre es el silicio de su verdad y el secreto de su rectificación.

ATENTO SALUDO

AMERICA presenta su cordial bienvenida a su distinguido consocio señor doctor don José María Velasco Ibarra, quien, después de cuatro años de permanencia en las naciones del sur de nuestro Continente, en donde desplegara una abundante labor intelectual y política y de cátedra, regresa llamado por una inmensa mayoría de pueblo ecuatoriano para postularle como candidato a la Presidencia de la República.

GRUPO AMERICA

Fundado en Abril de 1931

SOCIOS ACTIVOS:

- AGUILERA MALTA DEMETRIO, en Guayaquil.
ALBORNOZ MIGUEL ANGEL, en Quito.
ARIAS AUGUSTO, Director del Instituto de Cultura Americana, en Quito.
BARRERA ISAAC J., en Quito.
BARRERA JAIME B., Secretario de Actas y Correspondencia, en Quito.
BOSSANO LUIS, en Quito.
BUSTAMANTE GUILLERMO, en Quito.
CARDENAS DE BUSTAMANTE HIPATIA, en Quito.
CARRERA ANDRADE JORGE, en Yokohama.
CARRERA ANDRADE CESAR, Director del Centro Cultural Ecuatoriano Argentino, en Quito.
CASTILLO ABEL ROMEO, en Guayaquil.
DE LA CUADRA JOSE, en Guayaquil.
ENDARA JULIO, en Quito.
ESCUADERO GONZALO, Secretario General, en Quito.
ESCUADERO JORGE, Director de la revista "América", en Quito.
ESCALA VICTOR HUGO, en Panamá.
ESPINOSA CARLOS M., en Loja.
FALCONI VILLAGOMEZ J. M., en Guayaquil.
GALLEGOS LARA JOAQUIN, en Guayaquil.
GIL GILBERT ENRIQUE, en Guayaquil.
GUARDERAS FRANCISCO, en Buenos Aires.
ICAZA JORGE, en Quito.
JARAMILLO ALVARADO PIO, en Guayaquil.
JIMENEZ NICOLAS, en Guayaquil.
LASSO IGNACIO, Director de la revista "América", en Quito.
LEON MIGUEL ANGEL, en Riobamba.
LLERENA JOSE ALFREDO, en Quito.
MARTINEZ ALFREDO, Director de la Biblioteca América, en Quito.
MONCAYO HUGO, en Bogotá.
MORENO JULIO E., en Quito.
MONTALVO ANTONIO, Director de la revista "América", en Quito.
MONSALVE POZO LUIS, en Cuenca.
MORA REYES ALFREDO, en Loja.
MUÑOZ SANZ JUAN PABLO, Director de la Editorial América, en Quito.
MUÑOZ C. MANUEL M., en Cuenca.

PALLARES ZALDUMBIDE HERNAN, en Quito.
PAREJA DIEZ CANSECO ALFREDO, en Guayaquil.
PAREDES ANGEL MODESTO, en Quito.
PEREZ CONCHA JORGE, Subdirector de la Biblioteca América, en Quito.
REYES OSCAR EFREN, en Quito.
ROJAS ANGEL F., en Guayaquil.
ROMERO CORDERO REMIGIO, en Quito.
ROSENBLAT ANGEL, en Buenos Aires.
SACOTO ARIAS AUGUSTO, Procurador, en Quito.
SALAZAR FLOR CARLOS, en Quito.
TERAN FRANCISCO, en Quito.
UZCATEGUI EMILIO, Tesorero, en Quito.
VACA DEL POZO TELMO, en Guayaquil.
VELASCO IBARRA J. M., en Quito.
ZALDUMBIDE GONZALO, en Lima.

REPRESENTANTES:

AGRAMONTE ROBERTO, cubano, en La Habana.
ARCINIEGA ROSA, peruana, en Bogotá.
ARGUEDAS ALCIDES, boliviano, en La Paz.
ARIAS LARRETA ABRAHAM, peruano, en Lima.
BEDREGAL JUAN FRANCISCO, boliviano, en La Paz.
CANDIOTI ALBERTO M., argentino, en Bogotá.
CURT LANGE FRANCISCO, uruguayo, en E. U. A.
DIEZ DE MEDINA FERNANDO, boliviano, en La Paz.
GARCIA ANTONIO, colombiano, en Bogotá.
LIRA GIRON LUIS F., boliviano, en Quito.
MATTA FIGUEROA ENRIQUE, chileno, en Santiago.
MELENDEZ CONCHA, portorriqueña, en Río Piedras.
PRENDEZ SALDIAS CARLOS, chileno, en Santiago.
SCARONE ARTURO, uruguayo, en Montevideo.
TELLEZ JULIO, boliviano, en La Paz.

BOLETIN DE BIBLIOGRAFIA AMERICANA

Quito, Ecuador, Noviembre de 1939.

Señor

El Grupo América, de esta ciudad, en su afán de dar la mejor realización posible a sus postulados de difusión del movimiento intelectual y artístico del Continente, resolvió, en sesión última, publicar el Boletín de **BIBLIOGRAFIA AMERICANA**, cuyo primer número aparecerá en el primer trimestre de 1940.

El Boletín de **BIBLIOGRAFIA AMERICANA**, cuya dirección se ha encomendado a los consocios señores Alfredo Martínez y Jorge Pérez Concha, dirigentes de la Biblioteca América por la importancia de su contenido y las finalidades a que está destinado: el intercambio bibliográfico de los escritores y artistas de las naciones americanas, estamos seguros, vendrá a llenar un gran vacío en las relaciones intelectuales y de solidaridad del Continente.

Nuestro primordial interés es de que esta obra pueda comprender a todos los escritores contemporáneos de cada país, sobre quienes se consignará notas críticas acerca de la obra literaria o científica que tuvieren.

Para poder cumplir con este cometido necesitamos que cada escritor nos envíe, lo más urgente posible, las obras publicadas desde enero de 1938; como también los datos que se señala a continuación, a fin de formar la **TABLA BIOBIBLIOGRAFICA**, que será publicada en nuestro Boletín: Nación, lugar y fecha de nacimiento; obras publicadas —indicando el año, etc.—; profesión; cargos desempeñados; institución a que pertenece; publicaciones principales en que ha colaborado; señas postal y domiciliaria; y otros datos biobibliográficos.

Con el objeto de que este proyecto del Grupo América pueda ser conocido por el mayor número de escritores de ese país, mucho agradeceríamos la inserción de esta nota en la Prensa.

Somos de usted atentos y seguros servidores.

GONZALO ESCUDERO,
Secretario General.

JAIME BARRERA B.
Secretario de Actas y Correspondencia.

NOTA.—El envío de correspondencia y publicaciones se hará a:
Grupo América. Casilla 75. — Quito, Ecuador.

**SI USTED DESEA QUEDAR BIEN
CON UN REGALO**

Compre una Piel de Vicuña

La vende la Oficina

JARAMILLO ARTEAGA

Su Teléfono 2-6-9

BOLETIN DE BIBLIOGRAFIA AMERICANA

Esta nueva publicación del Grupo América, que verá la luz pública en el primer trimestre de 1940, dará cuenta de las obras y publicaciones que le remitan los escritores, editores y más publicistas del Continente .

Lea usted la nota que sobre el Boletín se publica en otra parte de esta Revista.

LUCINDO ALMEIDA & CÍA

BANQUEROS

**ASOCIADOS AL BANCO CENTRAL DEL
ECUADOR**

Dirección Telegráfica: ALGAS

Dirección Postal: Casilla 186

Quito — Ecuador, S. A.

**TODA CLASE DE OPERACIONES
BANCARIAS**

**EL BANCO PRIVADO
MAS ANTIGUO
DE LA REPUBLICA**

CADA CLIENTE UN AMIGO.